

Revista Pastores, Año 12 – N° 35

Abril de 2006

Editorial:

“Te recomiendo que reavives el carisma de Dios, que está en ti”
(2 Tim 1, 6)

El sentido de la Pastoral Presbiteral

La pastoral en favor de los pastores,
o pastoral sacerdotal en la iglesia particular.
Mons. Julio Daniel Botía

En modelo sacerdotal en la Formación Permanente Dos etapas: clero joven y Clero en la mediana edad

Elementos eclesiológicos pastorales que apuntan
a una identidad propia de clero diocesano.
Fernando V. Hernandez

Sacerdotes jóvenes hoy:
para ayudar a un diálogo.
Pbro. Franco Brovelli

La crisis de la mediana edad.
De la fe mesiánica a la Fe teologal.
Pbro. Hugo Santiago

Carlos de Foucauld: modelo de caridad pastoral

Carlos de Foucauld: su vida y su mensaje
Familia Espiritual C.de Foucauld.

«Te recomiendo que reavives
el carisma de Dios que está en ti»

(2 Tim 1, 6).

“Las palabras del Apóstol al obispo Timoteo se pueden aplicar legítimamente a la formación permanente a la que están llamados todos los sacerdotes en razón del «don de Dios» que han recibido con la ordenación sagrada. Ellas nos ayudan a entender el contenido real y la originalidad inconfundible de la formación permanente de los presbíteros.” (PDV 70)

Así comienza el capítulo Vº de la Exhortación Apostólica *“Pastores dabo vobis”*, de Juan Pablo II, escrita en el año 1992. El contenido del mismo ayudó a tomar más clara conciencia en la Iglesia, que los sacerdotes deben ser también destinatarios de una acción pastoral que los ayude a vivir su fe, a ser verdaderos creyentes, desde el carisma propio que Dios les regaló.

Hasta aquel momento, mayormente, la continuidad de la formación del sacerdote se entendía sólo como actualización teológica. Pero el documento papal, tomando un movimiento de reflexión que se estaba desarrollando en ese tiempo, amplía el concepto apuntando a un acompañamiento en cuatro dimensiones: espiritual, teológica, humana y pastoral.

Este capítulo, y todo el documento, fueron la motivación principal y la idea original para concretar el proyecto de esta revista *“Pastores. Cuadernos para la formación sacerdotal permanente”*. A mediados del año 1993 comenzaron las reuniones que dieron como fruto el primer número en diciembre de 1994. A lo largo de estos 11 años *Pastores* ha buscado acompañar al sacerdote desde las cuatro dimensiones planteadas por PDV. Y también se fueron publicando diversos artículos sobre la Formación Permanente y las exposiciones de aquellos que animaron los “Encuentros Nacionales de Responsables de Clero”, y los “Encuentros Nacionales de sacerdotes” en Villa Cura Brochero, organizados por la Comisión Episcopal de Ministerios, que van mostrando la evolución y profundización que el tema de la Formación Permanente ha alcanzado.

Destacamos especialmente los aportes de Mons. Uriarte¹, Obispo de San Sebastián, quien fuera miembro de la Comisión Episcopal del Clero en España, presentando las distintas edades y etapas en la vida del presbítero y sus desafíos para la formación permanente. También mencionamos al padre Amadeo Cencini², psicólogo y pedagogo italiano, quien hace toda su reflexión desde lo que el mismo documento destaca: *“En este sentido, se puede decir que la formación permanente tiende, desde luego, a hacer **que el sacerdote sea una persona profundamente creyente y lo sea cada vez más**; que pueda verse con los ojos de Cristo en su verdad completa. Debe custodiar esta verdad con amor agradecido y gozoso; debe renovar su fe cuando ejerce el ministerio sacerdotal: sentirse ministro de Jesucristo, sacramento del amor de Dios al hombre, cada vez que es mediador e instrumento vivo de la gracia de Dios a los hombres; debe reconocer esta misma verdad en sus hermanos sacerdotes. Este es el principio de la estima y del amor hacia ellos”*. (PDV n° 73)

Al mismo tiempo se han podido compartir muchas experiencias de cómo este camino de formación permanente se concreta en las diócesis y en la vida de los presbíteros. No es una tarea fácil la de encontrar las mediaciones metodológicas adecuadas para encarnar, de modo personal e institucional, un proyecto de formación permanente.

¹ Ver sus artículos en *Pastores* N° 6, 10, 12, 13, 25, 31 y 34. Destacamos *“Crecer como personas para servir como pastores”*, *Pastores* 6 y 31.

² Ver sus artículos en *Pastores* N° 17, 19, 21, 29, 30 y 31. Destacamos *“Identidad personal y función pastoral; perspectivas psicológicas”* *Pastores* 19 y 31; *“La formación permanente, novedad y originalidad del concepto”* y *“La docibilitas, punto de encuentro entre la formación permanente y la formación inicial”* *Pastores* 30.

En este número de *Pastores* ofrecemos elementos para la reflexión y pistas concretas de acción para avanzar en la implementación de un camino concreto de formación permanente institucional (diocesano) y personal.

Para ello comenzamos con un artículo de Mons. Julio Daniel Botía, de Colombia, donde analiza qué se entiende por “pastoral de los pastores” o “pastoral sacerdotal” dentro del marco de la formación permanente y propone caminos metodológicos a tener en cuenta para su implementación en las iglesias particulares.

La formación permanente tiene también un sentido eclesiológico: ayudar a una vinculación más estrecha con la Iglesia particular a la cual el presbítero sirve. Como dice PDV, en distintos párrafos del n° 74: *“La formación permanente ayuda al sacerdote, en la Iglesia «comunidad», a madurar la conciencia de que su ministerio está radicalmente ordenado a congregar a la familia de Dios como fraternidad animada por la caridad y a llevarla al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo... Concretamente, el sacerdote está llamado a **madurar la conciencia de ser miembro de la Iglesia particular** en la que está incardinado, o sea, incorporado con un vínculo a la vez jurídico, espiritual y pastoral. Esta conciencia supone y desarrolla el amor especial a la propia Iglesia. Ésta es, en realidad, el objetivo vivo y permanente de la caridad pastoral que debe acompañar la vida del sacerdote y que lo lleva a compartir la historia o experiencia de vida de esta Iglesia particular en sus valores y debilidades, en sus dificultades y esperanzas, y a trabajar en ella para su crecimiento... Dentro de la comunión eclesial, el sacerdote está llamado de modo particular, mediante su formación permanente, a crecer en y con el propio presbiterio unido al Obispo”*.

Por este motivo la reflexión eclesiológica, al pensar la identidad del presbítero que se quiere acompañar, es parte integrante del camino de formación permanente. Publicamos entonces del Pbro. Fernando Vásquez Hernández, sacerdote de la Diócesis de Texcoco, México, un capítulo de su tesis de Licenciatura. El autor busca argumentos teológico-pastorales, extraídos del Concilio, que permitan presentar rasgos concretos y esenciales que ayuden a perfilar la identidad del presbítero diocesano, acentuando la relación obispo-presbítero, presbítero-diócesis.

Teniendo en cuenta que la formación permanente debe ser respuesta para los distintos momentos de la vida sacerdotal proponemos dos artículos que ayudan a reflexionar sobre dos etapas específicas: los jóvenes sacerdotes que se inician en el ministerio y los sacerdotes de edad intermedia. Para los primeros ofrecemos un artículo de Franco Brovelli, que comenta una experiencia en la diócesis de Milán, Italia; y para la mediana edad, del Pbro. Hugo Santiago, de la diócesis de Rafaela y miembro de nuestro Consejo de Redacción, un aporte donde analiza la crisis que vive el sacerdote en esa etapa de la vida, pero vista desde una perspectiva pascual y de crecimiento.

Y finalmente presentamos un testimonio de vida sacerdotal, el de Carlos de Foucauld, uniéndonos a la celebración de su reciente beatificación. La formación permanente también es crecer en la fe, alentados e impulsados por modelos sacerdotales. Igualmente destacamos el bien que ha hecho la espiritualidad de Foucauld a tantos sacerdotes de nuestro país reunidos en fraternidades de oración.

La pastoral en favor de los pastores, o pastoral sacerdotal en la iglesia particular*

Mons. Julio Daniel Botía A.
Colombia

INTRODUCCIÓN

Compartamos una fundamentación y aplicación de algo grandioso y que nos compromete a todos: el servicio eclesial a la vida y ministerio de los Ministros ordenados (Obispos, Presbíteros y Diáconos) y a su Presbiterio diocesano.

Para describir este servicio utilizamos con preferencia dos nombres: "La Pastoral por los Pastores" y "Pastoral sacerdotal", ambos referidos al servicio que se ha de realizar por los ministros ordenados: obispos, presbíteros y diáconos. En nuestra reflexión, sin embargo, nos referiremos, sobre todo, a los presbíteros, porque ellos son la inmensa mayoría dentro de los ministros ordenados, son los principales pastores en las comunidades eclesiales locales y son agentes especiales de esta pastoral sacerdotal.

Este servicio se describe, también, con otros nombres:

- "Formación permanente" (cf. PDV, 70-81; DMV, 69-97; Puebla, 719-720; indicando los varios servicios del servicio eclesial integral a los pastores).
- Podría llamarse pastoral de los ministros ordenados, servicio integral a los pastores, pastoral del clero, etc.
- "Pastoral sacerdotal", es como se le llama normalmente en muchas Diócesis de América Latina.

Proponemos una descripción global y orgánica de este pastoral, que puede aplicarse en cada Iglesia Particular. De hecho, aquí se recopilan muchos elementos experimentados con Presbiterios diocesanos que, a partir de una introducción sobre la pastoral sacerdotal y sus áreas, luego hacen cuatro discernimientos para determinar los valores, necesidades y metas en cuanto a su renovación humana, espiritual, intelectual y pastoral; al final, integran las metas y acciones en un solo proyecto de presbiterio.

Nosotros, primero, haremos una reflexión respecto de la naturaleza y finalidad de esta pastoral específica; luego, estudiaremos las tres áreas que tiene este servicio; a continuación, analizaremos los servicios en las cuatro dimensiones de la vida de los pastores; y, finalmente, propondremos elementos para dinamizar este servicio en las Iglesias Particulares.

I. FUNDAMENTO DE LA PASTORAL EN FAVOR DE LOS PASTORES

1.1. EN SU PALABRA, JESÚS NOS INDICA

* Tomado de Boletín OSLAM N° 45. Julio – Diciembre 2004

- Jn 15, 16: Para que vayan y den fruto que permanezca. Esa es nuestra vocación y misión general como cristianos. O como en Mt 13, 23: Él es el sembrador, esparce la semilla en nosotros, prepara la tierra para que sea buena y produzca el ciento por uno.
- Mt 25, 14-30: Nos llama a ser fieles en la administración de los talentos recibidos.
- Ef 4, 11-16: Nos recuerda que la voluntad de Dios es que crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo.
- Ga 5, 16-26: Nos indica que la clave es vivir según el Espíritu para obtener sus frutos.

Hemos sido llamados por Jesucristo, entonces, a:

- Vivir con fidelidad conforme a la propia vocación.
- Cumplir eficazmente nuestra propia misión.
- Crecer, con la gracia de Dios y producir frutos.
- Participar continuamente de su salvación integral.
- Servir en comunión eclesial, conforme a nuestro puesto y papel dentro de ella.

Para conseguirlo, nosotros necesitamos, como los Apóstoles, vivir la "Escuela" de amor con Jesús:

1. *Vivir con Él* (cf. Mc 3, 14): Vivir unidos a Él, en su intimidad, con una amistad especial que nos lleve a encontrar la plenitud en Él.
2. *Vivir como Él* (cf. Mt 13, 23; Ef 4,11-16; Ga 5,16-26): En progresiva configuración con Él.
3. *Unirnos en Él* (cf. Jn 17, 21): siendo "uno" para que el mundo crea. En comunión y servicio fraternos.
4. *Ir con Él* (cf. Mt 10; Mt 28, 16-20): Acompañarlo en su ministerio evangelizador. Ir en su Nombre y con su poder.
5. *Dar la vida con Él*, como Él y por Él (cf. Mt 25, 14-30; Jn 15, 16): Dar lo de Jesús, dar a Jesús y darnos con Jesús, para cumplir nuestra misión de "hacer discípulos (para Jesús) a todas las gentes" (Mt 28, 19-20).

Por tanto, para lograr nuestra propia renovación y la del presbiterio, hemos de hacer lo que hizo Jesús, como lo hizo Él, hacerla con Él y con su ayuda.

Jesús, Buen Pastor, quiere que, como los Apóstoles, también sus ministros ordenados hoy lo amemos más que los demás y cumplamos con gozo y fidelidad la misión de pastorear con Él su rebaño (cf. Jn 22).

1.2. LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA EN RELACIÓN CON LA PASTORAL POR LOS PASTORES

La Iglesia universal, ante todo, define la identidad de los Pastores o Ministros Ordenados:

- Hemos sido configurados de manera nueva; hemos sido consagrados por Cristo en la Iglesia para ser sus ministros en la comunidad cristiana (PO 2,3).
- En la Iglesia, los presbíteros somos enviados como "pastores", como "ministros de la unidad" a las comunidades. En ella se nos ha confiado ser: Maestros de la verdad, Ministros de los Sacramentos y de la santificación; Pastores, ministros de la caridad y constructores de la unidad.

La Iglesia reconoce esta pastoral en favor de los pastores como tarea propia y prioritaria suya. La Iglesia, en Jesucristo, sacramento universal de salvación (LG 1). Por ello, ha de trabajar por la salvación, ante todo, de sus ministros ordenados.

Ya el Concilio Vaticano II indicaba:

A fin de que los presbíteros se dediquen más fácilmente a los estudios y aprendan más eficazmente los métodos de evangelización y apostolado, procúrenseles con todo cuidado los medios oportunos como son: la organización, de acuerdo con las condiciones de cada territorio, de cursos o congresos; la creación de centros destinados a estudios pastorales, la creación de bibliotecas y la adecuada dirección de los estudios por medio de personas idóneas. Consideren, además, los Obispos individualmente o todos juntos, la manera más oportuna de lograr que todos sus presbíteros, en fechas fijas, sobre todo durante los primeros años después de su ordenación, puedan frecuentar algún curso en que se les procure ocasión, ora de adquirir un conocimiento más acabado de los métodos pastorales y de la ciencia teológica, ora de fortalecer su vida espiritual y de comunicar mutuamente con sus hermanos las experiencias apostólicas. Ayúdese, también, con éstos y otros métodos adecuados, a los nuevos párrocos y a los que se destinan a una nueva obra pastoral o son enviados a otras diócesis o naciones. Por último, procuren solícitamente los Obispos que algunos se dediquen a un estudio más profundo de las cosas divinas, a fin de que no falten nunca maestros idóneos para la formación de los clérigos; los demás sacerdotes y fieles sean ayudados en la adquisición de la doctrina necesaria y se fomente un sano progreso en las disciplinas sagradas, que es de todo punto necesaria a la Iglesia (PO 19).

El reciente Código de Derecho Canónico (CIC c. 279) describe así el derecho y deber de la formación permanente:

1. Aún después de recibido el sacerdocio, los clérigos han de continuar los estudios sagrados, y deben profesar aquella doctrina sólida fundada en la Sagrada Escritura, transmitida por los mayores y recibida como común en la Iglesia, tal como se determina sobre todo en los documentos de los Concilios y de los Romanos Pontífices; evitando innovaciones profanas de la terminología y la falsa ciencia.
2. Según las prescripciones del derecho Particular, los sacerdotes, después de la ordenación, han de asistir frecuentemente a las lecciones de pastoral que se establezcan, así como también a otras lecciones, reuniones teológicas o conferencias, en los momentos igualmente determinados por el mismo derecho Particular, mediante las cuales se les ofrezca la oportunidad de profundizar en el conocimiento de las ciencias sagradas y de los métodos pastorales.
3. Procuren también conocer otras ciencias, sobre todo aquellas que están en conexión con las sagradas, principalmente en la medida en que ese conocimiento ayuda al ejercicio del ministerio pastoral.

Su Santidad JUAN PABLO II pidió a los Obispos:

En este compromiso de santidad y en vuestra ejemplaridad personal os encomiendo especialmente, a imitación de Jesús Maestro y Amigo de los discípulos, que prestéis una atención especial a vuestros sacerdotes. Son los primeros colaboradores en vuestro ministerio episcopal y deben ser los primeros destinatarios de vuestro cuidado pastoral. Sed para ellos padres, hermanos y amigos, que se preocupen de su vida espiritual y también de sus necesidades materiales. Fomentad con vuestro ejemplo la fraternidad sacerdotal entre todos los que son ministros del único Sacerdote, Jesucristo. Sed ejemplo de comunión y de unidad con todos vuestros sacerdotes para edificación y estímulo del Pueblo de Dios. Velad también por la fidelidad de los religiosos y de las religiosas a los compromisos de su congregación y a la autenticidad de su servicio apostólico (Saludo a los Obispos Colombianos, Bogotá, SPEC, 02.07.86, No. 198).

En la Exhortación *Pastores Dabo Vobis* la Iglesia propuso la fidelidad y la renovación como clave, camino y expresión para la formación permanente del sacerdote: la formación permanente encuentra su propio fundamento y su razón de ser original en el dinamismo del sacramento del Orden.

Ciertamente no faltan también razones simplemente humanas que han de impulsar al sacerdote a la formación permanente. Ello es una exigencia de la realización personal progresiva, pues toda vida es un camino incesante hacia la madurez, y ésta exige la formación continua. Es también una exigencia del ministerio sacerdotal, visto incluso bajo su naturaleza genérica y común a las demás profesiones, y por tanto como servicio hecho a los demás; porque no hay profesión, cargo o trabajo que no exija una continua actualización, si se quiere estar al día y ser eficaz. La necesidad de "mantener el paso" con la marcha de la historia es otra razón humana que justifica la formación permanente (PDV 70).

Es el Espíritu Santo, infundido con el sacramento, el que sostiene al presbítero en esta fidelidad y el que lo acompaña y estimula en este camino de conversión constante. El don del Espíritu Santo no excluye, sino que estimula la libertad del sacerdote para que coopere responsablemente y asuma la formación permanente como un deber que se le confía. De esta manera, la formación permanente es expresión y exigencia de la fidelidad del sacerdote a su ministerio, es más, a su propio ser. Es, pues, amor a Jesucristo y coherencia consigo mismo. Pero es también un acto de amor al Pueblo de Dios, a cuyo servicio está puesto el sacerdote. Más aún, es un acto de justicia verdadera y propia: él es deudor para con el Pueblo de Dios, pues ha sido llamado a reconocer y promover el "derecho" fundamental de ser destinatario de la Palabra de Dios, de los Sacramentos y del servicio de la caridad, que son el contenido original e irrenunciable del ministerio pastoral del sacerdote. La formación permanente es necesaria para que el sacerdote pueda responder debidamente a este derecho del Pueblo de Dios (PDV 70).

Alma y forma de la formación permanente del sacerdote es la caridad pastoral: el Espíritu Santo, que infunde la caridad pastoral, inicia y acompaña al sacerdote a conocer cada vez más profundamente el misterio de Cristo, insondable en su riqueza (cf. Ef 3, 14 ss.) y, consiguientemente, a conocer el misterio del sacerdocio cristiano. La misma caridad pastoral empuja al sacerdote a conocer cada vez más las esperanzas, necesidades, problemas, sensibilidad de los destinatarios de su ministerio, los cuales han de ser contemplados en sus situaciones personales concretas, familiares y sociales (PDV 70).

A todo esto tiende la formación permanente, entendida como opción consciente y libre que impulse el dinamismo de la caridad pastoral y del Espíritu Santo, que es su fuente primera y su alimento continuo. En este sentido la formación permanente es una exigencia intrínseca del don y del ministerio sacramental recibido, que es necesaria en todo tiempo, pero hoy lo es particularmente urgente, no sólo por los rápidos cambios de las condiciones sociales y culturales de los hombres y los pueblos, en los que se desarrolla el ministerio presbiteral, sino también por aquella "nueva evangelización", que es la tarea esencial e improrrogable de la Iglesia (PDV 70).

De manera magistral, la PDV describe el servicio que la formación permanente presta en las dimensiones humana, espiritual, intelectual y pastoral (PDV 71-79) y muestra los frutos que se han de producir en los presbíteros. Así mismo, precisa los destinatarios especiales de ella (PDV 76-77); los responsables de esta tarea (PDV 78-79); y los medios que se han de utilizar (PDV 80-81).

El Directorio para el ministerio y vida de los Presbíteros (DMV), de la Congregación para el Clero (1994) retoma (DMV 89-97) las directrices de *Pastores Dabo Vobis* y propone elementos operativos para aplicarlos en la Iglesia Particular. Destaca que la formación ha de ser continua (DMV 73), completa (DMV 74), sistemática (DMV 79), personalizada (DMV 80), y adecuada a la edad y a otras situaciones (DMV 93-97) que vivan los sacerdotes. Propone elementos para la formación humana (DMV 75), espiritual (DMV 76), intelectual (DMV 77) y pastoral (DMV 78), así como caminos para concretar el proyecto de vida en nivel personal (DMV 76) y de presbiterio (DMV 79,81,86).

En *Ecclesia in América* se indica una opción fundamental: en nuestras Diócesis, es necesario desarrollar "una acción pastoral a favor del clero diocesano que haga más sólida su espiritualidad, su misión y su identidad" (cf. EA 39).

En nivel latinoamericano la Iglesia asume con prioridad esta pastoral en favor de los pastores. La III Conferencia General del Episcopado de América Latina, en Puebla (1979), nos indicó:

La gracia recibida en la ordenación, que ha de reavivarse continuamente, y la misión evangelizadora exigen de los ministros jerárquicos una seria y continua formación, que pueden reducirse a lo intelectual sino que se extenderá a todos los aspectos de su vida (Puebla 719).

Objeto de esta formación, que tendrá en cuenta la edad y las condiciones de las personas, ha de ser: capacitar a los ministros jerárquicos para que, de acuerdo con las exigencias de su vocación y misión y la realidad latinoamericana, vivan personal y comunitariamente un continuo proceso que los haga pastoralmente competentes para el ejercicio del ministerio (Puebla 720).

La IV Conferencia General del Episcopado de América Latina, en Santo Domingo (1992):

- Propone a todas las Iglesias particulares del Continente: mantener las estructuras que están al servicio de la comunión entre los ministros ordenados e impulsar, muy especialmente, el espíritu de unidad y comunión (SD 69); buscar en el ministerio una profunda y permanente renovación espiritual, que nos lleve a crecer en el testimonio de santidad de vida (SD 71).
- Reconoce la formación permanente como una necesidad que hay que atender con urgencia e integralidad. Ella es un camino de conversión y un medio para la fidelidad. Hay que crear y estimular cauces concretos que la puedan asegurar (SD 72).
- Por ello, estima importante dos cosas: elaborar proyectos y programas de formación permanente para los obispos, sacerdotes y diáconos; y, por otra parte, motivar y apoyar a todos los ministros ordenados para una formación permanente estructurada conforme a las orientaciones del magisterio pontificio (SD 73, 240).

Así, pues, desde el Concilio Vaticano II y hasta nuestros días, la Iglesia en sus documentos ha reiterado la prioridad de la pastoral sacerdotal dentro de la pastoral de conjunto, ha renovado su opción por ella y ha dado directrices fundamentales para su realización en todos los niveles.

Con ello, la Iglesia canaliza su servicio a los pastores a través de la pastoral sacerdotal orgánica, en función de la necesaria y deseada renovación de la Iglesia, de la evangelización y del servicio al mundo, porque de la renovación de los pastores depende la renovación de las comunidades (cf. PO 12).

Por ello, para tener más y mejores "comunidades eclesiales misioneras", haremos que la pastoral en favor de los pastores o pastoral sacerdotal sea efectivamente una prioridad dentro de la pastoral de conjunto diocesana.

Fortalecemos la pastoral sacerdotal como el servicio eclesial del Buen Pastor a sus ministros ordenados, para ayudar su fidelidad y renovación continuas y fecundas.

2. NATURALEZA Y FINALIDAD DE LA PASTORAL SACERDOTAL

La pastoral sacerdotal es el servicio eclesial con el cual se promueve y anima la formación permanente, la comunión fraterna y el bienestar integral de los obispos, presbíteros, diáconos y de su presbiterio.

Es lo que los pastores y los fieles hacen para la renovación integral de los ministros ordenados (Obispos, Presbíteros y diáconos).

La Pastoral en favor de los Pastores o Pastoral sacerdotal, se propone:

1. Promover y animar la renovación humana de los ministros ordenados y del presbiterio para su plena realización personal y comunitaria.
2. Promover la renovación espiritual de los ministros ordenados para que, personal y comunitariamente, respondan con mayor fidelidad a su vocación y misión.
3. Promover y animar la renovación intelectual en el presbiterio para que los pastores realicen con mayor eficacia su ministerio como maestros de la verdad.
4. Promover la renovación pastoral de los ministros ordenados para el ejercicio eficaz de su propio ministerio en la Iglesia Particular y en la evangelización universal.

Así, la pastoral sacerdotal ayuda a que los ministros ordenados:

- "SEAN" lo que deben ser: logren su realización personal conforme a su propia identidad, la cual se ha de reflejar en la fidelidad a Dios, a la Iglesia, a sí mismos y al mundo.
- "VIVAN" como deben vivir, en la continua y progresiva "configuración" personal con Cristo Pastor, obediente, casto y pobre, al servicio de la Iglesia, insertos en una comunidad eclesial concreta en la cual y con la cual realizan su propio crecimiento personal.
- "SEPAN" lo que deben saber, en función de la vida y ministerio que les corresponde. Esto se manifestará en su competencia teológica para vivir la fe y con ella discernir e iluminar la realidad en la cual ejercen su servicio pastoral.
- "HAGAN" eficazmente lo que deben hacer, conforme al ministerio que se les ha confiado, para lo cual se capacitan pastoralmente y procuran las condiciones personales y ambientales más aptas para su fecundidad misionera.

3. LAS TRES "ÁREAS" DE LA PASTORAL EN FAVOR DE LOS PASTORES

El camino hacia la madurez no requiere sólo que el sacerdote continúe profundizando los diversos aspectos de su formación sino que exige también, y sobre todo, que sepa integrar cada vez más armónicamente estos mismos aspectos entre sí, alcanzando progresivamente la unidad interior, que la caridad pastoral garantiza. De hecho, ésta no sólo coordina y unifica los diversos aspectos, sino que los concretiza como propios de la formación del sacerdote, en cuanto transparencia, imagen viva y ministro de Jesús Buen Pastor (PDV 72).

Conforme a las necesidades de los ministros ordenados y a la naturaleza misma de su renovación integral, podemos distinguir tres áreas de servicios, las cuales son dinamizadoras del proceso, se exigen mutuamente y se complementan entre sí. Además, estas áreas desarrollan sus servicios en cada una de las dimensiones de la vida de los ministros ordenados: humana, espiritual, intelectual y pastoral.

La Formación permanente y la Comunión fraterna se refieren, sobre todo, a la vida del pastor. La tercera área se refiere más al ministerio pastoral.

3.1. FORMACIÓN SACERDOTAL PERMANENTE

Es el área de servicios de la pastoral sacerdotal que promueve y anima la formación humana, espiritual, intelectual y pastoral de los ministros ordenados. Está dirigida a renovar, en el pastor y en el presbiterio, su mentalidad, criterios, actitudes, sentimientos, acciones y vida (cf. PDV 78; DMV 69, 71, 73).

Todos los ministros ordenados necesitamos aprovechar más la formación permanente como camino de conversión y medio para la fidelidad (PDV 70; SD 72).

Tal formación debe comprender y armonizar todas las dimensiones de la vida sacerdotal; es decir, debe tender a ayudar a cada presbítero: a desarrollar una personalidad humana madurada en el espíritu de servicio a los demás, cualquiera sea el encargo recibido; a estar

intelectualmente preparado en las ciencias teológicas y también en las humanas en cuanto relacionadas con el propio ministerio, de manera que desempeñe con mayor eficacia su función de testigo de la fe; a poseer una vida espiritual profunda, nutrida por la intimidad con Jesucristo y del amor por la Iglesia; a ejercer su ministerio con empeño y dedicación. En definitiva, tal formación debe ser completa: humana, espiritual, intelectual, pastoral, sistemática y personalizada (DMV 74) y permanente.

La formación sacerdotal permanente impulsa el proceso de renovación personal y comunitaria en sus cuatro dimensiones: humana, espiritual, intelectual y pastoral. La formación sacerdotal permanente es la base para promover la comunión y otros servicios en favor de los ministros ordenados.

Así, esta área de la Formación Sacerdotal Permanente tiene como objetivos:

- Educarnos para la maduración de la personalidad, de las relaciones humanas y para la adecuada satisfacción de nuestras necesidades humanas.
- Comprender y vivir la espiritualidad propia del clero diocesano para santificarnos conforme a ella.
- Conseguir nuestra actualización y renovación intelectual, especialmente en el campo de la teología, para que podamos cumplir mejor nuestra misión local y universal.
- Lograr nuestra capacitación y renovación pastorales para que, avivando continuamente nuestra caridad pastoral, realicemos con mayor fidelidad y eficacia nuestra misión local y universal.

La formación permanente tiene como actividades y medios principales los siguientes:

- Información y actualización.
- Renovación intelectual sistemática.
- Estudio e investigación.
- Especialización.

3.2. LA COMUNIÓN FRATERNA

Es el área de servicio de la Pastoral Sacerdotal que promueve y anima la comprensión y vivencia de la fraternidad entre los ministros ordenados, en el presbiterio diocesano y hacia el mundo entero (cf. PDV 75; DMV 88).

Para "ser uno", como Jesús nos pide (cf. Jn 17), conforme a las necesidades de nuestro presbiterio diocesano, nos proponemos fortalecer la comunión y ayuda fraternas entre todos los ministros ordenados. Con ello expresaremos y realizaremos la íntima fraternidad sacramental que ha sido establecida entre nosotros por el orden sagrado (cf. PO 8). Para ello, será decisivo mejorar en los seminaristas y entre los mismos ministros ordenados la formación para la comunión; fortalecer las estructuras que están al servicio de su comunión (cf. SD, 69); estimular la comunión fraterna en las Vicarías, equipos sacerdotales parroquiales y grupos de amistad sacerdotal; e intensificar los encuentros y demás actividades que fomenten el conocimiento, la amistad y la mutua colaboración en nuestro ministerio pastoral.

Así, la pastoral sacerdotal con esta área se propone como objetivos:

- Fortalecer la comunicación, la solidaridad, la convivencia y la amistad entre los ministros ordenados.
- Intensificar la comunión y ayuda espiritual fraternas entre los ministros ordenados.
- Fomentar la reflexión y el diálogo teológico-pastoral entre los ministros ordenados para que comprendamos y sirvamos mejor la misión que se nos ha encomendado.

- Lograr un creciente unidad de criterios, comunión en la acción pastoral e integración en la pastoral de conjunto.

La Comunion fraterna tiene como actividades y medios principales los siguientes:

- La comunión fraterna para fomentar el conocimiento, la estima, la amistad, el compartir de bienes y servicios, la convivencia, la asociación entre sacerdotes, etc.
- La ayuda fraterna para compartir vida, oración, revisión evangélica de vida, reconocimiento, apoyo espiritual, corrección fraterna, etc.
- La cooperación pastoral para colaborar en el trabajo pastoral del hermano y en otras de sus actividades.

3.3. Apoyo AL MINISTERIO DE LOS PASTORES

Es el área de la pastoral sacerdotal que promueve y organiza servicios institucionales para apoyar el ministerio de los Pastores.

Dios nos hace un apremiante llamado a la santidad, especialmente a través del ejercicio auténtico, incansable y en el Espíritu del propio ministerio pastoral (cf. PO 12 y 13; DVM SD 71). Para conseguirlo, los ministros ordenados hemos recibido una gracia particular (cf. PO 12) y, podemos aprovechar mejor la acción del Espíritu Santo en nuestra vida y en nuestras comunidades.

Volvemos a escuchar hoy la voz del Señor quien, con los desafíos de la hora actual, nos llama y envía; queremos permanecer fieles al Señor y a los hombres y mujeres, sobre todo los más pobres, para cuyo servicio hemos sido consagrados" (SD, 67). Necesitamos una renovación profunda para poder asimilar y responder desde la caridad pastoral los desafíos que nos plantean el secularismo, la injusticia y la violencia. Además, como manifestación de caridad pastoral, queremos tener siempre una presencia humilde y cercana en medio de nuestras comunidades para que todos puedan sentir en ella la misericordia de Dios y la solidaridad de sus pastores (cf. SD 75).

Comprendemos que "el don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la *misión universal y amplísima de salvación* "hasta los confines de la tierra", pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los apóstoles" (PO 10). Por ello será muy importante que los seminaristas y los ministros ordenados nos formemos en un espíritu genuinamente católico que nos habitúe a mirar más allá de los límites de la propia diócesis, nación, rito y lanzarnos en ayuda de las necesidades de toda la Iglesia con ánimo dispuesto para predicar el Evangelio en todas partes, a "estar concretamente disponibles al Espíritu Santo y al obispo, para ser enviados a predicar el Evangelio más allá de los confines del propio país" (cf. PO 10, RMI 67). La pastoral sacerdotal nos ha de ayudar a realizar la especial vocación que tiene nuestra Diócesis de cooperar con misioneros en la evangelización universal más allá de sus fronteras.

La caridad del Buen Pastor nos mueve a elaborar y a realizar un plan de pastoral sacerdotal (cf. DMV 86) que nos asegure ese servicio integral a todos en el presbiterio diocesano. Además, nos impulsa a reforzar nuestro servicio especial a los presbíteros que regresan de la misión y a quienes están pasando por especiales dificultades. Así mismo, nos pide atender a los sacerdotes que trabajan solos, completando sus equipos de trabajo y fomentando entre ellos la comunión y ayuda fraternas.

Esta área de apoyo al ministerio pastoral se propone como *objetivos*:

- Propiciar condiciones sociales y materiales que favorezcan el ejercicio eficiente del ministerio pastoral.
- Apoyar con servicios espirituales el ejercicio santificante del ministerio de los Pastores y del Presbiterio.
- Promover y apoyar la reflexión teológica en y para el ministerio pastoral.

- Favorecer con estructuras y servicios pastorales la realización fiel y fecunda del ministerio de los obispos, presbíteros y diáconos.

El apoyo al ministerio de los Pastores tiene como actividades y medios principales las siguientes:

- Fortalecimiento de los organismos de comunión y participación de los ministros ordenados en la Iglesia particular, especialmente el Consejo presbiteral y los Consejos pastorales.
- Organización pastoral adecuada que facilite la participación orgánica de los ministros ordenados en la pastoral de conjunto diocesana.
- Planeación y ejecución de la pastoral diocesana en favor de los pastores (o plan diocesano de pastoral sacerdotal), mediante el cual se coordine y anime continuamente el proceso personal y comunitario de formación permanente, comunión fraterna y apoyo del ministerio de los pastores.
- Establecimiento y realización de servicios diferenciados en favor de los ministros ordenados para atenderlos conforme a su situación de edad, salud y otras circunstancias.
- Asignación de suficientes recursos institucionales para la renovación humana, espiritual, intelectual y pastoral de los ministros ordenados y del presbiterio diocesano.
- Organización y animación de los servicios misioneros del presbiterio en favor de otras Iglesias Particulares más necesitadas.

4. "TAREAS" PERMANENTES DE LA PASTORAL SACERDOTAL EN UNA DIÓCESIS

La pastoral sacerdotal tiene en cuenta todas las dimensiones de la vida de los ministros ordenados y del presbiterio: humana, espiritual, teológica y pastoral. En cada una de ellas atiende lo relativo a la formación permanente, a la comunión fraterna y al apoyo al ministerio de los pastores.

4.1. PARA LA RENOVACIÓN HUMANA EN EL PRESBITERIO

En el trato con los hombres y en la vida de cada día, el sacerdote debe acrecentar y profundizar aquella sensibilidad humana que le permite comprender las necesidades y acoger los ruegos, intuir las preguntas no expresadas, compartir las esperanzas y expectativas, las alegrías y los trabajos de la vida ordinaria; ser capaz de encontrar a todos y dialogar con todos. Sobre todo conociendo y compartiendo, es decir, haciendo propia, la experiencia humana del dolor en sus múltiples manifestaciones, desde la indigencia a la enfermedad, de la marginación a la ignorancia, a la soledad, a las pobreza materiales y morales, el sacerdote enriquece su propia humanidad y la hace más auténtica y transparente, en un creciente y apasionado amor al hombre.

Al hacer madurar su propia formación humana, el sacerdote recibe una ayuda particular de la gracia de Jesucristo; en efecto, la caridad del buen Pastor se manifestó no sólo con el don de la salvación a los hombres, sino también con la participación de su vida, de la que el Verbo que se ha hecho "carne" (cf. Jn. 1, 14), ha querido conocer la alegría y el sufrimiento, experimentar la fatiga, compartir las emociones, consolar las penas. Viviendo como hombre entre los hombres y con los hombres, Jesucristo ofrece la más absoluta, genuina y perfecta expresión de humanidad; lo vemos festejar las bodas de Caná, visitar una familia amiga, conmoverse ante la multitud hambrienta que lo sigue, devolver a sus padres hijos que estaban enfermos o muertos, llorar la pérdida de Lázaro...

Del sacerdote, cada vez más maduro en su sensibilidad humana, ha de poder decir el Pueblo de Dios algo parecido a lo que de Jesús dice la Carta a los Hebreos: "No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado" (Hb 4, 15). (PDV 72).

Describamos, ahora, los objetivos y servicios para la renovación "humana" de los pastores:

Objetivo general

Promover y animar la renovación humana de los ministros ordenados y del presbiterio para su plena realización personal y comunitaria.

Objetivos específicos

1. Educarnos para la maduración de la personalidad, de las relaciones humanas y para la adecuada satisfacción de nuestras necesidades humanas.
2. Fortalecer la comunicación, la solidaridad, la convivencia y la amistad entre los ministros ordenados.
3. Propiciar condiciones sociales y materiales que favorezcan el ejercicio eficiente del ministerio pastoral.

Algunos servicios y medios para conseguir estos objetivos de renovación "humana":

- Educación en relaciones humanas.
- Fomento del conocimiento, estima y amistad entre los sacerdotes.
- Encuentros de presbiterio: Reuniones generales: Convivencia anual; Reuniones de vicarías o arciprestazgos; Reuniones de grupos sacerdotales y de amigos sacerdotes.
- Celebraciones sacerdotales especiales (aniversarios, reconocimientos, etc.).
- Organización de la sus tentación económica suficiente y de la seguridad social adecuada.
- Adecuación de las viviendas y del lugar de trabajo (casas parroquiales, etc.).
- Descanso y recreación adecuados (oportunidades, lugares, reemplazos, etc.).
- Atención oportuna a sacerdotes enfermos y ancianos.
- Atención a la salud física de los ministros ordenados.
- Servicios de consejería psicológica.
- Apoyo y ayuda material a los más necesitados.
- Promoción de año sabático.
- Organización de cooperativas sacerdotales.
- Otras expresiones de solidaridad sacerdotal.

4.2. PARA LA RENOVACIÓN ESPIRITUAL EN EL PRESBITERIO

La *Pastores Dabo Vobis*, en el n. 72, nos ilustra sobre la justificación y los caminos para la renovación espiritual:

La formación del presbítero en su dimensión espiritual es una exigencia de la vida nueva y evangélica a la que ha sido llamado de manera específica por el Espíritu Santo infundido en el sacramento del Orden. El Espíritu, consagrando al sacerdote y configurándolo con Jesucristo Cabeza y Pastor, crea una relación que, en el ser mismo del sacerdote, requiere ser asimilada y vivida de manera personal, esto es, consciente y libre, mediante una comunión de vida y amor cada vez más rica, y una participación cada vez más amplia y radical de los sentimientos y actitudes de Jesucristo. En esta relación entre el Señor Jesús y el sacerdote -relación

ontológica y psicológica, sacramental y moral- está el fundamento y a la vez la fuerza para aquella "vida según el Espíritu" y para aquel "radicalismo evangélico" al que está llamado todo sacerdote y que se ve favorecido por la formación permanente en su aspecto espiritual. Esta formación es necesaria también para el ministerio sacerdotal, su autenticidad y fecundidad espiritual. "¿Ejerces la cura de almas?", preguntaba san Carlos Borromeo. Y respondía así en el discurso dirigido a los sacerdotes: "No olvides por eso el cuidado de ti mismo, y no te entregues a los demás hasta el punto de que no quede nada tuyo para ti mismo. Debes tener ciertamente presente a las almas, de las que eres pastor, pero sin olvidarte de ti mismo. Comprended, hermanos, que nada es tan necesario a los eclesiásticos como la meditación que precede, acompaña y sigue todas nuestras acciones: Cantaré, dice el profeta, y meditaré (cf. Sal 100, 1). Si administras los sacramentos, hermano, medita lo que haces. Si celebras la Misa, medita lo que ofreces. Si recitas los salmos en el coro, medita a quien y de qué cosa hablar. Si guías a las almas, medita con qué sangre han sido lavadas; y todo se haga entre vosotros en la caridad (1 Co 16, 14). Así podremos superar las dificultades que encontramos cada día, que son innumerables. Por lo demás, esto lo exige la misión que se os ha confiado. Si así lo hacemos, tendremos la fuerza para engendrar a Cristo en nosotros y en los demás.

En concreto, la vida de oración debe ser "renovada" constantemente en el sacerdote. En efecto, la experiencia enseña que en la oración no se vive de rentas; cada día es preciso no sólo reconquistar la fidelidad exterior a los momentos de oración, sobre todo los destinados a la celebración de la Liturgia de las Horas y los dejados a la libertad personal y no sometidos a tiempos fijos o a horarios del servicio litúrgico, sino que también se necesita, y de modo especial, reanimar la búsqueda continuada de un verdadero encuentro personal con Jesús, de un coloquio confiado con el Padre, de una profunda experiencia del Espíritu.

Lo que el apóstol Pablo dice de los creyentes, que deben llegar "al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13), se puede aplicar de manera especial a los sacerdotes, llamados a la perfección de la caridad y por tanto a la santidad, porque su mismo ministerio pastoral exige que sean modelos vivientes para todos los fieles".

Precisemos los objetivos, servicios y medios para esta renovación "espiritual" de los pastores:

Objetivo general

Promover la renovación espiritual de los ministros ordenados para que, personal y comunitariamente, respondan con mayor fidelidad a su vocación y misión.

Objetivos específicos

1. Comprender y vivir la espiritualidad propia del clero diocesano para santificarnos conforme a ella.
2. Intensificar la comunión y ayuda espiritual fraternas entre los ministros ordenados.
3. Apoyar con servicios espirituales el ejercicio santificante del ministerio de los Pastores y del Presbiterio.

Algunos servicios y medios para la renovación "espiritual" de los pastores:

- Retiros anuales; Retiros mensuales; Retiros por vicaría foránea.
- Encuentros de espiritualidad sacerdotal.
- Cursos de espiritualidad por correspondencia.
- Profundización sobre la dimensión misionera universal.
- Oración comunitaria.
- Refuerzo de grupos sacerdotales de espiritualidad, (Unión Apostólica del Clero, etc.)
- Espacios para el compartir espiritual.

- Ayuda fraterna espiritual en el presbiterio.
- Definir y aplicar un programa especial para la renovación espiritual de los sacerdotes.
- Formación de asesores espirituales.
- Servicio de directores y asesores espirituales.
- Acompañamiento espiritual a los sacerdotes jóvenes.
- Casa de retiros y ambientes para la reflexión espiritual.

4.3. PARA LA RENOVACIÓN INTELECTUAL EN EL PRESBITERIO

En la *Pastores Dabo Vobis*, en el n. 72, encontramos la siguiente fundamentación y proyección respecto de la renovación en este campo intelectual:

También la dimensión intelectual de la formación requiere que sea continuada y profundizada durante toda la vida del sacerdote, concretamente mediante el estudio y la actualización cultural seria y comprometida. El sacerdote, participando de la misión profética de Jesús e inserto en el misterio de la Iglesia Maestra de verdad, está llamado a revelar a los hombres el rostro de Dios en Jesucristo, y, por ello, el verdadero rostro del hombre. Pero esto exige que el mismo sacerdote busque este rostro y lo contemple con veneración y amor (cf. Sal. 26, 8; 41,2); sólo así puede darlo a conocer a los demás. En particular, la perseverancia en el estudio teológico resulta también necesaria para que el sacerdote pueda cumplir con fidelidad el ministerio de la Palabra, anunciándola sin titubeos ni ambigüedades, distinguiéndola de las simples opiniones humanas, aunque sean famosas y difundidas. Así, podrá ponerse de verdad al servicio del Pueblo de Dios, ayudándolo a dar razón de la esperanza cristiana a cuantos se la pidan (d. I P 3, 15).

Además,

el sacerdote, al aplicarse con conciencia y constancia al estudio teológico, es capaz de asimilar, de forma segura y personal, la genuina riqueza eclesial. Puede, por tanto, cumplir la misión que lo compromete a responder a las dificultades de la auténtica doctrina católica, y superar la inclinación, propia y de otros, al disenso y a la actitud negativa hacia el magisterio y hacia la tradición.

Analicemos los objetivos, servicios y medios para esta renovación "intelectual" de los pastores:

Objetivo general

Promover y animar la renovación intelectual en el presbiterio para que los pastores realicen con mayor eficacia su ministerio como maestros de la verdad.

Objetivos específicos

1. Conseguir nuestra actualización y renovación intelectual, especialmente en el campo de la teología, para que podamos cumplir mejor nuestra misión local y universal.
2. Fomentar la reflexión y el diálogo teológico-pastoral entre los ministros ordenados para que comprendamos y sirvamos mejor la misión que se nos ha encomendado.
3. Promover y apoyar la reflexión teológica en y para el ministerio pastoral.

Algunos servicios y medios en esta para la renovación "intelectual" de los pastores:

- Cursos, Seminarios, Congresos, Conferencias, Reuniones, de actualización y de renovación teológica.

- Especialización en teología o en ciencias anexas.
- Diálogo y reflexión teológica compartida.
- Integración con los profesores del Seminario y de otros Centros de reflexión teológica.
- Programa de renovación teológica sistemática a mediano plazo. Programa de formación misionológica.
- Preparación de Animadores para la renovación teológica.
- Equipo diocesano de reflexión teológica.
- Información sobre recursos para la actualización teológica.
- Suscripciones a revistas y periódicos eclesiales.
- Centro de estudio.
- Biblioteca para el presbiterio. Bibliografía especializada.
- Fondo económico para apoyar actualización y especialización de sacerdotes.

4.4. RENOVACIÓN PASTORAL en el presbiterio

La *Pastores Dabo Vobis*, en el n. 72, nos propone la siguiente orientación para esta renovación "pastoral" de los ministros ordenados:

El aspecto pastoral de la formación permanente queda bien expresado en las palabras del apóstol Pedro: "Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios" (1 Pe. 4, 10). Para vivir cada día según la gracia recibida, es necesario que el sacerdote esté cada vez más abierto a acoger la caridad pastoral de Jesucristo, que le confirió su Espíritu Santo con el sacramento recibido. Así como toda la actividad del Señor ha sido fruto y signo de la caridad pastoral, de la misma manera debe ser también para la actividad ministerial del sacerdote. La caridad pastoral es un don y un deber, una gracia y una responsabilidad, a la que es preciso ser fieles, es decir, hay que asumirla y vivir su dinamismo hasta las exigencias más radicales. Esta misma caridad pastoral, como se ha dicho, empuja y estimula al sacerdote a conocer cada vez mejor la situación real de los hombres a quienes ha sido enviado; a discernir la voz del Espíritu en las circunstancias históricas en las que se encuentra; a buscar los métodos más adecuados y las formas más útiles para ejercer hoy su ministerio. De este modo, la caridad pastoral animará y sostendrá los esfuerzos humanos del sacerdote para que su actividad pastoral sea actual, creíble y eficaz. Más esto exige una formación pastoral permanente.

La formación permanente ayuda al sacerdote a superar la tentación de llevar su ministerio a un activismo finalizado en sí mismo, a una prestación impersonal de servicios, sean espirituales o sagrados, a una especie de empleo en la organización eclesial. Sólo la formación permanente ayuda al "sacerdote" a custodiar con amor vigilante el "misterio" del que es portador para el bien de la Iglesia y de la humanidad.

Podemos describir los objetivos, servicios y medios para esta renovación "pastoral" de la siguiente forma:

Objetivo general

Promover la renovación pastoral de los ministros ordenados para el ejercicio eficaz de su propio ministerio en la Iglesia Particular y en la evangelización universal.

Objetivos específicos

1. Lograr nuestra capacitación y renovación pastoral para que, avivando continuamente nuestra caridad pastoral, realicemos con mayor fidelidad y eficacia nuestra misión local y universal.
2. Lograr una creciente unidad de criterios, comunión en la acción pastoral e integración en la pastoral de conjunto.
3. Favorecer con estructuras y servicios pastorales la realización fiel y fecunda del ministerio de los obispos, presbíteros y diáconos.

Algunos servicios y medios para la renovación "pastoral" de los ministros ordenados:

- Cursos, encuentros y seminarios de actualización y renovación pastoral.
- Encuentro anual de pastoral.
- Reflexión pastoral en las vicarías.
- Cursos de teología, espiritualidad y metodología misioneras.
- Estudio comunitario de la Pastoral Parroquial.
- Estudio de documentos eclesiales.
- Comunicación pastoral en las vicarías foráneas.
- Trabajo en equipo en nivel parroquial o vicarial.
- Integración con los Seminarios.
- Reuniones con laicos y religiosos para el discernimiento y comunión pastoral.
- Intercambio de experiencias pastorales.
- Ayudar a la ubicación ministerial adecuada de cada uno de los pastores.
- Definición y aplicación de un plan de renovación pastoral para los sacerdotes.
- Formación de animadores para este campo.
- Cooperación pastoral entre los sacerdotes.
- Visitas de animación pastoral.
- Canales para la integración en la pastoral de conjunto.
- Ofrecer guiones y otros apoyos pastorales.
- Boletín informativo pastoral.
- Revistas teológico-pastorales.
- Presupuesto para la renovación pastoral de los ministros ordenados.

5. EN TODOS LOS "NIVELES"

Conforme a las necesidades y posibilidades, esta pastoral en favor de los pastores se realiza en los diversos "niveles" de comunión pastoral: presbiterio, vicaría foránea, grupo sacerdotal y nivel individual de cada pastor.

La formación sacerdotal permanente, la comunión y los servicios de apoyo al ministerio se realizan proporcionalmente en estos diversos niveles y desde ellos (ver al final, cuadro ilustrativo).

Así, en cada nivel, se realiza todo y sólo lo que corresponde, en unidad con lo que se hace en los demás niveles y evitando duplicidades y dispersión. Por tanto, hay actividades que se han de cumplir más en el nivel de presbiterio. Otras corresponderán y serán más eficaces en el nivel de Vicaría, por ejemplo ciertos temas de reflexión pastoral, algunas iniciativas de cooperación pastoral; otras serán más propias de grupos de amistad o de tratar particularmente con otro hermano.

Es conveniente, por ello, que en el Plan Diocesano de Pastoral Sacerdotal, se ubiquen las tareas en el nivel que les corresponde. Por ejemplo, que se determinen las actividades que corresponden en nivel de Vicaría foránea.

La pastoral sacerdotal habrá de ayudar a cada ministro ordenado y al presbiterio a realizar su comunión y misión en la evangelización universal "más allá de sus fronteras".

Esta pastoral ofrece un servicio diferenciado a los ministros ordenados, atendiendo a sus condiciones personales de edad. Así, ofrece un servicio especial a los neo-presbíteros y a los sacerdotes jóvenes; acompaña de manera adecuada a los de edad intermedia; y ofrece una atención especial a los de la tercera y cuarta edad. Además, acompaña a los sacerdotes en otras especiales circunstancias de su vida. Y da un testimonio decisivo de caridad pastoral hacia los sacerdotes que tienen grandes dificultades para continuar su ministerio y a los que lo han dejado (cf. PDV 76-77).

6. TODOS SERVIDORES DE TODOS

El Espíritu Santo es el principal agente de nuestra renovación personal y comunitaria.

Si bien en algunas regiones y diócesis se deja toda esta pastoral a la iniciativa particular de alguna Asociación o Movimiento sacerdotal, es cierto que la responsabilidad fundamental la lleva la misma Iglesia Particular. La organicidad de la pastoral sacerdotal viene de conjugar adecuadamente la iniciativa Oficial diocesana con la iniciativa Particular de algunos ministros ordenados, o grupos u otras Instituciones.

Cada ministro ordenado tiene la responsabilidad respecto de la renovación integral permanente de sí mismo y de la de los demás sacerdotes. Hemos de lavar los pies a quienes son doblemente hermanos nuestros.

El Obispo ha de cuidar de su propia formación permanente, especialmente necesaria para él (*Pastores Gregis*, 24). Tiene, además, la responsabilidad principal en el cuidado y servicio al presbiterio y a cada uno de sus presbíteros (PG 47) Y diácono s (PG 49).

Si un Obispo concentrase sus cuidados más asiduos, más inteligentes, más pacientes, más cordiales, en formar, en asistir, en escuchar, en guiar, en instruir, en amonestar, en confortar a su clero, habría cumplido y empleado bien su tiempo, su corazón, su actividad (Pablo VI, Discurso de apertura de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Bogotá, Medellín, agosto 1968).

El Superior mayor dentro de un Instituto religioso tiene una responsabilidad similar a la del Obispo.

El *Presbiterio diocesano*, tiene una responsabilidad colegial prioritaria. Ha de promover esta pastoral y poner el ambiente de comunión y de ayuda mutua para el crecimiento de cada sacerdote.

El *Consejo Presbiteral* tiene como su más importante misión la pastoral sacerdotal en el presbiterio.

La *Comisión Diocesana de Pastoral Sacerdotal*, integrada por miembros que designa el Obispo, consultando el Consejo presbiteral, ejecuta lo que el Obispo y el presbiterio le encomienda. A solicitud de esta Comisión, otros ministros ordenados podrán colaborar con ella para la realización de los servicios programados. Ella está íntimamente relacionada con el Obispo y enteramente a su servicio en esta pastoral.

El *Delegado diocesano de pastoral sacerdotal* es el principal coordinador y animador de ella en el presbiterio.

Los *Vicarios foráneos* están llamados a ser especiales servidores de los sacerdotes de su vicaría (cf. CIC cánones 553-555).

Algunos sacerdotes han recibido una "gracia" especial para este servicio. Ellos están llamados a cultivarla y a ponerla al servicio del presbiterio. Son los animadores o servidores natos de la pastoral sacerdotal. En muchas partes, ellos están asociados en la Unión apostólica del Clero, que apoya su formación y su servicio a los ministros ordenados.

El *Seminario* tiene una responsabilidad especial como impulsor de la formación permanente del clero y como corazón para el presbiterio y para la diócesis.

La *comunidad* en la cual, con la cual y para la cual el sacerdote se renueva (comunidad local, familia, amigos del sacerdote, etc.) está llamada a ayudar al perfeccionamiento integral del pastor. Algunos laicos reciben una gracia especial para colaborar en esta pastoral en favor de los ministros ordenados.

7. PASOS PARA IMPULSAR LA PASTORAL SACERDOTAL EN UNA IGLESIA PARTICULAR

7.1. MOTIVACIÓN A TODOS LOS PASTORES

- Avivar en los ministros ordenados su vocación a la santidad.
- Hacer conocer y sentir las necesidades, valores y responsabilidades de los pastores.
- Motivar al fortalecimiento de la pastoral sacerdotal diocesana.
- Descripción del Pastor y del Presbiterio que queremos promover para nuestra Diócesis.

7.2. DISCERNIMIENTO y PROYECCIÓN CONJUNTA

- Discernimiento de valores, necesidades y recursos disponibles para la renovación de nuestros ministros ordenados.
- Reflexión sobre los fundamentos y criterios para la renovación humana, espiritual, intelectual y pastoral de los ministros ordenados y sobre la pastoral en favor de los pastores (proceso, actividades y recursos).
- Opción del Obispo con su presbiterio por una pastoral en favor de los pastores, orgánica e integral.
- Definición de necesidades prioritarias a las que ha de atender la pastoral sacerdotal en nuestro presbiterio.
- Determinación de objetivos, criterios y recursos para un plan global de pastoral sacerdotal diocesana.
- Elaboración de líneas de acción para la renovación humana, espiritual, intelectual y pastoral de los ministros ordenados en el presbiterio.
- Designación de comisión diocesana de pastoral sacerdotal (o consolidación de la existente) y definición de sus funciones.

Los anteriores pasos se hacen entre todos en el presbiterio. Para ello resulta especialmente útil dedicar dos o tres días en que el Obispo con todo el presbiterio compartan este discernimiento y tomen las correspondientes decisiones.

7.3. PROGRAMACIÓN DIOCESANA DE LA PASTORAL SACERDOTAL

- Elaboración y aprobación de la programación de pastoral sacerdotal para el primer año.
- Asignación de responsabilidades y tareas.

7.4. FORTALECIMIENTO DE LA COMUNIÓN FRATERNA EN EL PRESBITERIO

Es un paso decisivo para que se asuman los compromisos y para que los pastores aporten gustosamente a la realización del programa. Para ello, es útil:

- Compartir fraternidad con expresiones adecuadas a las necesidades e intereses de los ministros ordenados o del presbiterio.
- Fomentar la comprensión y atención a los que están menos integrados.

- Impulsar la cooperación pastoral.
- Intensificar la ayuda fraterna.

7.5. FORMACIÓN PERMANENTE PARA TODOS

- Realización de las actividades programadas para la formación humana, espiritual, intelectual y pastoral, integrándolas con el ministerio pastoral.
- Capacitación, actualización, renovación, especialización.

7.6. EJECUCIÓN DEL PROGRAMA, EN NIVEL DE PRESBITERIO, VICARIA FORÁNEA y PERSONAL.

EVALUACIÓN PERIÓDICA

7.7. ELABORACIÓN, EJECUCIÓN Y EVALUACIÓN DE LA PROGRAMACIÓN PARA EL SEGUNDO AÑO

7.8. ELABORACIÓN, EJECUCIÓN Y EVALUACIÓN DE LA PROGRAMACIÓN PARA EL TERCER AÑO

NIVELES	PRESBITERIO	VICARÍA	GRUPO	PERSONAL
ÁREAS			SACERDOTAL	
1. FORMACIÓN PERMANENTE				
2. COMUNIÓN FRATERNA				
3. APOYO AL MINISTERIO				

AREAS	FORMACION PERMANENTE	COMUNION SACEDOTAL	APOYO AL MINISTERIO PASTORAL
DIMENSIONES			
1. Renovación Humana			
2. Renovación Espiritual			
3. Renovación Teológica			
4. Renovación Pastoral			

	Renovación humana en el presbiterio	Renovación espiritual en el presbiterio	Renovación intelectual en el presbiterio	Renovación pastoral en el presbiterio
	<i>Objetivo General: Promover y animar la renovación humana de los ministros ordenados y del presbiterio para su plena realización personal y comunitaria.</i>	<i>Objetivo General: Promover la renovación espiritual de los ministros ordenados para que, personal y comunitariamente, respondan con mayor fidelidad a su vocación y misión</i>	<i>Objetivo General: Promover y animar la renovación intelectual en el presbiterio para que los pastores realicen con mayor eficacia su ministerio como maestros de la verdad.</i>	<i>Objetivo General: Promover la renovación pastoral de los ministros ordenados para el ejercicio eficaz de su propio ministerio en la Iglesia Particular y en la evangelización universal.</i>
FORMACION PERMANENTE	1. Educarnos para la maduración de la personalidad, de las relaciones humanas y para la adecuada satisfacción de nuestras necesidades humanas.	1. Comprender y vivir la espiritualidad propia del clero diocesano para santificarnos conforme a ella.	1. Conseguir nuestra actualización y renovación intelectual, especialmente en el campo de la teología, para que podamos cumplir mejor nuestra misión local y universal.	1. Lograr nuestra capacitación y renovación pastorales para que, avivando continuamente nuestra caridad pastoral, realicemos con mayor fidelidad y eficacia nuestra misión local y universal.
COMUNION FRATERNA	2. Fortalecer la comunicación, la solidaridad, la convivencia y la amistad entre los ministros ordenados.	2. Intensificar la comunión y ayuda espiritual fraternas entre los ministros ordenados	2. Fomentar la reflexión y el diálogo teológico-pastoral entre los ministros ordenados para que comprendamos y sirvamos mejor la misión que se nos ha encomendado.	2. Lograr una creciente unidad de criterios, comunión en la acción pastoral e integración en la pastoral de conjunto.
APOYO AL MINISTERIO PASTORAL	3. Propiciar condiciones sociales y materiales que favorezcan el ejercicio eficiente del ministerio pastoral	3. Apoyar con servicios espirituales el ejercicio santificante del ministerio de los Pastores y del Presbiterio.	3. Promover y apoyar la reflexión teológica en y para el ministerio pastoral.	3. Favorecer con estructuras y servicios pastorales la realización fiel y fecunda del ministerio de los obispos, presbíteros y diáconos.

Elementos eclesiológico-pastorales que apuntan a una identidad propia del presbítero diocesano *

Pbro. Fernando Vásquez Hernández
Texcoco, México.**

El autor busca argumentos teológico-pastorales, extraídos del Concilio, que permitan presentar rasgos concretos y esenciales que ayuden a perfilar la identidad del presbítero diocesano. Acentúa la relación obispo-presbítero, presbítero-diócesis. La caridad pastoral es presentada como carisma propio del pastor y la secularidad como ámbito propio de realización del presbítero diocesano

1. A modo de aclaración previa

La visión eclesiológica concedida por el Concilio ha traído grandes aportes y vertientes de reflexión en muchos aspectos de la eclesiología y de la teología en general. Logró superar una visión que tendía a esclerotizar estructuras mal ubicadas y poco reflexionadas que, más bien, habían surgido del devenir histórico que de una reflexión eclesial. Así, uno de los logros más importantes fue completar una eclesiología de comunión y de participación, donde cada ministerio, carisma y apostolado está mejor ubicado de acuerdo a su identidad. Hubo un recentramiento de la identidad cristiana, así, en el caso del presbítero, se consigue una mejor ubicación de su ser y quehacer a partir de una visión de ministerialidad orgánica dentro de la Iglesia.

Otro gran logro del Concilio, en lo que respecta al presbítero, fue haber superado esa tendencia unilateral en la teología de cristocentrismo (de tradición preconciliar) y de eclesiocentrismo (corriente nueva), presentando de manera más armónica estas dos vertientes como complementarias y esenciales a la identidad del ordenado, evitando así los peligros de ontologización y el peligro de fundamentar el ministerio exclusivamente en la comunidad.

Además, fundamentó el ministerio de los presbíteros en íntima relación con el ministerio de los obispos, por el cual se recibe la misión. Es en ellos en quienes descansa la misión de los apóstoles, sus legítimos sucesores y los primeros responsables del pueblo de Dios, recibida por el sacramento que los consagra. De ellos depende el ministerio de los demás grados del Orden. Es una nueva visión que es más acorde con la Tradición de la Iglesia.

Pero, también hay que decir que, hay temas que el Concilio no desarrolló, sino que solamente quedaron incoados y exigen una reflexión teológica posterior. Para algunos autores una de las grandes carencias del Concilio ha sido, precisamente, no haber definido con exactitud la identidad del

* Por presbítero diocesano entendemos al presbítero secular, de hecho el Concilio no hizo ningún aporte sobre el mejor modo de llamar a estos presbíteros que comúnmente llamamos diocesanos para distinguirlos de los religiosos. Baste aclarar que de aquí en adelante, para hablar de ellos, se utilizará indistintamente los términos 'diocesano' y 'secular', con la intención de distinguirlos de los religiosos.

** Este es el capítulo segundo de su tesis para la Licenciatura en Teología con énfasis en Formación sacerdotal sobre "Algunos elementos esenciales de la identidad del Presbítero Diocesano a partir de la Teología Conciliar".

presbítero, es más, no se ha llegado siquiera a la "redefinición del sacerdote"¹ después de la crisis. La figura del presbítero en relación con el obispo y con el laico es una de las grandes tareas que necesitan ser reflexionadas; ciertamente ya hay muchos estudios al respecto, sin embargo, hace falta perspectiva, experiencia posconciliar para poder centrar adecuadamente al presbítero en medio de la comunidad eclesial.

No cabe duda que el Concilio es la gran Obra del Espíritu Santo en nuestro tiempo, sin embargo, esto mismo nos introduce en una nueva dimensión de reflexión teológica y pastoral que implica esfuerzos y luces divinas.

Con los muchos aciertos y las interrogantes que trajo el Concilio hemos de continuar nuestra reflexión sobre la identidad del presbítero diocesano. En el capítulo anterior ubicamos el ser y la misión del presbítero en una Iglesia toda ella ministerial que se inserta en el ministerio de un pueblo todo él sacerdotal. Ahora bien, teniendo en cuenta este dato investigado en el capítulo anterior, proyectamos nuestra investigación hacia la identidad concreta y propia del presbítero, no ya en general -objetivo del capítulo anterior-, sino del presbítero diocesano, o si se quiere, secular. La cuestión aquí es saber si podemos hablar de una identidad propia del presbítero diocesano a partir de lo declarado en el Concilio Vaticano II, porque de ello dependerá la manera de desempeñar el ministerio con mayor fidelidad a la vocación a la que ha sido llamado, pues si las ideas no son claras el modo de vivir será ambiguo.

Ante el objetivo que nos incumbe en este capítulo, nos surgen necesariamente unas cuestiones a las que habrá que dar respuesta:

- 1.- ¿Acaso el Concilio no habló de los presbíteros en general, por tanto, no hubo intención de definir identidades concretas?
- 2.- ¿No es ya suficiente trabajo y, además, con carácter de prioridad, ponernos primero de acuerdo sobre la identidad del presbítero en general?
- 3.- ¿Habrá datos en el Concilio que nos permitan hablar de una posible identidad del presbítero diocesano?
- 4.- Suponiendo que el Concilio dé pautas para poder hablar de una espiritualidad propia del presbítero diocesano, ¿Esos datos, serán verdaderamente esenciales a su identidad?

Desde nuestro punto de vista, estas son quizá las cuestiones de mayor peso a las que se puede enfrentar este segundo capítulo, sin embargo, a lo largo del mismo se intentará ir dando respuesta a cada una de ellas de modo que el objetivo particular se vaya cumpliendo de la manera más completa posible.

En cuanto a la primera cuestión habrá que empezar por decir que, efectivamente, el Concilio habla de los presbíteros en general, de hecho, en la *Lumen Gentium* en ningún momento hace una distinción de palabras o mensajes para un clero determinado, siempre habla de 'los presbíteros', lo cual implica tanto a diocesanos como a religiosos. En todo caso, la *Presbyterorum Ordinis*, al comenzar su contenido, habla de 'salvedades' respecto a los religiosos: "lo que aquí se dice se aplica a todos los presbíteros, en especial a los que se dedican a la cura de almas, haciendo las salvedades debidas con relación a los presbíteros religiosos"². Esto nos lleva a pensar que seguramente el Concilio tiene ante su mirada la vida en la diócesis, lo cual implica pensar en los presbíteros diocesanos de manera directa, pero sin descartar a los religiosos que trabajan en una diócesis.

Otro documento que aborda de manera específica la vida diocesana y la relación del presbiterio con el obispo es el decreto *Christus Dominus*, el cual nos puede arrojar nuevas luces sobre el tema que

¹ SÁNCHEZ CHAMOSO, R. op. Cit. p. 100.

² PO 1.

nos atañe. En todo caso, incluso en la distribución de los temas tratados por el Concilio vemos que hay una armonía y simetría que nos hace pensar en una distinción de identidades: un decreto para los obispos (*Christus Dóminis*), un decreto para los presbíteros (*Presbyterorum Ordinis*), un decreto para los religiosos (*Perfectae caritatis*), y un decreto sobre los laicos (*Apostolicam Actuositatem*), todos ellos entrañados en la *Lumen Gentium*, que es como la Constitución Dogmática que armoniza y resume toda la eclesiología *ad intra*.

Así, pues, aunque no encontramos palabras explícitas en el Concilio sobre su intención de querer hablar específicamente de la identidad de los presbíteros diocesanos, separada de la de los religiosos, sin embargo, es clara la intención de dirigirse a cada presbítero en sus circunstancias y en aquello que lo distingue, de tal manera que aunque no define, en el caso del presbítero diocesano, su identidad concreta, sin embargo, iremos demostrando en este capítulo que sí hay rasgos que nos pueden aportar a la definición de su identidad.

Respecto al segundo interrogante, habría que decir que el problema de la identidad del presbítero puede ser abordado no solamente desde un solo punto de vista, de hecho, existen investigaciones que han abordado el tema desde múltiples perspectivas. Lo más común ha sido investigar la identidad del presbítero en relación con el ser y quehacer del laico. Pero no es el único modo de hablar del tema, se ha hablado también en relación con el obispo, en relación con una Iglesia de comunión y participación, y desde la perspectiva del ser en sí mismo del presbítero. Por tanto, el trabajo teológico ante el que nos encontramos, solamente en cuanto a la identidad del presbítero, es muy vasto, llevará tiempo, por lo que al ver un campo tan amplio se puede trabajar en el ámbito que mejor parezca, hay tarea para todos. En nuestro caso, y a nuestro parecer, un campo con poca trayectoria teológica es el de la identidad del presbítero diocesano en sí mismo, es decir, sin hacer referencia directa a otras vocaciones. Si durante muchos siglos se vivió 'a costillas' de otras espiritualidades que no era la propia, hoy los sacerdotes diocesanos están llamados a no descuidar aquello que les ha sido dado como don y que da sentido a su entrega: la propia identidad.

Por lo anteriormente dicho, caemos en la cuenta que la libertad que tiene el teólogo en la reflexión le permite investigar en el campo que más le atrae o con el que se siente comprometido. La Iglesia en toda su historia ha reflexionado sobre sí misma, sobre su razón de ser, en el todo o por la parte, lo realmente importante es dar un aporte que permita a la Iglesia irse conociendo y descubriendo para actualizarse y prestar un mejor servicio al hombre de cada tiempo. En este sentido, no hay prioridades, puede haber urgencias, pero no necesariamente prioridades.

La tercera pregunta habla de la posibilidad de que existan, en los documentos del Concilio, elementos que apuntan a una espiritualidad del presbítero diocesano. Definitivamente todo dato que encontremos sobre el presbítero diocesano surge fundamentalmente de la referencia que se hace al obispo y a la Iglesia particular. Ya en los distintos documentos del Concilio Vaticano II se menciona constantemente al obispo y a la diócesis. Este es el marco en que encontramos especialmente referencias al presbítero diocesano. Este mismo hecho es el que nos lleva a pensar en rasgos que son de suma importancia respecto a su identidad, porque a toda Iglesia particular el Espíritu la abastece de los carismas, ministerios y gracias peculiares y adecuadas a la misión por la cual ha sido constituida. Desde el obispo, que es el pastor, hasta cualquier asociación, son dones específicos del Espíritu para el cumplimiento de su fin: ser sacramento de salvación.³

El hecho mismo de que existan presbíteros, que por la incardinación se consagren al servicio de la Iglesia en una diócesis, es un signo de la existencia de dichos elementos. Otro signo más es el hecho de que algunos presbíteros dependan exclusivamente del propio obispo en la espiritualidad y peculiaridad del apostolado. Incluso, afirma Esquerda Bifet que, al revisar las actas conciliares, es po-

³ LG 1.

sible verificar que el Concilio, en la *Christus Dominus* se refiere directamente a los presbíteros seculares por lo que podemos pensar en funciones propias de su identidad.⁴

Por otra parte, el Concilio habla de una cierta 'principalidad' del presbítero diocesano en la Iglesia particular ⁵, lo cual implica necesariamente que hay elementos peculiares, más propios del presbítero secular que del religioso.

Al responder a esta pregunta no es nuestra intención marginar al presbítero religioso en la diócesis, ni mucho menos. Es más bien por la metodología que se sigue que no se comenta mucho de él, sin embargo, después de esta breve introducción al capítulo se irá hablando de él con más naturalidad a la hora de exponer los elementos encontrados.

Sobre el último cuestionamiento de esta introducción habría que decir que, si bien es verdad, hay elementos enunciados en el Concilio que son para todo presbítero, también es verdad que en el modo de aplicarlos a cada identidad subyace una teología con características peculiares que, en nuestro caso, serán investigadas para responder si es algo sólo accidental o más bien forma parte esencial de la identidad diocesana.

Hay elementos fundamentales que necesitan ser reflexionados con exigencia teológica, por eso, decir en esta introducción a priori si los posibles elementos que buscamos son esenciales o no, sería imprudente. Habrá que esperar el desarrollo mismo de la investigación en este capítulo para poder dar un juicio ponderado, lo cual será posible sólo con los datos proporcionados por la misma. Hasta aquí, pues, no se toma una postura sino que nos abrimos a cualquier opción que traiga la misma investigación para afirmar o negar la esencialidad de los rasgos encontrados en la identidad del presbítero diocesano.

Con esta breve introducción, que busca ser orientadora de lo que se pretende, queda incoado el segundo capítulo.

Una vez expuesto el ministerio presbiteral en sí mismo y en su relación con las demás vocaciones dentro de la Iglesia (capítulo anterior), en este capítulo profundizaremos en el ministerio, pero que se realiza en una Iglesia particular o diócesis. Concretamente el ministerio de los presbíteros diocesanos en la diócesis a la que se incardinan por un acto jurídico para servir a toda la Iglesia universal a través de la concreción diocesana. Es por esta razón por lo que el primer paso a dar es definir de manera sucinta lo que es la Iglesia local.

Una primera definición de Iglesia local, o particular, o diócesis*, la encontramos en el documento para la vida y ministerio de los obispos *Christus Dominus*, que reza de la siguiente manera:

*"La diócesis es una porción del pueblo de Dios, que se confía a un obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de suerte que, unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una iglesia particular, en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica".*⁶

La Iglesia local es la misma Iglesia de Cristo pero acontecida en un lugar determinado, de hecho,

⁴ ESQUERDA BIFET, J. Teología de la espiritualidad sacerdotal. Madrid. BAC, 1991. p. 169

⁵ Ch D 28.

* Conviene aclarar que aquí nos referimos indistintamente a la Iglesia particular como diócesis, sin hacer las salvedades que contempla el Código de Derecho Canónico, en el canon 368. De aquí en adelante dicho código será citado con las siglas CIC, y el canon correspondiente con su respectivo epígrafe.

⁶ Ch D 11.

desde la era apostólica, a las comunidades de fieles en una región se le llamaba Iglesias.** Es verdadera Iglesia y no división de la misma, es el mismo pueblo de Dios congregado por el Espíritu con el obispo a la cabeza, donde se realiza plenamente la Iglesia de Cristo⁷. Esta realidad eclesiológica es la que permite hablar de una identidad propia de los presbíteros que consagran su vida y su ministerio al servicio de una Iglesia particular.

A partir de la definición arriba expuesta, que da el Concilio, podemos obtener varios elementos que de manera explícita hacen referencia a la necesidad esencial que tienen en la Iglesia local, el obispo, el presbiterio, los fieles de la diócesis y la relación con la Iglesia universal. Estos datos arrojados por la definición nos hablan de elementos esenciales a la vida diocesana de la que, de manera intimísima, participa el presbítero secular.

Hay, a su vez, otros elementos que, por su importancia reflejada en los documentos del Concilio, deberán ser citados o que en el Magisterio posconciliar han tomado un auge de no poca envergadura, al punto que necesitan ser revisados en este capítulo, es el caso de la caridad pastoral y de la secularidad.

2. Relación con el obispo: ¿Es una relación especial para el presbítero diocesano?

Para poder hablar de la diócesis, el Concilio Vaticano II parte de en principio fundamental que viene a ser como el quicio, la piedra sobre la que se fundamenta una diócesis y es el ministerio del obispo, pues, "en todo altar, reunida la comunidad bajo el ministerio sagrado del obispo, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y unidad del cuerpo místico, sin la cual no puede haber salvación"⁸, por lo que allí donde el obispo celebra la Eucaristía con su pueblo y su presbiterio allí está la Iglesia particular.

Ya en las primeras comunidades cristianas el ministerio de los Apóstoles fue visto como una misión encomendada a los ministros de la Iglesia que desde entonces recibieron el nombre de obispos, presbíteros y diáconos⁹. Más tarde, en la obra de Hipólito de Roma *Traditio Apostólica*, la cual es tenida como el más antiguo ritual de ordenación, aparecen definitivamente constituidos en estos tres modos el ministerio ordenado¹⁰.

Ciertamente toda la Iglesia ha sido enviada, misionada, pero los enviados por antonomasia han sido los Apóstoles. Ciertamente toda la Iglesia es apostólica, pero Apóstoles propiamente dichos fueron unos pocos. Con todo, "los apóstoles fueron la semilla del nuevo Israel, a la vez que el origen de la jerarquía"¹¹, en los doce se fundó al mismo tiempo la jerarquía y la Iglesia.

El ministerio apostólico es la continuación del servicio encomendado a los Doce e iniciado por ellos. Este ministerio ha sido encomendado al ministerio ordenado (obispos, presbíteros, diáconos), para que sigan representando a Cristo, Cabeza y Pastor, manteniendo, así, la garantía de su continuidad. Por eso podemos decir que el ministerio apostólico (en terminología técnico-teológica) es

** Dice Esquerda Bifet: "Las comunidades eclesiales a las que se refiere San Pablo (principalmente en sus cartas) se llaman, sin más, 'Iglesia', sin infravalorar un concepto de Iglesia más trascendente y universal. Si la Iglesia de Dios, en las cartas a los Efesios y a los Colosenses, tiene sentido trascendente de Iglesia glorificada o Jerusalén nueva, en las demás cartas paulinas la palabra 'Iglesia' se refiere a Iglesias particulares, como manifestación de la Iglesia de Dios. Ej. 1 Tes 2,14; 1 Tim 3,15; Ef 2,19". ESQUERDA BIFET, J. Teología de la espiritualidad sacerdotal. Op. Cit. p. 148.

⁷ LG 23.

⁸ LG 26.

⁹ Cf. Ibid, 28.

¹⁰ Cf. DAL COVOLO, E. *Sacerdotes como nuestros Padres. Los Padres de la Iglesia, maestros de formación sacerdotal*. Bogotá. AE, 1998. p. 52-53.

¹¹ AG 5.

el sacramento de la Iglesia apostólica ¹².

El gran giro dado por el Concilio Vaticano II, en lo que se refiere al sacramento del Orden, consistió en fundamentar el ministerio de los presbíteros y de los diáconos en el ministerio episcopal, apoyados en esta verdad que quizá había sido olvidada por la teología en la historia: "Este santo sínodo enseña que por la consagración episcopal se recibe la plenitud del sacerdocio" ¹³ del que depende el ministerio presbiteral y en cuya misión queda inserto como colaborador esencial y necesario, pues "por el don del Espíritu Santo que se da a los presbíteros en la sagrada ordenación, los obispos los tienen como colaboradores y consejeros necesarios en el ministerio de enseñar, santificar y apacentar al pueblo de Dios" ¹⁴.

El ministerio apostólico ha sido encomendado al orden episcopal de manera directa. Los obispos poseen la plenitud del ministerio de Cristo, son los portadores directos del mensaje de Cristo de ir por todo el mundo anunciando el Evangelio, bautizando, perdonando los pecados, apacentando el pueblo de Dios. Pero, a su vez, los obispos nombraron a algunos para que les ayudaran en la misión encomendada por Cristo, por esta razón, el ministerio presbiteral depende necesariamente de la misión del obispo del cual es pródigo colaborador, es ayuda, es instrumento de la misión del obispo ¹⁵. Esto implica para el presbítero diocesano una unión teológica, sacramental, que lo proyecta a una nueva dimensión de relación, que deja de ser meramente jurídica - porque va más allá de una simple subordinación con el obispo por un contrato-, o meramente moral o pastoral, sino que lo une íntimamente en su misión por tener en común el honor del sacerdocio ¹⁶. No es que el presbítero participe del ministerio del obispo, los dos participan del ministerio del mismo Cristo, de su oficio de ser Cabeza y Pastor de la Iglesia ¹⁷, pero en distinto grado, de tal manera que, es a través de los obispos que 'les llega' -por decirlo así- a los presbíteros y diáconos, el ministerio de Cristo, pues ellos - los obispos-, encomiendan legítimamente el oficio de su ministerio en diversos grados a diversos sujetos en la Iglesia en el orden de los presbíteros y los diáconos ¹⁸.

Así, pues, como colaboradores del orden episcopal, la función que los presbíteros desempeñan en medio de una comunidad local es la de ejercitar, en la medida de su autoridad, el oficio de Cristo Pastor y Cabeza ¹⁹, es decir, de enseñar, santificar y pastorear en nombre de Cristo, lo cual implica tener una clara teología del sacramento del Orden. No actúan en nombre del obispo, sino de Cristo mismo, pues tanto el obispo, el presbítero, como el diácono, están unidos por el mismo ministerio. Sin embargo, todos ellos "participan, en el grado propio de su ministerio, del oficio de Cristo, único Mediador" ²⁰. Pero, los presbíteros y los diáconos lo ejercen mediante el ministerio del obispo, pues como también enseña el Concilio, lo ejercitan en la medida de su autoridad, en subordinación del orden episcopal ²¹. Este 'bajo la autoridad del obispo' se proyecta en la comunidad, cuando los presbíteros representan, mediante el ministerio del obispo ²², a Cristo mismo.

Cuando el neopresbítero hace dentro del rito de la Ordenación la promesa de obediencia al obispo, se compromete a prestar su servicio ministerial dentro de la diócesis en la cual ha quedado incardinado. Los religiosos hacen un voto de obediencia de cara a la espiritualidad propia a la que son llamados a servir. En cambio, con la promesa del presbítero diocesano sólo se confirma lo que por la naturaleza del mismo sacramento se adquiere: la subordinación a la autoridad del obispo que se

¹² Cf. SANCHEZ CHAMOSO, R. Op. Cit. p. 228.

¹³ LG 21.

¹⁴ PO 7.

¹⁵ Cf. LG 28; PO 2.

¹⁶ Cf. LG 28.

¹⁷ Ibidem.

¹⁸ Cf. LG 28.

¹⁹ Ibidem.

²⁰ LG 28.

²¹ Ibidem.

²² Cf. PO 2, 4; LG 28.

concretiza en una Iglesia local concreta ²³.

Sin embargo, como hemos visto, las relaciones entre el obispo y el presbítero no son meramente jurídicas, implica una vida de caridad fraterna ²⁴, de diálogo, de comprensión y cooperación leal ²⁵. Es con el Obispo, hombro con hombro, en unidad de ideales y metas, de sentimientos e ilusiones apostólicas con quien el presbítero desempeña su ministerio que es la razón de su entrega, de su consagración y de su vocación. Pero el Obispo de cada presbiterio diocesano no es un jefe al estilo social, no es un vigía frío y calculador de sus trabajadores, sino que es el padre, el amigo, el primer servidor. Hay una unión entre ellos sacramental, divina, que va más allá de acuerdos humanos y afectivos para buscar intereses personales, de tal modo que, por razón de esta comunión en el mismo sacerdocio y ministerio, los obispos tienen a los presbíteros como hermanos y amigos suyos, y llevan, según sus fuerzas, una cordial preocupación por el bien de los mismos ²⁶.

En todo lo expuesto vemos cómo el presbítero diocesano, está adscrito al cuerpo episcopal, y sirve a la Iglesia -por la que se consagró-, en su vocación concreta de diocesanidad, unido íntimamente a su obispo y a la misión de su obispo que es misión de toda la Iglesia ²⁷. Al compartir el sacramento del Orden, el trabajo apostólico o la misión en una misma Iglesia particular, los lazos que los unen son de carácter sobrenatural, eclesiales de caridad, de filiación, de fraternidad, de amistad, e incluso, de fidelidad a la misión encomendada por el mismo dueño del rebaño, por lo que estos lazos se han de reflejar en la búsqueda de la unidad y de la concordia, de sus anhelos y esperanzas.

Pero siempre el presbítero ha de tener en cuenta que, por estar unido a la misión del obispo, ha de estar disponible a las necesidades de la Iglesia universal, debido a que su obispo no sólo está unido a su Iglesia particular, sino, por el hecho de participar del colegio episcopal, tiene como responsabilidad pastoral a la Iglesia universal, pues "como legítimos sucesores de los Apóstoles y miembros del colegio episcopal, se reconocen siempre unidos entre sí y muestran que están solícitos por todas las Iglesias" ²⁸. Por esta razón su amor a la diócesis ha de coordinarse con una apertura a la catolicidad de la Iglesia, así no queda cerrada la Iglesia local sino que siente y late con toda la Iglesia de Cristo. Este hecho pone al obispo en una posición singular y eminente respecto a los presbíteros y a los fieles todos, pues por su medio la Iglesia diocesana queda insertada en la Iglesia universal, llevando a cabo la catolicidad a la que está llamada *.

Esta realidad sacramental que existe entre el presbítero y el obispo implica una unidad afectiva, por lo que el Concilio recomienda reconocer al obispo como verdadero padre y obedecerle reverentemente. El Obispo, por su parte, está invitado a considerar a los sacerdotes como hijos y amigos ²⁹, pues desde la unidad efectiva y afectiva se va alcanzando el fin de la misión. Por eso conviene correr a una con el sentir de su obispo, basados en relaciones de caridad, de manera armónica como las cuerdas con la lira ³⁰.

Con todos estos nuevos datos teológicos brindados por el Concilio podemos concluir que la unión que existe del presbítero diocesano con su obispo no es accidental, no es acartonada o postiza, no es una frase bonita ni un sentimiento que hay que cultivar, es una realidad esencial, teológica,

²³ Cf. CIC 273-274.

²⁴ Cf. Ch D 28.

²⁵ Cf. PO 15.

²⁶ Cf. Ibid, 7.

²⁷ Cf. LG 28.

²⁸ Ch D 6 y LG 23.

* Al respecto comenta la *Pastores Dabo Vobis* 17: "el ministerio de los presbíteros es, ante todo, comunión y colaboración responsable y necesaria con el ministerio del obispo, en su solicitud por la Iglesia universal y por cada una de las Iglesias particulares, al servicio de la cuales constituyen con el obispo un solo presbiterio".

²⁹ Cf. LG 28.

³⁰ Cf. SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los efesios*. En: RUIZ BUENO, *Padres apostólicos*. Madrid: BAC, 1950. p. 449.

necesaria, particular a su identidad, que el concilio ha revalorizado y que le da sentido a su ministerio y le hace ser un miembro en unidad con todo el cuerpo jerárquico que es colegial. Por eso, cuando la labor pastoral de un presbítero en su diócesis, por muy bien organizada y diversificada que esté, si se realiza de manera aislada, independiente, si no está unida a la cabeza de la diócesis que es el obispo, no podrá cumplir cabalmente su misión ³¹.

Es todavía mucho el trabajo que hay por hacer para ir desentrañando la riqueza teológica que comporta esta relación presbítero diocesano-obispo. Lo importante en este momento concreto de la investigación es sencillamente resaltar aquellos textos concretos en los que el Concilio habla expresamente de la relación del presbítero diocesano con su obispo y hacer ver que ya hay indicios fuertes que nos ayudan a ir fundamentando que la relación con su obispo es esencial a la identidad del presbítero diocesano.

3. El presbiterio diocesano, concreción particular de la identidad del presbítero diocesano

Entendemos aquí por presbiterio la estructura colegial que conforman los ministros ordenados en segundo orden llamados presbíteros.

En realidad son pocos los elementos -desde el punto de vista teológico-, que el Concilio presenta para poder fundamentar el presbiterio diocesano como elemento esencial de la identidad del presbítero diocesano. Más bien se limita a dar recomendaciones prácticas para hacer más llevaderas las relaciones en el presbiterio, sin embargo, siempre está referido a presbiterios concretos, a Iglesias particulares ³², y el hecho mismo de repetir constantemente algunas ideas teológicas en distintos documentos es una prueba de la necesidad real de desarrollar esta dimensión. De todas maneras, creemos que los datos aportados son suficientes para poder concluir su esencialidad.

Así, por ejemplo, encontramos sentencias que reflejan una necesidad de fundamentar desde la teología esta realidad que es más de fe que jurídica: "Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, se unen todos entre sí por íntima fraternidad sacramental; pero especialmente en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el propio obispo, forman un solo colegio presbiteral" ³³. La *Presbyterorum Ordinis* habla de la importancia sacramental que comporta ser ordenado presbítero, pero resalta la especial importancia que implica ser ordenado 'para' una diócesis determinada, en un presbiterio diocesano concreto, es decir, remarca el 'junto con' otros hermanos presbíteros que se incardinan al mismo fin, de los cuales el obispo es la cabeza, formando así un solo presbiterio*: "Los presbíteros, como colaboradores diligentes del orden episcopal y ayuda e instrumento suyo, llamados a servir al pueblo de Dios, forman con su obispo un solo presbiterio" ³⁴. Ciertamente los presbíteros diocesanos y los religiosos pertenecen al presbiterio de la diócesis, pero el modo es distinto para unos y para otros, pues, mientras que los religiosos dependen de sus superiores con el fin de vivir la espiritualidad específica de su vocación donde se encuentren, del tipo de apostolado propio del carisma y una disponibilidad supradiocesana, además, el servicio que los religiosos prestan a una diócesis concreta debe de conjugarse con sus compromisos estables de un servicio supradiocesano. En cambio el servicio de los llamados diocesanos se concreta por la incardinación y dependen de su obispo en la espiritualidad y peculiaridad del apostolado, salvo siempre lo que se refiere a la vida estrictamente personal. Estas diferencias que existen entre la voca-

³¹ Cf. PO 7.

³² Cf. PONCE CUÉLLAR, M. Op.cit. p. 459 ss.

³³ PO 8.

* De hecho, para corroborar este dato, hay una tendencia que se está generalizando entre los obispos, de aceptar en sus seminarios diocesanos solamente a jóvenes con inquietud vocacional que pertenecen por residencia o desempeño laboral a su territorio diocesano, la razón es, en general, por el amor a servir a una porción de la grey con la que han convivido, conocen y están dispuestos a dar su vida al conocer sus problemáticas concretas.

³⁴ LG 28; ver también LG 29; PO 7; CD 11, 15, 28; AG 19,29.

ción del sacerdote diocesano y el religioso nos hablan por sí mismas de dos identidades distintas y complementarias. El punto clave a nuestro entender respecto al religioso es la disponibilidad ministerial permanente del presbítero diocesano y el modo de realizar su ministerio en una diócesis concreta. Pero no es nuestra intención comparar las dos vocaciones, sino sólo aclarar aquello que podría parecer ambiguo en la estructura diocesana.

Por otra parte, si bien es verdad que los presbíteros han de estar abiertos a servir a la Iglesia universal, de hecho, han de mostrar disponibilidad cuando el obispo les pida colaborar con Iglesias más necesitadas o con labores apostólicas de la Iglesia universal, también es verdad que eso será visto como algo extraordinario en el presbítero diocesano, como una misión especial, pues lo normal, lo ordinario es servir a la Iglesia universal en su vocación particular que es diocesana, servir a su comunidad diocesana en unidad de presbiterio, de tal manera que esto le da identidad y concretiza su llamado.

Aquí habría qué aclarar un punto: ¿Acaso la ordenación misma no coloca a todos los presbíteros en una fraternidad sacramental? Sí, el hecho de entrar a formar parte del orden de los presbíteros por la ordenación es la razón que fundamenta la fraternidad sacerdotal, así lo afirma la *Lumen Gentium*³⁵, sin embargo, la *Presbyterorum Ordinis* viene a matizar esta afirmación en el caso de los sacerdotes diocesanos, pues esa fraternidad sacerdotal se concretiza, se particulariza en el presbítero diocesano en su presbiterio concreto³⁶, del que forman parte por la ordenación en la cual hacen la libre promesa de servir en la diócesis a la cual quedan incardinados y comprometidos, y que se expresa en el respeto, obediencia y cariño al obispo³⁷. Por eso se llama a los presbíteros "necesarios colaboradores y consejeros del obispo en el ministerio y función de enseñar, de santificar y de apacentar al pueblo de Dios"³⁸. Y, por otra parte, se expresa y se concretiza esa fraternidad sacerdotal en la ayuda gustosa y espontánea de los presbíteros entre sí, tanto en lo espiritual, lo pastoral, como en lo material y afectivo³⁹.

Es una fraternidad específica la que une a los presbíteros dentro de la común fraternidad cristiana, pero sin reducirse simplemente a ella. Se apoya en razones objetivas, en primer lugar, en la gracia de la ordenación, pues la consagración los une con lazos sobrenaturales; pero también hay que recordar lo que el Concilio afirma de ellos y que se convierte en las palabras más explícitas que hacen referencia a su identidad: "En el ejercicio de la cura de almas ocupan el primer lugar los sacerdotes diocesanos"⁴⁰. Es decir, que por el hecho de haberse incardinado a una diócesis concreta "se consagran plenamente a su servicio para apacentar una porción de la grey del Señor"⁴¹, por esta misma razón, los presbíteros diocesanos "constituyen un solo presbiterio y una sola familia, cuyo padre es el obispo"⁴². Por tanto, no se trata de ser simplemente amigos, colegas de trabajo, se trata de que son hermanos por el sacramento del Orden y, al pertenecer a un mismo presbiterio y a una misma Iglesia particular, crean una identidad común muy particular, específica de su vocación diocesana. Estos lazos unen a los presbíteros y no los tienen en común con el resto de la comunidad.

Por eso decimos que la importancia que tiene la fraternidad presbiteral nace del hecho de compartir consagración, ministerio y misión en la Iglesia local en unidad con su obispo, expresada significativamente en el rito de la ordenación: hay imposición de manos corporativa (del obispo y de los presbíteros en la ordenación), y aunque es verdad que los presbíteros no son co-consagrantes queda de manifiesto algo teológicamente tan importante como la relacionalidad eclesial, que origina y explica la relacionalidad del ministerio en una Iglesia que es toda ella ministerial-sacramental, en la

³⁵ Cf. LG 28.

³⁶ Cf. PO 8.

³⁷ Cf. Ibid. 7.

³⁸ PO 7.

³⁹ Cf. LG 28.

⁴⁰ ChD 28.

⁴¹ Ibidem.

⁴² ChD 28.

que todos "participan a su manera del único sacerdocio de Cristo" ⁴³.

También por la misión apostólica que reciben de Cristo por medio del ministerio del obispo, los presbíteros quedan íntimamente unidos, pues "aunque se entreguen a diversos menesteres, ejercen un solo ministerio sacerdotal a favor de los hombres. Todos los presbíteros son enviados para cooperar a la misma obra...Todos conspiran ciertamente a un mismo fin, la edificación del cuerpo de Cristo" ⁴⁴. La obra, el fin y los intereses de los presbíteros son comunes. Es el Señor quien les une en el sacramento que comparten, la misión a que se les destina en la Iglesia dentro de la cual viven, actúan y se consagran. De esta forma el ministerio apostólico se convierte en factor unificador y conduce por lógica interna a la fraternidad presbiteral.

La radical adhesión al destino y a la misión de Cristo une a los presbíteros con lazos singulares y configura un tipo de vida muy íntima entre el pequeño grupo de los elegidos para el ministerio apostólico. A mayor comunión mayor irradiación misionera.

Pero la fraternidad sacerdotal de la que participa el presbiterio no puede quedarse en teología abstracta, en una especie de utopía, sino que se ha de vivir esta realidad fundamental del presbítero tanto en su vida como su trabajo pastoral, porque sólo así se refleja la vida de la Iglesia que es comunión (fraternidad sacerdotal) y participación (trabajo pastoral). Por estas razones el Concilio llega a afirmar que "ningún presbítero puede cumplir cabalmente su misión aislado y como por su cuenta, sino sólo uniendo sus fuerzas con otros presbíteros, bajo dirección de los que están al frente de la Iglesia" ⁴⁵. Esta es la mejor manera en que se expresa la fraternidad sacramental en el presbiterio. Por eso, construir la vida del presbiterio es una tarea esencial a la identidad del presbítero diocesano de la que no puede claudicar pues es esencial a su vocación.

La fraternidad sacerdotal vivida en el presbiterio es signo y estímulo de caridad pastoral, y en buena medida, garantía de eficacia apostólica, pues si se piensa no sólo en los demás (fieles), sino también con los demás (presbíteros), la pastoral es la que gana. Es una tentación constante la de encerrarse en un individualismo estéril, que engendra divisiones y ganas de 'hacer carrera' o, incluso, en el clericalismo que viene en detrimento de la fecundidad pastoral, y, por tanto, en el desaliento y el sinsentido ⁴⁶.

Todo el presbiterio, del que forma parte el obispo, conforma una familia sacerdotal ⁴⁷, pues las relaciones que se dan son de una verdadera familia: "Reconozcan al obispo como verdadero padre y obedézcanle reverentemente. El Obispo, por su parte, considere a los sacerdotes como hijos y amigos" ⁴⁸. Esta unidad entre los miembros del presbiterio nace de la Eucaristía, como la misma Iglesia local nace del misterio eucarístico, por lo que la unidad entre los presbíteros -con el obispo y entre sí-, garantiza y refleja la unidad de toda la Iglesia. "Así pues por razón de esta comunión en el mismo sacerdocio y ministerio, tengan los obispos a los presbíteros como hermanos y amigos suyos, y lleven, según sus fuerzas, una cordial preocupación por el bien, tanto material como especialmente espiritual, de los mismos" ⁴⁹.

Hay una imagen muy válida, que tuvo un gran auge en la época patristica pero que hoy ha sido poco trabajada, la de Iglesia particular como esposa del obispo, y en la medida de su ministerio, esposa del presbítero. El presbítero, al dedicar plenamente su vida al servicio de la Iglesia particular, se

⁴³ LG 10.

⁴⁴ PO 8.

⁴⁵ PO 7.

⁴⁶ Cf. PRAT, R. *El presbiterio diocesano como fuente de espiritualidad del sacerdote secular*. En : Surge. Vitoria. a. 47, n. 477-478 (jul.-agos. 1987); p. 296.

⁴⁷ Cf. ChD 28.

⁴⁸ LG 28.

⁴⁹ PO 7.

consagra para representar al mismo Cristo, Esposo de la Iglesia ⁵⁰, de manera que es signo de este consorcio esponsal entre Cristo y la Iglesia.

Por todo lo dicho nos queda claro que ya no es posible pensar en el presbítero aislado, que va por el mundo contando con sus solas fuerzas, sus propios planes pastorales e ilusiones individuales, pues el presbítero es miembro de una unidad de acción, de un presbiterio y de una iglesia llamada a ser participativa, corresponsable de la misión de toda la Iglesia ⁵¹. Cuando no se busca formar un presbiterio con todas sus implicaciones muchos sacerdotes buscan suplir esta necesidad en el amplio abanico de las asociaciones y movimientos, pues el presbítero siente la necesidad de pertenencia, por eso, más que de la diócesis propia, se es de tal movimiento, asociación o instituto. Y en los que no se apuntaron a nada esta carencia se agudiza.

Tampoco pueden existir presbíteros que vivan en soledad, dejados de sus hermanos en el ministerio, pues esto sería un atentado contra la naturaleza misma del ministerio y, sobretodo, contra la persona que ha querido entregar la vida con y junto con otros hermanos. Con este fin la *Presbyterorum Ordinis* habla expresamente de temas prácticos como el de la atención espiritual e intelectual de los presbíteros ⁵², la común responsabilidad del sostenimiento material digno ⁵³, de la prevención social ⁵⁴, etc. La fraternidad presbiteral y el presbiterio es anterior a cada presbítero singular, al derecho a asociarse y a las agrupaciones voluntarias. Por ello, el presbítero nunca está sólo, forma, de manera sacramental, una unidad de vida y de apostolado con todos los presbíteros formando una comunión que va más allá de cualquier estructura asociativa.

Como exigencia de esta fraternidad presbiteral existen concreciones que son fundamentales y que se derivan de la comunión de caridad ⁵⁵: la aceptación incondicional del otro en su ser y peculiaridad, pues es hermano por el sacramento común; el respeto, la comprensión, la estima mutua que nacen de la sacramentalidad y misión independientemente de los lazos afectivos o amistosos que puedan existir o crearse; el trato cercano y cordial, de tú a tú, de igual a igual, de hermano a hermano, se supone la comunicación sincera y profunda; la oración y la experiencia de Dios compartidas ⁵⁶.

La corresponsabilidad es otra de las características que se derivan de la fraternidad presbiteral, pues todos tienen la conciencia de estar empeñados en una misma obra, en una misión común ⁵⁷, de ser servidores *in solidum* de un único y mismo fin, lo cual implica dejar los particularismos pastorales en segundo término y lanzarse a una en el plan adoptado por la diócesis. Otra característica es la solidaridad que implica preocuparse por el hermano, especialmente de los más necesitados, en lo espiritual, en lo humano, en lo material y en lo pastoral, ayudándoles a solucionar sus problemas.

Con esto queda claro que hay matices, características, e incluso dimensiones de la identidad del presbítero diocesano que al ser especialmente particulares o que implican un matiz especial, toman un carácter de esencialidad, de sustancialidad en su identidad concreta, distinta del resto de los presbíteros no diocesanos que, si sus superiores correspondientes lo ven conveniente, pueden salir de la diócesis a la que sirven en ese momento para servir en otro sitio, quedando 'desvinculados' de alguna manera del presbiterio diocesano.

Por todas las razones expuestas es que el presbítero diocesano únicamente encuentra el sentido de su vida y de su ministerio en esa comunión efectiva y afectiva con el presbiterio del que forma

⁵⁰ Cf. 2 Cor 11, 2 ss.

⁵¹ Cf. *Apostolicam Actuositatem* 23 y 25.

⁵² Cf. PO 18-19.

⁵³ Cf. Ibid. 20.

⁵⁴ Cf. PO 21.

⁵⁵ Cf. LG 28; PO 8 Y CIC 245.

⁵⁶ Cf. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Carta a Policarpo*, VI, 1-2. En *Fuentes Patrísticas I*. Op. Cit. p. 187.

⁵⁷ Cf. PO 8 y LG 28.

parte, del cual el obispo es la cabeza, y con los demás presbíteros como *ordo presbyterorum*. Es más que un mero asociacionismo y goza, como vimos, de fundamentos teológicos muy válidos. Por ello, el presbítero es tal en cuanto presbiterio, o sea, co-presbítero por la causa sacramental que trae consigo la ordenación.

Estos son fundamentalmente los rasgos que descubrimos en los documentos del Concilio sobre el presbiterio. Es una teología que está en mantillas, sin embargo, pensamos que han quedado expuestos los presupuestos a partir de los cuales ha de avanzar la teología en nuestro tiempo. Este elemento nos parece -por lo dicho en el apartado- esencial a la vida del presbítero diocesano. No hemos querido hablar solamente de la fraternidad presbiteral, pues sabemos que es un rasgo propio de todo presbítero, sino que lo hemos intentado articular con el presbiterio diocesano porque es el lugar particular y propio donde se ha de concretizar el ser y la misión del presbítero secular.

La teología posterior del Magisterio hará énfasis en la importancia de vivir una vida de comunidad fraterna en el propio presbiterio, fundamentada, principalmente, en el sacramento del orden que recibieron por la imposición de manos del obispo. Sin embargo, no llega a tocar fondo, pues aunque el aspecto jurídico deja ver una teología detrás, sin embargo es poco lo que aún se ha escrito del presbiterio diocesano como el modo teológico concreto de vivir la fraternidad sacramental entre los presbíteros diocesanos⁵⁸.

El siguiente capítulo buscará fundamentar desde la teología posconciliar este rasgo que ya Vaticano II ha dejado incoado y que exige, desde nuestro punto de vista, un desarrollo por parte de la teología y no dejado sólo como tarea del derecho eclesiástico.

4. Unión íntima con una porción del pueblo de Dios llamada diócesis

La Iglesia, por ser el cuerpo de Cristo, no se divide, no puede ser definida como una parcela de la Iglesia universal -de hecho se confiesa en el credo que es una-, sino que se concretiza en cada lugar o comunidad de hombres, acontece en un lugar determinado.

En tanto que los fieles son históricos, la Iglesia es histórica, es acontecimiento. Ya desde la época apostólica la iglesia así fue comprendida. En el Nuevo Testamento queda claro que la Iglesia no es la suma de las Iglesias locales, sino la comunidad que abarca a todas las iglesias y las hace una Iglesia. Cuando en los escritos apostólicos se habla de Iglesia, primordialmente se refieren a la Iglesia local presidida por el obispo, es la Iglesia de Dios aconteciendo en un determinado lugar⁵⁹, por eso, en las cartas paulinas, la palabra Iglesia se refiere fundamentalmente a comunidades particulares: "la Iglesia de Dios que está en Palestina"⁶⁰, o en Corinto, en Roma, en Esmirna, etc. En la época de los padres ya existe una eclesiología que habla de la relación que existe entre Iglesia particular e Iglesia Universal⁶¹. Así, pues, la Iglesia particular es la forma como se hace presente y se historiza la Iglesia de Dios en las coordenadas espacio-temporales. Esta es la realización, en el lugar, de todo el concepto de Iglesia. Es verdadera Iglesia, y no una división de la misma⁶².

El Vaticano II ha dado un importante paso en la articulación de la Iglesia universal y de la Iglesia particular, "la Iglesia universal existe y se manifiesta en las Iglesias particulares"⁶³. La

⁵⁸ Cf. DE LAS HERAS, Urbano. *Apuntes para el camino de la fraternidad apostólica*. En: AA:VV. *De dos en dos: Apuntes sobre la fraternidad apostólica*. Salamanca: Sígueme, 1981. p 179-204

⁵⁹ Cf. 1 Co 1, 2; 2 Co 1,1; 1 Tes 2, 14.

⁶⁰ 1 Tes 2,14.

⁶¹ Cf. TERTULIANO. *Prescripciones contra las herejías*, XX, 4-7. Fuentes Patrísticas 14. Madrid: Ciudad Nueva, 2001. p. 207-208.

⁶² Cf. ESQUERDA BIFET, J. *Teología de la espiritualidad sacerdotal*. Op. Cit., p.148-149.

⁶³ ChD 11.

universalidad de la Iglesia no es previa a la particularidad eclesial, ni viceversa, se puede decir que hay una inmanencia mutua entre Iglesia universal e Iglesia particular. Una Iglesia particular surge no por una fragmentación de la Iglesia entera, sino por una concentración de la Iglesia en el propio traducirse en acontecimiento; las Iglesias particulares no son simplemente partes asociadas en una confederación, sino que cada una de ellas contiene la realidad completa de la Iglesia, en cada una de ellas está verdaderamente presente la Iglesia toda ⁶⁴; no son las oficinas administrativas de una gran organización, sino la Iglesia misma aconteciendo toda ella en un lugar, de manera que todo el misterio de la vida del único cuerpo de la Iglesia está presente en la Iglesia local. Por ser una Iglesia donde el todo está en la parte, está dotada de los carismas y ministerios necesarios para cumplir su misión, organizando así, su propia vida y actividades desde sus propias instancias, cuyo único fin es servir mejor a los creyentes. En la Iglesia particular es donde se recibe y se vive la fe, donde se re-crea constantemente la Iglesia por la fuerza del Espíritu que la habita, anima y guía.

Ahora bien, el presbiterio diocesano forma parte indispensable de la Iglesia particular, que es verdadera Iglesia de Cristo. Y cada presbítero queda insertado en ella mediante un acto jurídico -llamado incardinación-. Es la forma de vinculación concreta entre el ministro ordenado y la Iglesia particular, es en ella donde debe encontrar la base de su vida espiritual y los medios de la propia subsistencia, en dependencia del obispo. Por la incardinación la comunidad tiene "entre sus miembros sus propios ministros de la salvación"⁶⁵, y se logra la estructura diocesana con clero propio. "Entre los sacerdotes y el pueblo de una diócesis existe, por la incardinación, una comunidad de destino y una profunda comunión espiritual"⁶⁶.

Jurídicamente el presbítero queda vinculado a una Iglesia local específica por la incardinación, pero detrás hay una teología del ministerio que se fundamenta en el sacramento del Orden recibido. La sacramentalidad del ministerio se deriva de la sacramentalidad de la Iglesia, sacramento radical y original. Por tanto, existe una relación sacramental del presbítero diocesano con la Iglesia particular que se ha confiado al obispo, pues ésta es el lugar sacramental donde acontece el sacramento del ministerio. La Iglesia particular es, pues, el enclave y la mediación para comprender la sacramentalidad del presbítero diocesano. Por eso nos atrevemos a decir que, por el hecho de participar de la sacramentalidad de la Iglesia local, por consagrarse al servicio de una Iglesia local, esta realidad forma parte esencial de la identidad del presbítero secular, con las múltiples relaciones que lo constituyen y en las que se despliega su ministerio.

Por eso, cuando un presbítero diocesano debe dejar su diócesis, ha de ser por motivos extraordinarios, y lo hace por fidelidad a la misma. Así queda constatado en el Código de Derecho Canónico cuando habla de las razones válidas que se han de tener en cuenta⁶⁷: a) por una necesidad pastoral de la Iglesia universal, b) por razón de beneficio del presbítero mismo. Son razones que podemos llamar extraordinarias, porque lo ordinario para el presbítero diocesano es colaborar en la diócesis para la que fue ordenado, por la que fue consagrado al servicio de ella en unidad con su obispo y con todo el presbiterio. En cambio, para un religioso lo normal es permanecer a disposición del superior inmediato de su comunidad, al servicio de la Iglesia universal y manteniéndose en una actitud de disponibilidad para ir a cualquier parte donde el consejo de su comunidad crea necesitado. Lo extraordinario en este caso será permanecer de modo definitivo en una Iglesia particular, pues su incardinación ordinaria -o primera-, es en una comunidad religiosa que tiene un carisma y un apostolado propios.

Por su misma identidad, los presbíteros seculares no están como sostenidos en el espacio para ofrecer su servicio ministerial allí donde cada ocasión fuese necesario. Se es presbítero en este presbiterio, en esta diócesis. Con su historia, con las personas que tienen su residencia temporal o

⁶⁴ Cf. ChD 11 y LG 26.

⁶⁵ AG 16.

⁶⁶ Conferencia Episcopal Francesa. *Ministerio y vida de los presbíteros diocesanos*. cap. 1, n.2.

⁶⁷ Cf. CIC 270-271.

permanente en esa diócesis concreta, con su historia de gracia y de pecado, con sus riquezas y sus pobreza, que lo alegran y hacen sufrir también. No se es presbítero 'universal' como elemento abstracto. Se es presbítero de aquí, de esta Iglesia particular, aunque dispuesto siempre a servir temporal o definitivamente a otras labores pastorales de la Iglesia universal ⁶⁸.

El Código de Derecho que rige a la Iglesia católica, deja abierta la posibilidad de que la Iglesia local, a su vez, para una mejor atención de los fieles, pueda organizarse en comunidades más pequeñas -prevaleciendo, o el factor territorial, o el funcional- de las que es responsable un presbítero. Incluso, de acuerdo a un plan de acción pastoral necesario, los servicios pueden ser encomendados entre los presbíteros y los fieles comprometidos (palabra, culto, catequesis, administración, atención especial a campos de perfección y organizaciones de apostolado, etc.). Los nombres es lo de menos -parroquias territoriales, ambientales, vicarías, zonas pastorales, decanatos o arciprestazgos, etc.-, lo importante es considerar el servicio ministerial del presbítero dentro de una comunidad eclesial, de una perspectiva misionera, de una pastoral de conjunto, de un equilibrio de funciones y ministerios, que tenga como fin el bien de las personas de la Iglesia particular ⁶⁹.

Ciertamente la parroquia no es la única institución de apostolado de la diócesis, ni el lugar donde únicamente se puede conseguir la salvación, ni el medio único que todo sacerdote debe experimentar para cumplir la misión que ha recibido de Cristo a través del obispo, pues existen estructuras supraparroquiales en las que se colabora de manera directa con el obispo ⁷⁰ y con la misión recibida, sin embargo, el Concilio le reserva a los párrocos la significativa expresión de 'principales colaboradores del obispo': "cooperadores de manera principal del obispo son los párrocos, a quienes, bajo la autoridad del mismo, se les encomienda, como a pastores propios, la cura de almas en una parte determinada de la misma diócesis" ⁷¹. Por esta razón, los párrocos están llamados a conocer el rebaño encomendado, viviendo en la entrega de la propia vida por el bien de los fieles, fomentando el estilo de vida cristiano en cada persona y en cada familia de la parroquia, en las asociaciones de fieles, en las comunidades de apostolado, en la parroquia en general ⁷². Pero especialmente se ha de prestar atención a los pobres (marginados, niños, enfermos, etc.) quienes deben ser evangelizados urgentemente, como Cristo predicó las bienaventuranzas a gentes atropelladas por las injusticias, sin esperar otros arreglos inmediatos o previos. Los más necesitados nunca deben ser vistos como extraños por el presbítero, ni siquiera aquellos que jurídicamente no pertenezcan a la parroquia o a la diócesis, el único criterio válido es este: que Cristo mismo sintió una gran predilección por ellos al punto de predicarles de manera privilegiada el Reino de Dios ⁷³.

Muchas veces, cuando se tiene oportunidad de asistir a los nuevos nombramientos en la diócesis, se palpa el afecto, el respeto y la obediencia de los fieles hacia el párroco saliente y de éste con la comunidad a la que han dedicado su tiempo, sus energías y su disponibilidad para atender las distintas necesidades de la Iglesia diocesana, de suerte que existe una profunda comunión espiritual ⁷⁴.

Si el presbítero no descubre a su diócesis, no late su corazón de apóstol con las necesidades de la misma, difícilmente puede vislumbrar su vocación de presbítero diocesano secular. No se sentirá a gusto en ninguna responsabilidad y siempre trabajará sin comprometer toda su vida y sus cualidades, y vivirá en permanente interinidad.

⁶⁸ Cf. RAMOS, Julio A. *Teología pastoral*. Col. Sapientia Fidei, n. 13. Madrid: BAC, 1995. p. 299-306.

⁶⁹ Cf. *Ibid*, cánones 515-572.

⁷⁰ Cf. ChD 27.

⁷¹ PO 30.

⁷² *Ibidem*.

⁷³ Cf. Mt 25, 34 ss.; 8, 20; Lc 9, 58 ss.

⁷⁴ Cf. Conferencia Episcopal Francesa. Op. Cit. cap. 1, n.II.

El hecho que los presbíteros pertenezcan jurídica, pero sobretudo, teológicamente a una Iglesia particular les da un carácter propio*, los hace ministros que en todo momento 'permanecen' al servicio de la misma, por lo que los fieles deben darse cuenta que "están obligados a sus presbíteros, ámenlos con filial cariño, como a sus pastores y padres"⁷⁵. Por eso, no es responsabilidad exclusiva del presbiterio que el sacerdote cumpla con fidelidad su vocación en la diócesis, sino que también necesitan ser ayudados y sostenidos por el ejemplo y la acogida de sus hermanos cristianos, porque si bien es verdad que los presbíteros se hayan insertos en el presbiterio diocesano, también es verdad que lo están en el pueblo al que son enviados. Por eso, necesitan compartir con los laicos la fe, las ilusiones, las esperanzas, las labores pastorales y las mismas dificultades. Es una necesidad en la Iglesia diocesana que exista la colaboración fraterna entre laicos, religiosos y presbíteros seculares, cada cual aportando lo que es propio de su vocación para la edificación del pueblo de Dios ⁷⁶.

Con todos estos datos, fundamentados en la teología y plasmados en el derecho y la acción pastoral, es posible vislumbrar un elemento más que particulariza la identidad del presbítero diocesano.

Esto significa que la entrega de su propia vida en el ministerio no se realiza de cualquier manera, sino que tiene patrones inmanentes a su vocación que marcan el despliegue de su consagración y misión de una manera particular. Muchas veces esta característica esencial es desconocida por el presbiterio y la razón es porque no ha llegado esta teología a los seminarios donde se forman los futuros pastores de la diócesis donde van a realizarse. De ahí que, como consecuencia, el celo apostólico caiga en dos tentaciones extremas: ilusionarse por una pastoral desencarnada, abstracta, que no mira rostros ni necesidades concretas, sino sólo 'hacer pastoral'. La otra tentación es la de una mirada miope de la pastoral, que se traduce en el apegamiento a una parroquia, a movimientos o grupos determinados, que no mira más allá de estas estructuras y desconoce las necesidades de toda la Iglesia particular y, por supuesto, la universal, menguando la disponibilidad del presbítero a servir donde se necesite y no donde él o la comunidad caprichosamente desean.

Vistas así las cosas, no es menor la tarea que se presenta para los formadores de seminarios y para los coordinadores de la formación permanente del clero. Porque de la calidad de la formación brindada depende en gran medida la eficacia y solidez de la acción pastoral.

5. La caridad pastoral, carisma propio del pastor

Nuestra investigación sobre este elemento que define al presbítero puede quedar iniciada con la siguiente frase lapidaria que nos proporciona el Concilio: "Al regir y apacentar al pueblo de Dios se sienten movidos por la caridad del buen Pastor a dar la vida por sus ovejas, prontos también al supremo sacrificio"⁷⁷.

Dios es amor. Y ama tanto al hombre y a la mujer que es capaz de llamarlos de la nada, y los sigue recreando al llamarlos del pecado, para ser sus hijos y vivir en la plenitud de vida con Él. Esta llamada de amor ha tenido su clímax en Cristo que, para cumplir la voluntad del Padre, vino a rescatar a los que estaban apartados de Él. Y con sus palabras y sus obras enseñó a amar como Dios ama: hasta dar la vida de su propio Hijo. Cristo ha revelado el sentido profundo del amor, ha dejado el

* Al respecto comenta el canonista Sarzi Santori: "Il decreto *Christus Dominus* 28, trattando dei collaboratori del vescovo diocesano può, quindi, dire che i sacerdoti "sono costituiti provvidenziali cooperatori dell'Ordine episcopale" e, perciò, che 'nell'esercizio della cura delle anime' aspetta ai preti diocesani 'la responsabilità principale (...) come coloro che, incardinati o addetti a una chiesa particolare, si consacrano totalmente al suo servizio per pacere una sola porzione del gregge del Signore". En: Rev. Quaderni di diritto ecclesiale. Milano. a. XV (aprile 2002); p. 137.

⁷⁵ PO 8.

⁷⁶ Cf. Conferencia Episcopal Francesa. Op. Cit. cap. 1, n. VII.

⁷⁷ PO 13.

mandamiento supremo para ser vivido: "amar a Dios y al prójimo como a sí mismo"⁷⁸. Es el distintivo del cristiano, la característica peculiar de los que creen en él.

La palabra caridad pastoral surge del modo como Cristo ama y da su vida por los hombres⁷⁹ y que ha quedado plasmado, de manera especial, en la imagen del buen pastor que el mismo Señor utilizó para hablar de su amor por la humanidad. Cristo es el Buen Pastor porque da la vida por las ovejas. Todas sus ilusiones y metas se centraron en hacer la voluntad del Padre y en los problemas de sus hermanos los hombres. La razón de su vida fue amar a Dios y a su prójimo. Por eso lo ama el Padre, porque da la vida por sus ovejas⁸⁰. Toda su vida fue un donarse a plenitud, cuyo culmen es su misterio pascual*.

La imagen de Cristo Esposo de la Iglesia, habla de la entrega real del amado hacia la amada, así lo dicen los mismos textos bíblicos⁸¹. "La Iglesia es, desde luego, el cuerpo en el que está presente y operante Cristo Cabeza, pero es también la esposa que nace, como nueva Eva, del costado abierto del Redentor en la Cruz; por esto Cristo está al frente de la Iglesia, la alimenta y la cuida mediante la entrega de su propia vida por ella"⁸².

Por eso, para que los cristianos no estuvieran como ovejas sin pastor, Cristo eligió a algunos hombres para apacentar a su pueblo, prolongando la obra de su amor a través de ellos. Los primeros fueron los Apóstoles, que dieron la vida por las ovejas a ejemplo del Único Pastor; ellos a su vez, "conociendo este deseo de Cristo, por inspiración del Espíritu Santo, pensaron que era obligación suya elegir ministros 'capaces de enseñar a otros' (2 Tim 2,2). Oficio que ciertamente pertenece a la misión sacerdotal misma, por lo que el presbítero participa en verdad de la solicitud de toda la Iglesia para que no falten nunca operarios al pueblo de Dios aquí en la tierra"⁸³.

La razón de ser de los ministros ordenados es hacer presente la obra de Cristo, a los fieles. Por tanto, están llamados a reflejar en su propia vida este rasgo sponsal de Cristo con la Iglesia, siendo así capaces de amar a la gente con un corazón nuevo, grande, puro, con auténtica renuncia de sí mismo, con una entrega total, continua y fiel⁸⁴. Por lo que cuando consagran toda su vida al servicio de los demás, "se ofrecen diariamente enteros a Dios"⁸⁵.

Los presbíteros, "al alimentarse del cuerpo de Cristo, participan de corazón la caridad de Aquel que se da en manjar a los fieles"⁸⁶, porque la caridad pastoral tiene su fuente específica en el sacramento del Orden, pero encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la Eucaristía. En efecto, en la Eucaristía es donde se representa, es decir, se hace de nuevo presente el sacrificio de la cruz, el don total de Cristo a su Iglesia a quien da su cuerpo entregado y su sangre derramada como testimonio supremo de su amor. De esta manera, el presbítero expresa el amor de Cristo y él mismo se impregna del sentido sacrificial que tiene su vida⁸⁷.

Por eso, la caridad pastoral es dedicarse a la obra de Cristo aceptando todas las consecuencias que esto traiga, es dejarse mover por el Espíritu de Cristo que impulsa a su Iglesia a la evangelización.

⁷⁸ Mt 22, 37-40.

⁷⁹ Cf. Ef 5, 25.

⁸⁰ Cf. Jn 10,17.

* En la exhortación *Pastores Dabo Bovis* encontramos una hermosa página sobre la relación de Cristo Pastor con los hombres sus ovejas y que encontramos en el número 22. Vale la pena revisar dicho texto, pues da luces de cómo el pastor está llamado a servir a ejemplo de Cristo.

⁸¹ Cf. Jn 2, 11; Ef 5, 25-27. 29.

⁸² PDV 22

⁸³ PO 11.

⁸⁴ PDV 22.

⁸⁵ PO 13.

⁸⁶ Ibidem.

⁸⁷ PDV 23.

De manera que el sacerdote debe de ser de por sí "la señal del amor de Cristo hacia la humanidad y el testimonio de la medida total con que la Iglesia trata de realizar ese amor que llega hasta la cruz"⁸⁸.

El carácter que se recibe en la ordenación como don especial para el cumplimiento de su ministerio, configura al ministro ordenado con el ser y la misión de Cristo Sacerdote, y la gracia sacramental le ayuda a tener la fisonomía de Cristo Buen Pastor. De ahí que todo el actuar del sacerdote es lo que se llama caridad pastoral: sintonizar con el amor de Cristo que da la vida por todos. La caridad pastoral, es, pues, el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor de la Iglesia⁸⁹.

El sacerdote no tiene labor más noble y sublime que hacer presente a Cristo (esta es la función sacerdotal): su palabra, su oración, su persona, su sacrificio, su acción salvífica, su acción pastoral...; todo es una misma cosa: ser una constante mirada al Padre y a los hombres⁹⁰. Vale la pena aventurarlo todo por esto. Implica una dedicación total, un servicio en la Iglesia que reclama desprendimiento de sí mismo y de los bienes de este mundo, para vivir con efectividad el ser sacramento del Buen Pastor. A esta entrega generosa por los hombres es a lo que el Concilio ha llamado la ascesis propia del pastor de almas⁹¹.

La caridad, que es una virtud sobrenatural que Dios da a todos los bautizados, pero que tiene un sentido peculiar en el ministro ordenado, es la opción libre de entregar toda la vida a la obra de Cristo que se realiza en cada hombre y mujer con los que trata. Implica esencialmente una donación total de sí a la Iglesia⁹². Por eso se llama caridad pastoral, por ser signos del amor de Cristo a su Iglesia, por buscar hacer presente al Buen Pastor a todos los hombres de cualquier tiempo y situación.

La caridad pastoral se concretiza, de una manera muy particularizada, en el presbítero que se debe a una diócesis determinada y pertenece a un presbiterio concreto. La caridad a la que está llamado se debe plasmar en rostros concretos, en personas que no le son ajenas ni desconocidas sino que, al pertenecer a una parroquia determinada o por el trato constante que se le solicita, y por ser signo del Buen Pastor, esas ovejas son de 'su' redil, las conoce, las llama por su nombre, sabe de sus alegrías y sus tristezas, de sus necesidades y riquezas y de lo que cada una de ellas necesita⁹³. Por lo que está atento como pastor a los acontecimientos que rodean la vida de los hombres con quienes se siente íntimamente unido en Cristo.

Pero el presbítero -como se ha manifestado en otro apartado-, existe solamente en presbiterio, es co-presbítero, no es un solitario sino que forma un colegio junto con los demás ministros. Por eso, el mejor signo personal de Cristo Buen Pastor se manifiesta en la comunión del presbiterio, del cual el obispo es la cabeza. La eficacia en el apostolado está condicionado a que este signo de fraternidad sacramental sea una realidad. Es fundamental una pastoral de conjunto en la diócesis, donde exista la comunión y la participación de todos los miembros. Este es el mayor signo del Buen Pastor que una diócesis concreta puede dar.

El decanato o arciprestazgo es la estructura clave de la pastoral de conjunto, pues los presbíteros que trabajan en esta zona concreta, se reúnen en grupo para concretar en su zona las orientaciones diocesanas. Es donde efectivamente se busca pastorear a los fieles, haciendo la voluntad de Dios, en unión con su obispo, para el bien de todos⁹⁴.

⁸⁸ LG 19.

⁸⁹ PDV 23.

⁹⁰ Cf. POLICARPO DE ESMIRNA, *A los filipenses*, VI, 1. Fuentes Patristicas I. Op. Cil. p. 219.

⁹¹ Cf. PO 13 y *Optatam Totius*, n. 4.

⁹² PDV 23.

⁹³ Cf. Jn 10; Lc 15, 1-7.

⁹⁴ Cf. ESQUERDA BIFET, J. *Signo de Cristo sacerdote*. Burgos: ALDECOA, 1969. p. 145-147.

Por otra parte, el presbítero diocesano, por servir en una parroquia concreta, por ser pastor de almas, conoce muy bien a sus ovejas, las llama por su nombre, conoce las necesidades de cada una y está solícito para ayudarlas. Por eso, trata con todos los hombres y mujeres, a ejemplo del Señor, con eximia humanidad, portándose con ellos no de acuerdo con los principios de los hombres, sino conforme a las exigencias de la doctrina y vida cristianas, enseñándoles y amonestándolos también como a hijos carísimos⁹⁵. Así que no las trata como el asalariado que se viste con ellas, que come de su carne y que cuando viene el lobo huye, porque no son suyas, sino que se desgasta por el bien de todas y de cada una de ellas y lo hace con amor porque sabe que son suyas, es un amor abarcante, hasta dar la vida día a día.

Pero la caridad pastoral no es un servilismo inútil o desconsiderado, es la fuente de la felicidad, de la realización y de la santificación del pastor, porque "desempeñando el oficio de buen pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral, hallará el vínculo de la perfección sacerdotal, que reduzca a unidad su vida y acción"⁹⁶. La caridad pastoral es como el alma de todo su apostolado, lo que le da unidad a su entrega, a su ser y a su quehacer, pues no se comprendería una entrega si no es por amor, no se comprenderían acciones pastorales si no es por el amor, la fuente de toda entrega es el amor mismo.

También es necesario no olvidar que si bien es verdad el ministerio del presbítero diocesano se desarrolla en un lugar y en un espacio determinado, así como con personas concretas, también la llamada recibida ha de desplegarse en servicio de la Iglesia universal; por eso la responsabilidad apostólica del ministro ordenado abarca toda la diócesis y toda la Iglesia⁹⁷, por lo que la misión ad gentes no es un adorno o una opción, sino que forma parte esencial de la naturaleza del mismo llamado y de la vida sacerdotal⁹⁸. El celo apostólico de Cristo no se limitó a las solas ovejas de Israel, sino que también buscó a las ovejas que no eran de aquél redil. Y su mandato fue ir por todo el mundo llevando la Buena Noticia a todas las gentes. La disponibilidad para la misión, pues, debe ser una actitud permanente del presbítero diocesano, que nazca no de un mandato externo del obispo sino de la misma naturaleza de su ministerio que lo empuja a la solicitud por la Iglesia universal para la que ha sido ordenado, lo cual implica un desprendimiento de las propias seguridades: familia, diócesis, bienes materiales, forma de vida, etc. "Piensen por tanto los presbíteros que deben llevar en el corazón la solicitud por todas las Iglesias"⁹⁹.

La caridad pastoral no tiene límites, porque no mira los propios intereses sino los intereses de Cristo a través de su Iglesia, es un sentir con la Iglesia, es gloriarse y dolerse con la Iglesia de la cual el ministro es, en Cristo, representante de la misma en todos los rincones de la tierra.

Por otra parte, los consejos evangélicos que el presbítero diocesano está llamado a asumir libremente, son consecuencia necesaria de una caridad totalizante, es decir, la obediencia, la castidad y la pobreza, encuentran su sentido sólo en el conjunto de la misión.

El celo pastoral conduce a una vida obediente a ejemplo de Cristo que se hizo obediente hasta la muerte; la castidad por el Reino de los Cielos trae consigo la fecundidad misma de la evangelización, es la expresión de la disponibilidad de vida para el servicio completo, no sólo de cuerpo sino también de espíritu; y la pobreza refleja en la propia vida la riqueza del corazón que mira más allá de los bienes materiales sin despreciarlos ni tenerlos como fin, a ejemplo de Cristo y de los Apóstoles.

En cuanto a la promesa de obediencia, aunque se refiere directamente a la disponibilidad de voluntad a los superiores, sin embargo es más profunda, significa buscar la voluntad de Dios en el

⁹⁵ Cf. PO 6.

⁹⁶ PO 14; Ver también LG 28.

⁹⁷ Cf. LG 28.

⁹⁸ Cf. AG 39.

⁹⁹ PO 10.

ministerio para seguirla incondicionalmente. Obedecer implica continuar e imitar la actitud fundamental de Cristo: estar abierto a la voluntad del Padre¹⁰⁰. Lo importante para el que ama no es solamente seguir a Cristo en su obra de salvación, sino hacerlo como el Padre lo quiere. Por eso es fundamental para los presbíteros "aquella disposición del alma por la que están siempre preparados a buscar no su voluntad, sino la voluntad de quien lo envió"¹⁰¹.

Obedecer es un signo claro de la caridad pastoral que hay en el pastor, esa voluntad que se manifiesta en ver la voluntad de Dios no sólo en sus mociones personales sino también en el ámbito de la visión pastoral de la Iglesia y del propio obispo.

"La caridad pastoral urge, pues, a los presbíteros que, actuando en esta comunión, consagren su voluntad propia por la obediencia al servicio de Dios y de los hermanos, recibiendo con espíritu de fe y cumpliendo los preceptos y recomendaciones emanadas del sumo pontífice, del propio obispo y de otros superiores; gastándose y desgastándose de buena gana en cualquier servicio que se les haya confiado, por humilde y pobre que sea"¹⁰².

Esta solicitud del presbítero diocesano a Dios que se manifiesta por la promesa de obediencia al obispo, no es en el sentido de los religiosos que, por amor a la Iglesia mediante un carisma al que se consagran, se convierte en un medio de perfección. La obediencia del presbítero diocesano es un medio que apunta necesariamente a una unidad de acción en el presbiterio. No se deja a la voluntad de cada quien la gran responsabilidad que implica buscar la voluntad de Dios en una diócesis determinada. Si el presbiterio, del que el obispo es la cabeza, es el medio ordinario que existe para apacentar a la grey, es necesario que haya unidad de metas y acciones que lleven a hacer efectivo el cumplimiento de la voluntad de Dios que habla por medios de la vida de la diócesis. De ahí la importancia que tienen el consejo presbiteral y pastoral de una diócesis, donde junto con el obispo, se busca realizar efectivamente los planes de Dios para esa Iglesia particular.

La obediencia del presbítero es imagen de la obediencia de la Iglesia fiel a su Señor que quiere actuar a través de ella. Obedecer al obispo es desear la fidelidad de la Iglesia discípula del Maestro. Es desear ser uno con Cristo y, por Él, en el Espíritu con el Padre para que el mundo crea¹⁰³.

Ser obediente no significa seguir los caprichos de quien no obra como buen pastor, de ahí la importancia de dialogar, de sugerir, de dar puntos de vista. Sin olvidar que a la hora de decidir, en último término, hay uno -el obispo, o el párroco, según el caso-, que tiene el carisma de gobernar¹⁰⁴.

La caridad pastoral también se manifiesta en el consejo evangélico de la castidad*, no como algo forzado o postizo, sino nacido de un amor incondicional. Es la consecuencia del deseo del presbítero de donación completa a la voluntad de Dios y al servicio de los hombres y mujeres. No es, por tanto, en primer lugar la negación de una necesidad humana, es la consecuencia de tomar una opción libre, consciente y responsable que mira a un bien superior. Es la apertura al amor sin límites que abarca a todos y se sublima más allá de los bienes corporales.

La caridad pastoral, cuando se vive en castidad, hace al presbítero el hombre para todos, el esposo de toda la Iglesia, que abre su corazón, sus deseos, sus pensamientos e ilusiones al entusiasmo de la evangelización, lo conecta con mayor facilidad a los sentimientos de Cristo, asemejándolo más al Buen Pastor, que es el máximo testimonio del amor. El sacerdote que vive así hace de su vida una fuente de fecundidad espiritual y pastoral, que lo llena y lo realiza en lo personal y en lo ministerial.

¹⁰⁰ Cf. Lc 2, 49; Jn 4, 34; 5, 30; Lc 22,42.

¹⁰¹ PO 15.

¹⁰² Ibidem.

¹⁰³ Cf. LG 41 y PO 7.

¹⁰⁴ Cf. ESQUERDA BIFET, J. *Signo de Cristo sacerdote*. Op. Cit. p. 210-212.

* Aquí el término castidad puede también ser comprendido como celibato o virginidad.

La castidad es un carisma de fecundidad, no de esterilidad, y como tal, ha de ser pedido y cuidado con amor y agradecimiento, pues es un don para la Iglesia entera¹⁰⁵.

Conviene hacer una aclaración fundamental. Una cosa es tener el carisma sacerdotal y otra el carisma de castidad, es decir, son carismas distintos, pues se puede prolongar a Cristo sacerdote sin el carisma de castidad (es el caso de los sacerdotes de rito oriental). Sin embargo, para saber si se posee el carisma sacerdotal es necesario que sea constatado por el llamamiento de la Iglesia, la ordenación y la misión¹⁰⁶.

En el caso de la Iglesia de rito romano no se llama al sacerdocio más que a aquellos que poseen el carisma de la castidad. No se trata, pues de imponer el carisma de la castidad a quienes no lo tienen, sino de llamar al sacerdocio ministerial sólo a los que poseen junto con este carisma el carisma de castidad que se expresa en la intención de abrazar libre, consciente, con madurez y para toda la vida la castidad para el servicio del carisma sacerdotal¹⁰⁷.

Como una síntesis de lo que la Iglesia ha dicho de manera solemne sobre el celibato, tenemos como pieza clave el número 16 de *Presbyterorum Ordinis*, que reza así:

"Los presbíteros, pues, por la virginidad o celibato conservado por el reino de los cielos, se consagran a Cristo de una forma nueva y exquisita, se unen a El más fácilmente con un corazón indiviso, se dedican más libremente en El y por El al servicio de Dios y de los hombres, sirven más expeditamente a su reino y a la obra de regeneración sobrenatural y, así, se hacen más aptos para recibir ampliamente la paternidad en Cristo. De esta forma, pues, proclaman delante de los hombres que quieren dedicarse enteramente al ministerio que se les ha confiado, es decir, de desposar a los fieles con un solo esposo y de presentarlos a Cristo como una virgen casta, y con ello evocan el misterioso matrimonio establecido por Dios, que ha de manifestarse plenamente en el futuro, por el que la Iglesia tiene a Cristo como Esposo único. Se constituyen, además en señal viva de aquel mundo futuro, presente ya por la fe y por la caridad, en que los hijos de la resurrección no tomarán maridos ni mujeres"¹⁰⁸.

Es una entrega de amor a Dios y a los hombres y mujeres, que implica renunciaciones ciertamente, pero que es fundamentalmente un don que hay que valorar, cuidar y pedir continuamente, pues detrás de cada responsabilidad hay una gracia especial para vivirlo, que, en el caso del celibato, se apoya en la fraternidad presbiteral, en el trabajo pastoral, en la oración perseverante, en el amor a la Madre de Dios, en la amistad limpia y desinteresada y en la misma familia de sangre.

El tercer elemento donde se manifiesta la caridad pastoral es en la vivencia del consejo evangélico de la pobreza. Seguir el ejemplo del Buen Pastor significa no tener el corazón apegado a las cosas de este mundo, estar totalmente desprendido de todo aquello que impida realizar la obra de Cristo, para estar completamente disponibles como Él. "Sanen enfermos, resuciten muertos, purifiquen leprosos y expulsen los demonios. Ustedes lo recibieron gratis, denlo sin cobrar. No lleven oro, plata o monedas en el cinturón. Nada de provisiones para el viaje, o vestidos de repuesto; no lleven bastón ni sandalias, porque el que trabaja merece su sustento"¹⁰⁹

Ciertamente los bienes de la tierra han sido creados por Dios para nuestro bien, para que vivamos una vida digna de hijos suyos. Poseer bienes ayuda a cubrir muchas necesidades. Si Dios es dueño de todo nosotros sus hijos somos administradores de lo que nos ha dado, pero no como fin, sino sólo como medio para alcanzar bienes mayores.

¹⁰⁵ Cf. PO 16 y LG 42.

¹⁰⁶ Cf. PABLO VI, *Sacerdotalis Caelibatus*, n. 15.

¹⁰⁷ Cf. ESQUERDA BIFET, J, Op. Cit. p.227; ver también PO 16 y Sac. Cae. 23.

¹⁰⁸ PO 16.

¹⁰⁹ Mt 10, 8-10

La pobreza muchas veces ha sido entendida como el acto de no tener nada o casi nada. La pobreza consiste para un cristiano común en la capacidad de vivir sobriamente y de tener el corazón desasido de las cosas materiales. Para el presbítero diocesano, que vive en medio del mundo con sus hermanos, este principio tiene la particularidad de ser una promesa dentro del sacramento del Orden. Está, por tanto, llamado a vivir esa pobreza con mayor radicalidad para dar testimonio al rebaño. De nada serviría una pobreza exterior sin una pobreza interior, pues las dos se implican mutuamente. Ser pobre para el presbítero diocesano no significa solamente estar desprendido de seguridades materiales, sino que su única seguridad ha de ser Aquél que le llamó. Significa depender en primer lugar del Dios providente y no de sus propias fuerzas, bienes y proyectos. Con la seguridad de que el que le llamó no le abandonará en la prueba. Pero para eso es necesario descubrir la verdad y la eficacia de este consejo evangélico, de lo contrario se tomará como una imposición sin sentido o, peor aún, el presbítero se abrazará a un sin fin de seguridades que le restarán disponibilidad y grandeza de espíritu.

Además, Cristo siendo rico se hizo pobre por solidaridad con los hermanos. En un mundo en donde se ve tanta injusticia y desigualdad entre los hombres, incluso entre los mismos cristianos, el presbítero, como pastor, como guía, está urgido a dar testimonio de la importancia de vivir la igualdad y la solidaridad. No puede vivir como un magnate que escandaliza a las ovejas.

El Concilio da unas pautas generales que orientan sobre la forma que ha de vivir la pobreza el presbítero diocesano¹¹⁰:

- La única herencia y porción de los presbíteros es el Señor.
- Se deben usar los bienes temporales tan sólo para aquellos fines para los que pueden destinados, según la doctrina cristiana y la ordenación de la Iglesia.
- En cuanto a los bienes que recaban con ocasión del ejercicio de algún oficio eclesiástico, salvo el derecho particular, los presbíteros aplíquenlos, en primer lugar, a su honesto sustento y a la satisfacción de las exigencias de su propio estado; o que sobre, sírvanse destinarlo para el bien de la Iglesia y para obras de caridad. No tengan por consiguiente, el beneficio como una actividad lucrativa, ni empleen sus ganancias para engrosar su propio caudal.
- Teniendo el corazón desapegado de las riquezas, han de evitar siempre toda clase de ambición y abstenerse cuidadosamente de toda especie de comercio.
- Pero incluso una cierta comunidad de bienes, a semejanza de la que se alaba en la historia de la Iglesia primitiva, prepara muy bien el terreno para la caridad pastoral.
- Aunque viven en el mundo, sepan sin embargo, que ellos no son del mundo, según la palabra del Señor, nuestro Maestro. Disfrutando, pues, del mundo como si no disfrutasen, llegarán a la libertad de aquellos que, libres de toda preocupación desordenada, se hacen dóciles para oír la voz divina en la vida ordinaria.
- De esta libertad y docilidad emana la discreción espiritual en que se halla la recta postura frente al mundo y a los bienes terrenos. Postura de gran importancia para los presbíteros, porque la misión de la Iglesia se desarrolla en medio del mundo, y porque los bienes creados son enteramente necesarios para el provecho personal del hombre.
- Es necesario, con todo, que disciernan a la luz de la fe todo, para usar de los bienes según la voluntad de Dios y rechazar cuanto obstaculiza su misión.

La pobreza a la que está llamado el presbítero diocesano no es la del religioso que tiene como fin dar testimonio del Reino que viene, el cual no consiste en comida ni bebida; sino que por el uso adecuado de los bienes materiales el presbítero diocesano desprende su corazón para un servicio pastoral de caridad sin ataduras. Es la capacidad de prescindir de lo superfluo y a veces de lo necesario para dedicarse con mayor entrega a la caridad con los hermanos para glorificar a Dios.

¹¹⁰ Cf. PO 17.

Para concluir este apartado, hay que decir que en el conjunto de toda la reflexión, vislumbramos la riqueza que implica la caridad pastoral. El Concilio deja claro que es ella el alma de la vida y del apostolado del presbítero, porque, "consagrados por el Espíritu Santo y enviados por Cristo, mortifican en sí mismos las obras de la carne y se consagran totalmente al servicio de los hombres...Y así por las mismas acciones sagradas de cada día, como por su ministerio entero, que ejercen unidos con el obispo y los presbíteros, se ordenan a la perfección de la vida"¹¹¹.

Así como sin caridad el cristiano no es nada¹¹², de igual manera el presbítero diocesano sin la caridad pastoral propia de Jesucristo Buen Pastor, no es nada. Porque ella es como el motor que da vida a su entrega, al culto que ofrece, a su oración y su sacrificio. Porque el presbítero ya no se posee, ha sido expropiado o asumido por Cristo para ser su signo, su sacramento de amor en medio de su pueblo.

6. La secularidad, ámbito propio de realización del presbítero diocesano*

¿Qué dijo el Concilio acerca de la secularidad y el presbítero? Hay que recordar que desde un principio el Concilio quiso no sólo mirar hacia el interior de la Iglesia, sino que se propuso mirar al mundo con nuevos ojos. La Iglesia no podía dar un mensaje de salvación sin conocer a su interlocutor el mundo, de ahí la doble vertiente en que se desarrolla el Concilio: Iglesia ¿Qué dices de ti? (*Lumen Gentium*), ¿Qué dices al mundo? (*Gaudium et Spes*).

Antes del Concilio, la palabra secularidad se empleaba para hablar de la relación exclusiva de los laicos con el mundo con el que se debían enfrentar. Después del Vaticano II hay una conciencia de que la relación Iglesia-mundo nace de la raíz bautismal. Por eso, la secularidad no es algo añadido o distinto del ser cristiano, sino que expresa una dimensión del cristiano en el mundo. No es un valor que adviene de fuera para completar lo cristiano. No añade al cristiano los valores del progreso, de la técnica y de la razón, etc., ni siquiera le añade los valores cristianos de la creación. Es el ambiente propio donde ha de encontrarse, a través de ella, con Dios y su salvación. La secularidad o el mundo es el lugar teológico donde Dios se revela y desde donde llama a la felicidad plena.

Tiempo atrás el mundo era visto como el principio del mal, como el lugar donde habitaba exclusivamente la corrupción (visión platónica), en el cual había que subsistir y quien lo hiciera alcanzaría la corona de la gloria. Hoy sabemos que en la secularidad encontramos gérmenes del mal, sin embargo, el mundo y toda la creación son buenos, no sólo por ser criaturas de Dios sino también porque Cristo ha venido a asumir y redimir la creación entera. Ahora la tarea del cristiano y de todo hombre es discernir lo bueno de lo malo para aceptar lo primero y ser feliz, y rechazar lo segundo que le trae la desgracia y la infelicidad.

El decreto sobre la vida y ministerio de los presbíteros, al hablar de la relación que tiene el presbítero diocesano o secular con el mundo¹¹³, parte de la verdad de la Encarnación de Cristo, el Hijo de Dios que fue enviado como hombre a los hombres, habitó entre nosotros y se nos asemejó en todo menos en el pecado. Cristo asume toda las dimensiones que implica el ser hombre (su fisiología, su psicología, su afectividad, cultura, historicidad, relaciones, problemas, alegrías, etc.) asumiendo y redimiendo todas las realidades de la Creación, haciéndose el primogénito de toda criatura, en el cielo

¹¹¹ PO 12.

¹¹² Cf. 1 Co 13, 2 ss.

* Ver: CREVATIN, F. G. *Dimensión secular del presbítero*. Bogotá, 2002. Trabajo de grado. Universidad Pontificia Bolivariana. Ahí podemos encontrar toda una fundamentación teológico-magisterial sobre este elemento del presbítero diocesano, sobretudo a partir del capítulo segundo. Aquí sólo nos limitaremos a presentar lo que el Concilio viene a decir sobre la secularidad en el presbítero diocesano junto con una breve reflexión teológica.

¹¹³ Cf. PO 3.

y en la tierra. Es decir, que todas las cosas han sido renovadas, ennoblecidas por Él, de modo que ya nada es ajeno a Cristo. Todo tiene su principio y su fin en Él.

Después, el mismo número habla de los Apóstoles que, siguiendo su ejemplo, se hicieron todo para todos, para salvados a todos. Para terminar hablando de los presbíteros que son tomados de entre los hombres sus hermanos y por su vocación, son de algún modo segregados, en el seno del pueblo de Dios, pero no para estar separados ni del pueblo mismo ni de hombre alguno, sino para consagrarse totalmente a la obra para la que el Señor los llama: porque "no podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de otra vida más que de la terrena...su mismo ministerio les exige de una forma especial que no se conformen a este mundo"¹¹⁴. Esto implica la autenticidad de su ministerio en medio de 'los hombres de la calle' (de la universidad, de la oficina, del campo, de la fábrica, etc.), los cuales hoy más que nunca necesitan ver presbíteros auténticos, sinceros, que hablen de Dios, que transmitan su amor, porque con mayor o menor conciencia todos los hombres de nuestro tiempo llevan a cuestas ese problema existencial de la existencia de Dios. Por eso "tampoco podrían servir a los hombres si permanecieran extraños a su vida y a sus condiciones"¹¹⁵. No es que todas las realidades terrenas sean sagradas, esto sería caer en una especie de sacralismo que confunde lo sagrado y lo profano, pero sí todas las realidades están llamada a santificarse, de ahí que el presbítero ha de colaborar con los laicos en su misión especialísima de hacer presente el mensaje de Cristo que ya está en germen en los ambientes donde se mueven los hombres sus hermanos; porque el ministerio de ser pastor implica conocer a sus ovejas y las realidades que les rodean y les influyen, preocupándose no sólo por las ovejas de su redil, sino por todos los hombres y mujeres para que también llegue a ellos el mensaje de la salvación.

Con este fin, el Concilio anima a los pastores a conseguir las virtudes propias del sacerdote que se mueve en medio del mundo: En el trato social, como son la bondad de corazón, la sinceridad, la fortaleza de alma y la constancia, la asidua preocupación de la justicia, la urbanidad y otras cualidades que recomienda el Apóstol Pablo cuando escribe "pensad en cuánto hay de verdadero, de puro, de justo, de santo, de amable, de laudable, de virtuoso, de digno de alabanza" (Fil 4,8)¹¹⁶.

En un mundo caracterizado por la influencia enorme de la pluriculturalidad, de globalización y de la técnica, el sacerdote no puede permanecer al margen de la realidad, de su conocimiento y celo apostólico depende en gran parte una evangelización adecuada que responda a las necesidades del hombre de nuestro tiempo. "El mismo Espíritu, a la par que impulsa a la Iglesia a que abra nuevas vías de acceso al mundo de este tiempo, sugiere y favorece también las convenientes acomodaciones del ministerio sacerdotal"¹¹⁷.

Es preciso insistir en la necesidad de una cuidadosa formación humanística, en la que se valore el arte, la historia, la filosofía, la técnica y todo aquello que sea para el crecimiento humano y social del presbítero. Así, no vivirá extraño a las realidades humanas que han sido ennoblecidas por Cristo y que deben ser motivo de gloria a Dios y de beneficio para todos los hombres. En nuestro tiempo, se hace cada vez más urgente la Nueva Evangelización que exige múltiples iniciativas. El compromiso de los laicos en los diversos campos de la vida eclesial y secular exige nuevos modos de presencia y de acción de los presbíteros seculares, cuyo papel de acompañar, de congregar, crece en importancia cada día¹¹⁸.

Hoy el presbítero secular debe penetrarse de la conciencia refleja de que es persona en sociedad, y las consecuencias que esto entraña: estar en el mundo y la situación que esto implica, llamado a ser

¹¹⁴ Ibidem.

¹¹⁵ PO 3.

¹¹⁶ Cf. Ibidem.

¹¹⁷ Ver: ROVIRA BELLOSO, *Situación sociocultural y espiritualidad del sacerdote*. En: *Espiritualidad sacerdotal*. Op. Cit. p. 50-53.

¹¹⁸ Cf. Conferencia Episcopal Francesa. Op. Cit. p. 1. Int.

el hombre de la comunión y del diálogo entre todos los hombres, creando lazos de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, promotor de la justicia y la paz¹¹⁹; debe ser conciente también de que ha recibido una misión del mismo Cristo que le invita a ser fiel, manteniéndose en las propias convicciones, como ejemplo del rebaño, en la entereza necesaria para afrontar los acontecimientos sin dejarse arrastrar por la comodidad, la pereza, la irritación o la moda. El presbítero ha de estar seguro de lo que es, de lo que piensa, de lo que vive y de lo que hace, en una palabra, ha de vivir en coherencia con el evangelio que predica, así, en una sociedad insegura del presente y del porvenir, desde un estilo servicial, humilde y sencillo, se convierte en testigo de Cristo y de la Iglesia que acoge, escucha, da confianza y sinceridad en sus opciones.

Por tanto, los presbíteros deben estar adaptados existencial y pastoralmente en orden a hacer que su servicio pueda ser inteligible para el hombre y el mundo de hoy, respondiendo a sus verdaderas necesidades. Presbíteros integrados, no absorbidos por el mundo; enraizados en la comunidad humana a imitación del Señor y unidos a toda la Iglesia, a las condiciones sociales y culturales de los hombres¹²⁰. Por eso, en el trabajo pastoral dentro de la Iglesia particular "su propio ministerio exige por título especial que no se configuren con este mundo; pero requiere, a la par, que vivan en este siglo entre los hombres, y, como buenos pastores, conozcan a sus ovejas y trabajen para atraer a las que no son de este aprisco"¹²¹. El presbítero, al ser servidor del mundo, tiene que sumergirse en la realidad donde ejerce su ministerio pastoral, pero no de cualquier manera, sino conforme a la exigencia de su vocación, es decir, representando a Cristo cuya vida fue evangelizar a sus contemporáneos. Por tanto, tiene que estudiar la realidad, descubrir su sentido y sus valores, de tal manera que no puede predicar el Reino si desconoce o, peor aún, huye de la vida del mundo. Su vocación, como dice la carta a los Hebreos, es la de ser elegido de entre los hombres sus hermanos y, por lo mismo, separado para favorecer a sus hermanos desde su misión¹²².

Sin un conocimiento verdadero no sólo de las realidades eclesiales de la diócesis sino incluso sociales, políticas, económicas, etc., su labor de pastor sería miope y desubicada. De ahí que debe existir una interdisciplinariedad que permita conocer lo mejor posible la realidad de los fieles de la diócesis a fin de adaptar el mensaje del evangelio a sus necesidades, de tal manera que el mensaje de salvación sea significativo a su propia vida y a su realidad concreta.

No hay que desconocer, sin embargo, la tentación real de sociologizar la fe y el ministerio. De olvidar que se es presbítero para ser testigo de Cristo en medio de sus ovejas y no meros asistentes sociales o consejeros políticos, de ahí que el Concilio anime a los presbíteros a crecer en el conocimiento de las ciencias humanas y divinas, de modo que logrando una adecuada complementariedad se entable un mejor diálogo con el mundo¹²³ desde su condición de pastores.

No es de extrañar, tampoco, que el presbítero diocesano, por participar de la secularidad común a los miembros del pueblo de Dios, que no han hecho profesión de los consejos evangélicos, al vivir en el mundo y estar en él, puede ser, en ocasiones, un serio peligro para la perseverancia y santificación, por lo que se recomienda que sea un hombre de oración, en escucha permanente de la Palabra de Dios, para que así le imbuya y penetre interiormente, confiriéndole la fortaleza propia de Jesucristo¹²⁴.

La secularización, que es el extremo de la vida secular, siempre ha sido la gran tentación de los que viven en el mundo. En efecto, no son pocas las tentaciones que le asechan al presbítero diocesano, el error, en todo caso, es no prevenir con una adecuada formación brindada en el seminario y en la

¹¹⁹ Cf. PDV 18.

¹²⁰ Cf. OT 19 y AG 10.

¹²¹ LG 3.

¹²² Cf. VELA, L. *Iglesia y mundo (II)*. En : Sal térrea. Santander. T. 59, n.4 (abril 1971); p. 281

¹²³ Cf. PO 19.

¹²⁴ Cf. Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros n. 41.

formación permanente. En este sentido, hay que tener bien presente que ser ministro ordenado no es una carrera humana donde se pueda ir 'escalando', no es tampoco un funcionario cuyo oficio se reduzca a un mero cumplimiento de tareas asignadas. Por ello, secularizarse significa no sólo dejar de sentir con corazón de pastor, de sacerdote, sino que la propia conducta y actividad queda mermada en cuanto a espíritu sacerdotal¹²⁵.

A modo de resumen podemos decir que el presbítero diocesano plasma su secularidad en rasgos concretos:

- Por su vinculación a la Iglesia particular, debe amar la realidad social, cultural, política y religiosa, ayudando a reafirmar aquello que tiene de bueno y rechazando lo que hay de injusto, de antievangélico.
- Su acción, por tanto, no se agota en acciones puramente culturales, sino que por vivir en el mundo debe mostrar con sus obras y palabras la incidencia del evangelio en las realidades seculares.
- Debe respetar las conciencias de los fieles y sus opciones y opiniones seculares, porque no es ni está llamado a ser un maestro de la secularidad, sino un maestro del evangelio en la secularidad.
- Es el hombre de Dios para el pueblo, por lo que su servicio pastoral debe abrirse a todos los bautizados sin exclusivismos, es más, incluso a los no cristianos, porque está llamado a ser el ministro de la unidad.

A fin de cuentas, esta exposición podemos decir que la secularidad es la dimensión propia del hombre que se realiza como persona y como cristiano en el complejo entramado de las relaciones que implica vivir en el mundo. El presbítero diocesano ha sido puesto en medio del mundo pero con una peculiaridad, representar a Cristo Cabeza que viene a traer la salvación al género humano. Ser sacramento del Buen Pastor, implica -no sólo por ser bautizado, sino también por ser pastor de almas-, conocer la realidad para poder orientar, para apacentar al rebaño en sus necesidades, haciendo que el mensaje de Cristo ilumine la realidad concreta.

La labor no es fácil, pero tampoco se ha de huir a esta realidad ni acomodarse a ella, sino que implica gracia, por eso el Señor pidió en su oración sacerdotal: "No te pido (Padre) que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno"¹²⁶; y esfuerzo para cumplir fielmente esta misión: "Como en nuestros tiempos la cultura humana y las ciencias sagradas avanzan con nuevo paso, incítese a los presbíteros a que perfeccionen adecuadamente y sin intermisión su ciencia humana y divina, para que así se preparen a entablar más oportunamente diálogo con sus contemporáneos"¹²⁷.

Por eso, así como la Iglesia asume la historia del mundo, sin juzgarla ni condenarla -pues sabe que ahí se lleva a cabo la historia de la salvación-, sino con solidaridad profética, para llevarla a su plenitud¹²⁸. De la misma manera el presbítero diocesano, inserto en el misterio de la Iglesia, ha de ser un hombre abierto de mente y corazón para buscar la verdad de Dios presente en cada hombre y en cada persona de buena voluntad, sin importar cultura, raza, condición o religión. Si algo puede pedir la Iglesia a sus sacerdotes es que su presencia vaya con los signos de los tiempos. Y nadie duda de que esos signos hablan hoy de las necesidades sinceras de redención que todo hombre busca con los medios que tiene a su alcance. Un presbítero ajeno al mundo y a sus circunstancias, sería un presbítero inoportuno para el mundo de hoy¹²⁹.

¹²⁵ Cf. LASANTA, P. J. *Sacerdotes para el Tercer milenio*. Nápoles: Grafite Ediciones. 1998. p. 306-309.

¹²⁶ Jn 17, 15.

¹²⁷ PO 19.

¹²⁸ Cf. BRAVO TISNER, A. *Ministerio y secularidad*. En: Seminarios. Madrid. N. 157 (jul.-ag. 2000); p. 331-334.

¹²⁹ Cf. SANCHEZ, M. F. *El sacerdote en la actual coyuntura eclesial*. En: Sal térrea. Santander. Vol. 56, n. 8-9 Cag.-sept. 19(8); p. 563-578.

Es mucho lo que se podría decirse sobre lo que implica ser presbítero secular, pero el Concilio no se propuso agotar el tema -sería casi imposible-, pero sí dejó los fundamentos para una teología posterior que dio y sigue dando mucho de sí. Lo que se intenta dejar claro en este apartado es que la dimensión secular perfila definitivamente el modo de ser y de comprometerse del presbítero llamado a servir en una diócesis concreta. No es un elemento accidental, sino que, por la naturaleza de su vocación, está llamado a hacer presente a Cristo en el mundo sin que ello signifique caer en el error de laicizarse. La tensión entre lo sagrado y lo profano exige una reflexión y una madurez humana y espiritual por parte del presbítero secular, no sólo para ayudar a los fieles a dar una respuesta de fe en su compromiso con el mundo, sino también para él mismo como hombre vocacionado que se realiza en el tejido social de las relaciones humanas buscando corresponder con fidelidad a su ministerio.

7. Síntesis conclusiva

Hemos llegado al final de nuestro capítulo. El objetivo particular buscaba dar argumentos teológico-pastorales obtenidos del mismo Concilio que nos dieran la posibilidad de hablar de rasgos concretos y esenciales que perfilan la identidad del presbítero diocesano.

Los argumentos hablan por sí mismos. En cada uno de los elementos desarrollados no se pretendió agotar cada uno de ellos, sino sólo hacer ver que el Concilio, de manera implícita, revela caminos nuevos y confirma otros que nos permiten valorar mejor lo que implica ser presbítero diocesano.

Esta lectura detallada de los elementos tratados en el capítulo, nos ha conducido a desentrañar del mismo Concilio los matices que dan pauta a una espiritualidad diocesana. Hemos comprobado una constante en la utilización de la relación obispo-presbítero-presbiterio-diócesis. Esto nos habla de la necesidad de definir desde la teología lo que implica la vida diocesana. Concretamente, según nuestra intención, la identidad del presbítero diocesano. Además, términos como caridad pastoral y secularidad, que han tomado auge en la eclesiología conciliar revelan dimensiones de gran importancia que perfilan la identidad que queremos descubrir.

Hay autores que prefieren no hablar de una identidad propia del presbítero diocesano*, argumentan que al buscar diferencias se está en contra de la unidad del sacramento del Orden. En efecto, el Concilio buscó desarrollar una eclesiología de comunión, pero ello no implica tener que claudicar de lo que nos distingue a unos de otros, es más, en el conjunto de la visión conciliar, vemos también el deseo de ubicar las identidades cristianas en la nueva eclesiología: el obispo, el presbítero, el religioso, el laico, todos ellos en un ambiente de ministerialidad eclesial, es decir, de servicio fraterno, impregnados del espíritu de comunión y de participación.

Por eso, no vemos el inconveniente, todo lo contrario, el deseo de perfilar con fundamentos sólidos la identidad de los presbíteros diocesanos. Y qué mejor manera de hacerlo que desentrañándolo del mismo Concilio, que forma parte del Magisterio actual y del progreso teológico.

A la hora de querer hablar de la identidad del presbítero, podemos decir que se ha hecho fundamentalmente ad extra, es decir, en relación con las demás vocaciones o identidades cristianas: en relación con los laicos, en relación con los religiosos, en relación con el mundo, e incluso en relación con el obispo. Por ello a nuestro parecer, ha quedado un poco a la deriva definir las distintas maneras

* Un ejemplo de ellos es el teólogo Pellitero, quien afirma: "La capacitación de la diocesaneidad se ha dado históricamente sobre convicción de que la diócesis no es simplemente una circunscripción territorial o administrativa, sino que implica algo central: el darse la Iglesia existencialmente según el tiempo y el espacio. Dicho esto, es inconcebible una espiritualidad diocesana sostenida como una alternativa cerrada a las otras espiritualidades o carismas, seculares, o no". Cf. PELLITERO, R. *Sacerdotes seculares hoy*. Op. Cit. p. 124-125.

de ser presbítero dentro del mismo *Ordo presbiterorum*. Sobretudo desentrañar la enorme riqueza de gracia que implica ser sacerdote diocesano.

Esto es lo que ha llevado a buscar refugio en otras espiritualidades y sentirse -si se nos permite la expresión-, como un 'ente raro' en el conjunto de la fraternidad presbiteral. Cada persona siente la necesidad de definirse ante un grupo, necesita decir quién es para ser conocido e identificado, pero si el mismo presbítero desconoce la propia riqueza de su identidad particular - muchas veces sólo por ignorancia vencible-, es lógico que se sentirá incomodo, e incluso desubicado en la gama de identidades particulares.

Al desconocer los elementos que son clave orientadora de su realización personal y ministerial, el presbítero secular carece de las motivaciones teológicas, pastorales y espirituales necesarias para hacer lo que debe, a lo que ha sido llamado y, como consecuencia, son los fieles los que, en último término, sufren las consecuencias por las carencias que se dejan ver en las acciones pastorales del presbítero diocesano.

Para hacer crecer una Iglesia particular en la caridad, en la fe, en la comunión y en el sentido de Iglesia, hace falta que cada cristiano viva ubicado en su ministerio propio, y el pastor ha de ser el primero.

Hecha esta breve reflexión que busca en parte fundamentar este trabajo científico, podemos concluir, por una parte, que la relación con el obispo, con el presbiterio diocesano y con la Iglesia particular son elementos esenciales a la vida del presbítero diocesano. Al respecto existen en el Concilio expresiones de gran peso teológico y pastoral que nos dieron la pauta para llegar a tal conclusión y que fuimos constatando al tratar cada uno de los elementos. Cada uno de ellos le dan una particular orientación a su consagración y a su misión, así, por ejemplo, en lo que se refiere a su especial relación con el obispo encontramos argumentos conciliares como estos: cuando el neopresbítero hace dentro del rito de la ordenación la promesa de obediencia a su obispo, se compromete a prestar con fidelidad su servicio en íntima unión de proyectos y sentimientos con él dentro de la diócesis a la cual ha quedado incardinado...lo cual implica una vida de caridad fraterna, de diálogo y de cooperación leal*. Este mismo argumento puede aplicarse a la relación con la Iglesia particular.

En relación al presbiterio diocesano encontramos densos párrafos como este que deja ver cierta particularidad para su identidad propia: "Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, se unen todos entre sí por íntima fraternidad sacramental; pero especialmente en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el propio obispo, forman un solo colegio presbiteral"¹³⁰. La fuerza de los términos: 'especialmente en la diócesis' y 'se consagran bajo el propio obispo' hablan de la esencialidad que constituyen este elemento en la identidad del presbítero diocesano.

Lo mismo sea dicho, por otra parte, de la caridad pastoral y de la secularidad como elementos esenciales. La caridad pastoral es una virtud que tendrá no poca importancia en el desarrollo del Magisterio posconciliar, así, por ejemplo, la exhortación apostólica postsinodal *Pastores Dabo Vobis* hablará magistralmente de esta virtud como propia del presbítero diocesano. Pero como vimos el Concilio tiene ideas al respecto muy sugerentes como esta que encontramos en la *Presbyterorum Ordinis*: "Al regir y apacentar al pueblo de Dios se sienten movidos por la caridad del buen Pastor a dar la vida por sus ovejas, prontos también al supremo sacrificio"¹³¹. Y en esta otra expresión: "Desempeñando el oficio de buen pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral, hallará el vínculo de la perfección sacerdotal, que reduzca a unidad su vida y acción"¹³². Son datos fehacientes

* ...Ver apartado 2.2.

¹³⁰ PO 8.

¹³¹ PO 13.

¹³² Ibid, 14; Ver también LG 28.

que nos hablan necesariamente de su índole esencial en la vida del pastor, del que da su vida por la comunidad donde el obispo le pida servir.

En cuanto a la secularidad, quizá sea una de las dimensiones en el presbítero diocesano que menos se han reflexionado, pero esa no es la cuestión, sino la constatación de que el Vaticano II habla expresamente de este elemento como fundamental en el presbítero diocesano. Así intentamos mostrado en el apartado correspondiente con ideas como estas sacadas del mismo Concilio: "no podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de otra vida más que de la terrena...su mismo ministerio les exige de una forma especial que no se conformen a este mundo"¹³³ y "tampoco podrían servir a los hombres si permanecieran extraños a su vida y a sus condiciones"¹³⁴. Son palabras de mucha densidad teológica y pastoral que nos hablan de la importancia enorme que tiene ser presbíteros ubicados en el mundo pero como signos de Cristo Cabeza y Pastor para ser fieles al ministerio confiado.

Así, podemos concluir que estos elementos aquí descritos son esenciales al ser y al quehacer del presbítero diocesano. El Concilio nos ha dado unas pautas para la reflexión teológica. Son pues principios que no pueden pasar desapercibidos para quien investiga sobre el tema, porque según hemos constatado, prescindir de estos elementos sería formular una teología desubicada. No significa que sean los únicos elementos, nuestra investigación ha desarrollado éstos pero deja abierta la posibilidad de que existan otros más en este sentido.

Conviene aclarar una cuestión que, si bien es verdad es algo que se distingue implícitamente, es fundamental tener en cuenta al examinar los datos que aquí se proporcionan. En este trabajo científico no se intenta dar a conocer lo original de una espiritualidad y de otra, ni lo que une y lo que diferencia, por ejemplo al presbítero diocesano del religioso, sino que la única pretensión es descubrir esos elementos esenciales de la identidad del presbítero diocesano independientemente de si es exclusivo a su identidad o no. No se trata por tanto de comparar, ni de apropiarse de algo que es para todos, la motivación en esta investigación es sólo definir elementos sustanciales de una identidad concreta mas no descubrir si son compartidos con otras identidades o no. Eso daría para otro trabajo científico.

Hecha esta aclaración, podemos dar por cumplido el objetivo particular del capítulo y los interrogantes que al respecto se formularon al principio del mismo. Existen pues elementos que necesitan ser profundizados por la teología posterior y van siendo cada vez más abundantes los estudios respecto al presbítero diocesano. Aunque no hay mucha bibliografía en español, sin embargo, es posible verificar los múltiples esfuerzos que se están haciendo sobretodo en Europa.

En el siguiente capítulo se intentará describir las grandes vertientes de teología posconciliar por donde avanza la reflexión sobre el tema. Y, aunque, como ya se dijo, no es mucha la bibliografía en español-pues se requiere mirar otras obras-, sin embargo creemos que es suficiente como para descubrir esas grandes vertientes que hoy despuntan en la teología y ver por dónde avanza la reflexión y por dónde necesita retomarse.

¹³³ PO 3.

¹³⁴ Ibidem.

Sacerdotes Jóvenes Hoy Para ayudar a un diálogo

Franco Brovelli ¹

I. CON LIBERTAD DE ESPÍRITU

No resulta fácil hablar de la situación propia del clero joven. Las iniciativas al respecto suelen caer en *generalizaciones indebidas*: la profunda fragilidad psicológica, la poca disposición al sacrificio vivido en el humilde trabajo pastoral cotidiano, la tendencia a refugiarse en un espiritualismo defensivo para no medir con realismo los problemas, etc.

Para poner en marcha una reflexión al respecto, se requiere continuidad, datos precisos y completos, porque de lo contrario se cae en descripciones inadecuadas.

No se niega que las cosas que se subrayan sean verdad, sino que iniciar una descripción de la situación del clero joven por ese camino se manifiesta incapaz de abrirse a consideraciones suficientemente objetivas e idóneas para recibir todos los datos de un problema que es complejo y por lo tanto, *nunca se debe reducir a indebidas simplificaciones*.

Por eso en las páginas que siguen, intentaré una explicación que mire a la complejidad del problema en base a datos objetivos y yendo a la naturaleza y causas de las afirmaciones; por ejemplo: qué significa "fragilidad", "fuga espiritual", "poca disposición al sacrificio"...y cuales son sus causas. Incluso en aspectos señalados como problemáticos se pueden encontrar signos de cosas positivas.

Además, como premisas del problema habría que eliminar toda afirmación que pueda llevar a equívocos, por ejemplo, considerar la realidad de los sacerdotes jóvenes como "problema".

El enfoque o el punto de partida de la reflexión sobre el clero joven debería ser:

- *Que la atención que se quiere poner sobre el clero joven se haga en virtud del cuidado que se tiene sobre una realidad importante que se abre camino entre no pocas dificultades*, o de algunas dificultades particulares que marcan estructuralmente los inicios del ministerio en años como los que corren...
- *La perspectiva más correcta y enriquecedora* es situar el diálogo acerca de los jóvenes que inician la experiencia del ministerio presbiteral en el vasto campo de "*ser sacerdotes hoy*", realidad que atañe a "todos los miembros del presbiterio"

Este sería un punto de partida más libre que *invitaría a "todos los miembros del presbiterio" a dejarse interrogar evitando el riesgo de pensar que el problema sea de los demás*, como si el ser un sacerdote con muchos años en el ministerio exceptuaría de hacerse preguntas críticas sobre el propio ser y actuar sacerdotal, como si se pensase que los problemas están cuando uno es sacerdote joven y después no. Para enfocar correctamente la realidad de los sacerdotes jóvenes hay que situarse más allá de esta doble ingenuidad.

II. DENTRO DE UNA EXPERIENCIA

No sabría ni podría expresar las reflexiones que siguen sin radicarlas constantemente en la experiencia que estoy viviendo desde fines del año 1986, cuando el Obispo me pidió dedicarme a tiempo pleno a los sacerdotes jóvenes a los largo de los primeros cinco años de ministerio. La experiencia está estructurada a través del "*Instituto sacerdotal de María Inmaculada*" (ISMI). Por esta

¹ Extraído de "La Rivista del Clero italiano" 72 (1991), nº 11, 724-753.

razón prefiero esbozar sintéticamente sus componentes y características para que el lector pueda comprender mejor las razones y el sentido de lo que diré.

1. Los diversos caminos

La experiencia se realiza en la diócesis de Milán, con más de 5 millones de habitantes; 1140 parroquias, cerca de 2300 sacerdotes, con un promedio de 30 ordenaciones sacerdotales al año. Estos datos explican porqué programar de modo organizado la atención de los sacerdotes jóvenes.

Cada uno de los cinco años tiene sus características propias:

Primer año

Intenta favorecer la inserción en el ministerio y acompañar el impacto que el mismo causa en el sacerdote joven mediante las responsabilidades y los ritmos impuestos por la situación de la comunidad en la cual el sacerdote ha sido enviado.

Los encuentros se realizan durante unas veinte semanas entre octubre y mayo (año "escolar" italiano), del lunes al miércoles al mediodía.

Cada jornada tiene tiempos de oración, descanso, diálogo y trabajo personal. Participan expertos en determinadas áreas de trabajo pastoral.

Se *retoma de modo crítico el ministerio* que se va ejercitando: guía de la comunidad, presidencia de la Eucaristía, servicio de la Palabra...

Se pone la atención en algunos ámbitos dentro de los cuales se sitúan primariamente las responsabilidades de un sacerdote joven: la pastoral juvenil, la escuela, etc.

Se interpretan algunos aspectos de la evolución de la mentalidad de la sociedad que a su vez son particularmente relevantes para la acción pastoral. Temas de actualidad eclesial y civil.

Segundo año

Se parte de la persuasión de que éste es el tiempo del *inicio efectivo de un trabajo pastoral orgánico en el interior de la comunidad* y el *primer ajuste global de la vida* en la función presbiteral.

La temática de los encuentros - nueve o diez en el año, desde la cena del miércoles a la cena del jueves -, son reflexiones y experiencias desde esta perspectiva. Se tratan *los aspectos más importantes de un proyecto pastoral*. Otro tema complementario es el relativo a los ritmos de vida y a las condiciones en las cuales se desarrolla en general la actividad de un sacerdote joven. De este modo se pone la mirada en el aspecto personal de la experiencia de inicio del ministerio.

Tercer y cuarto año

Se realizan nueve o diez encuentros por año con la misma duración que los precedentes. Se tratan problemas pastorales particularmente importantes: la parroquia, la educación de los jóvenes en la fe, el camino pastoral de la diócesis, etc. El estilo es más bien "sapiencial"; acerca del modo de ser sacerdotes hoy en la propia diócesis.

Quinto año

Igual número de encuentros e igual duración que los años anteriores. Se hace una relectura global de la experiencia realizada en los años precedentes, sea bajo el aspecto del trabajo pastoral realizado como de la identidad espiritual del presbítero diocesano.

Se concluye el ISMI con una semana donde se puntualiza orgánicamente el camino recorrido y se produce un acercamiento a la realidad de las otras Iglesias locales italianas a través de un contacto con su vida y problemas. Esto se hace con la participación de Obispos, presbíteros y laicos con experiencias singulares...

2. Pluralidad de lenguajes

Estos encuentros son organizados con momentos de oración, descanso, trabajo de escucha y confrontación, diálogo amigo. Con esto queda claro que intentan favorecer diversos modos de expresión y comunión.

En la elección de los temas y en la reflexión teológico pastoral se trata de educar para reflexionar sobre el ministerio en vivo y sobre nosotros mismos inmersos en ese ministerio. Este abordaje nos hace ver que lo que buscamos son encuentros de tipo "sapiencial", diferenciados de la actividad escolástica o de la simple "puesta al día".

Colabora especialmente a este estilo sapiencial, incluir en el camino anual una experiencia de "*escucha de itinerarios espirituales del presente y del pasado*". Esto favorece la posibilidad de interrogarse en confrontación con dichos itinerarios.

3. Un conjunto de conexiones

Es necesario cuidar y cultivar las relaciones que ligan al sacerdote joven con el conjunto de personas e instituciones diocesanas, evitando cualquier tipo de aislamiento, ya que el clero joven no se puede configurar como una realidad aislada sino en el conjunto de la entera comunidad diocesana.

Especial importancia tiene la relación del sacerdote joven con el párroco y los laicos de la comunidad en la cual desarrolla su ministerio. Por eso es importante la conexión entre los responsables del acompañamiento del clero joven y los párrocos, las parroquias y los decanos.

Es importante también el cultivo de la relación del sacerdote joven con los formadores del seminario apenas dejado. Dialogar críticamente acerca de la formación recibida y el ministerio que se está ejerciendo ayudará también a los formadores del seminario.

También es fundamental la relación directa con el Obispo, el vicario general, etc. Es evidente que todo esto enriquece la unión e inserción del sacerdote joven en su diócesis. El fruto es que el sacerdote vive la experiencia de ser "conocido y acompañado personalmente".

4. En un más vasto presbiterio

Un modo adecuado de enriquecer la relación del sacerdote joven con el resto del presbiterio es que su formación específica sea acorde y ayude a insertarlo en la comunidad parroquial, con los presbíteros de su decanato y en la pastoral diocesana. También habrá que prever los espacios necesarios para que el tiempo de formación permanente no se sobreponga con la actividad parroquial.

Un decisivo lazo de unión entre el sacerdote joven y todo resto del presbiterio está en el hecho de que lo que inspira la promoción de los sacerdotes jóvenes esté basado en los aspectos centrales del ejercicio del ministerio - típico de todo sacerdote -, y no en cuestiones específicas de los sacerdotes jóvenes, aunque sean interesantes para quien está en los inicios. Han ayudado publicaciones diocesanas con este estilo.

Para concluir, un trabajo así realizado durante cinco años evidentemente ayuda a tomar conciencia de la exigencia de formación permanente, tanto es así que el Obispo está pensando continuar la formación en el quinquenio posterior a los primeros cinco años.

5. Sentido y finalidad

El sentido del ISMI fue descrito en sus inicios de esta manera: *el cultivo de la inteligencia teológica como principio crítico de la acción pastoral; el cultivo de la espiritualidad del pastor; la valorización de la vida fraterna como paradigma profético de la comunión presbiteral.*

Hoy el sentido complejo del ISMI ha ido más allá y consiste en *ofrecer la experiencia de un modelo significativo de formación para el clero*. Si bien está organizado principalmente para acompañar al clero joven, *la propuesta está radicada primariamente en el hecho de ser presbítero, y sólo de manera subordinada presbítero joven*.

Por lo tanto la estructura no tiene primariamente el objetivo de la "custodia o tutela" sino el de "estimular", hacer nacer una exigencia de formación según criterios objetivos, que tome forma en ritmos sabios y armónicos de vida personal y comunitaria.

III. OBSERVANDO LOS INICIOS

Antes de constituir un problema, el acompañamiento de jóvenes que inician el ministerio debe ser enumerado entre los dones y no de los más pequeños. Incluye la posibilidad de tener diálogos serios y profundos con jóvenes que se encuentran en un momento extremadamente motivado de su vida, cara a cara con la experiencia entusiasmante de la dedicación de sí mismos al Evangelio y a la edificación de la Iglesia.

Desde esta posición trato de esbozar algunas líneas características de los inicios del ministerio en la vida de un joven enviado por el Obispo a una comunidad específica.

En Milán la gran mayoría de los sacerdotes jóvenes comienzan a trabajar como "vicarios parroquiales", prevaleciendo el trabajo con niños, adolescentes y jóvenes. *Las características de estos inicios que siguen a continuación están articuladas de un modo fundamentalmente didáctico*

1. El perfil pastoral

La presencia estable en una comunidad hace encontrar inmediatamente con una visión de conjunto, con elementos constitutivos variados que podríamos describir como *"el complejo de las condiciones pastorales dentro de las cuales el ministerio es ejercitado"*. Detallarlas nos ayudará a descubrir relieves importantes.

a. Una acogida que ayuda

Toda comunidad está caracterizada por una historia antigua y reciente, uno entra allí y tendrá que estar atento para captar los aspectos salientes, hacerse una idea de cómo la gente los percibe, los juzga, los vive, los transmite. Para quien llega esto no es nunca algo fácil.

Un modo de acogida de mucho valor es cuando el "consejo de pastoral" narra al sacerdote joven el camino hecho. Esto ayuda también a la comunidad a "hacer memoria" y con ello volver a captar los aspectos esenciales del camino, los elementos realmente constitutivos de la mentalidad y la vida de la comunidad.

Más complicado es cuando la integración es en parroquias "periféricas", que no tienen una historia en la cual la gente confluye porque así se dieron las circunstancias, con una heterogeneidad de proveniencias uniéndose a un pequeño grupo más antiguo. En este caso el modo de recibir al sacerdote que llega será ayudar a intuir por qué caminos se podría comenzar a edificar una comunidad. Este tipo de comienzo, en general, requiere un trabajo "colegiado".

b. Garantizar la continuidad

Es importante la toma de conciencia de que la integración del sacerdote joven se da en "un camino pastoral" que la comunidad viene haciendo desde tiempo. De allí que el Obispo pida a cada parroquia un "proyecto pastoral". Esto ayuda al que llega a saber donde está parado y cual será su colaboración.

c. Compartir realmente

Si bien el sacerdote joven comienza a trabajar normalmente con adolescentes y jóvenes, pronto toma contacto con toda la comunidad y sus problemas. Esto hace bien porque no sería positiva una "sectorización" de su trabajo pastoral, pero también es necesario manejar con prudencia la cantidad de responsabilidades que va asumiendo un sacerdote joven casi "sin rodaje".

En este sentido el joven sacerdote debe ser acompañado para guiar con equilibrio y sabiduría espiritual el camino de la comunidad. No sólo no sirven sino que dañan los proteccionismos indebidos que siempre hacen sentir al sacerdote joven "bajo cuidado de otro". Pero también daña la "delegación permanente": "encargate vos", sin fundar esta delegación en criterios objetivos y en el marco de un trabajo orgánico.

Esto puede desembocar en un interrogante: "hago mucho, pero ¿hago bien?". La solución es un trabajo planificado, colegiado y corresponsable.

d. Referencias que orientan

No hay que olvidar un aspecto a menudo dado como descontado; el inicio del ministerio supone el ejercicio del servicio de la Palabra, la presidencia de la Eucaristía, el acompañamiento espiritual...etc.

Es bueno que el sacerdote joven con otro de más experiencia se reúna a reflexionar sobre ello, evitando las improvisaciones propias de una vida llena de compromisos que impiden reflexionar sobre una actividad tan importante.

2. Un ministerio para la Iglesia

Es un punto de vista complementario al anterior. Al observar la puesta en marcha de un sacerdote joven en el ministerio, hay que ayudarlo a *poner atención en lo que es objetivamente primario en el ejercicio del ministerio, lo cual es válido para todo presbítero*. Esto ayudará a la comprensión de la propia identidad presbiteral, fundada en los principios teóricos asimilados en el seminario y ahora vividos en la vida cotidiana.

Esto es más importante todavía si se piensa que los inicios del ministerio y a menudo los años siguientes, están caracterizados por ritmos intensos, febriles de actividad, con pocos márgenes para la reflexión. Por eso ayudará, reflexionar, descubrir y vivir lo que es fundamental en la identidad y el ministerio del presbítero.

a. En el itinerario de la Iglesia local

Una primera referencia es la unión de contenidos y estilo que el propio ministerio tiene con el itinerario pastoral propuesto por la diócesis. Esto supone el proyecto y la realización de un plan diocesano de pastoral.

Educarse en este sentido diocesano y verificarlo con honestidad, es condición de la veracidad del propio ministerio. El lazo entre presbítero e Iglesia Local a cuyo servicio está, es algo constitutivo del sacerdocio diocesano y algo a lo cual no se puede renunciar.

De hecho, un ministerio plasmado coherentemente por un estilo diocesano, hace madurar a aquel que lo ejercita en una comprensión realmente eclesial de la propia función de pastor.

b. La atención al conjunto

La naturaleza del ministerio presbiteral está centrada en la tensión hacia la unidad y la comunión.. Bajo este aspecto no cabe duda que es algo fundamental transformarse en hombres de diálogo y de paz, siempre atentos a crear condiciones de paz y de comunión con la totalidad del presbiterio.

Esto es muy fecundo para los inicios en el ministerio, porque evitará que el sacerdote joven caiga en una atención parcial de la comunidad o esté atento solamente a algunos componentes. Así se van haciendo "hombres de comunidad", capaces y con el gusto de ser guías de un pueblo entero.

Supone que el sacerdote que acompaña a un joven presbítero – el párroco -, no lo transformará en su monaguillo ni le delegará acríticamente los trabajos, sino que trabajará con él para toda la comunidad, no obstante se compartan las actividades sirviendo a sectores de la misma.

c. El "carozo" del ministerio

El origen de la desilusión de muchos presbíteros jóvenes es el hecho de estar demasiado frecuentemente en actividades marginales o "al lado" de lo que en realidad debería constituir el "carozo" o lo medular del ministerio, cansándose en continuas suplencias o en servicios genéricos y secundarios respecto al sentido último de la propia vocación. Por esta experiencia un sacerdote joven puede vivir momentos verdaderamente difíciles.

Esto no significa "no querer ensuciarse las manos" o el rechazo de una dedicación total y cargada de generosidad. Se trata de otra cosa; es la invitación a distinguir entre el don de sí a la comunidad sirviendo al Evangelio y el llenarse de compromisos - de modo desordenado y acrítico -, que muchas veces no hacen referencia a la función propia del pastor.

Ciertas actividades no propias del pastor se pueden realizar durante un tiempo en vista de la integración de la persona a la comunidad de fe, pero esto no puede ser la constante. En fin, se trata de discernir lo que se hace por el Evangelio y aquello que es manía de activismo o alejamiento del sentido espiritual de la llamada recibida por el Señor.

Para poner las cosas en su lugar ayuda mucho una participación activa de los fieles laicos con los cuales se comparten las responsabilidades de acuerdo a los carismas propios.

d. Más allá de los límites inmediatos

Lo generosidad típica de los inicios mueve al sacerdote joven a "sumergirse" en el trabajo de la comunidad a la cual fue enviado. Esto es muy meritorio. Sin embargo es negativo cuando quita la capacidad y la posibilidad de ver también más allá de los límites de la propia comunidad, cuanto quita la visión de conjunto, sea de la Iglesia como del mundo, y termina perjudicando el discernimiento de los signos de los tiempos a los cuales la pastoral debe responder siempre de manera dinámica.

Es un equilibrio importante, apasionarse en el trabajo dentro del contexto concreto pero a la vez escrutar el desarrollo de un conjunto más amplio. Esto hace crecer la disponibilidad del sacerdote a servir a la Iglesia más allá de los límites de la propia comunidad donde vive.

3. El perfil personal

La consideración de la persona del sacerdote joven es muy importante. Ésta nunca puede ser "fagocitada" por el rol. Lo que ayuda a una atención "no genérica" de los sacerdotes jóvenes es partir de las condiciones mismas en las cuales hoy el ministerio es ejercitado. El que alcanza a la persona y no se queda en el rol da nombre y rostro a las situaciones. Algunas perspectivas sintéticas desde este punto de vista:

a. Custodiar la armonía

Se trata de llegar a un equilibrio convincente - ideal y práctico - entre el trabajo pastoral, la oración, el descanso, las relaciones, la formación. Hay que evaluarlos de modo realista: cómo se dan en el marco de un día, una semana, un mes, etc...y ver las eventuales razones que obstaculizan este equilibrio.

El ministerio no es un privilegio dado a una persona sino en beneficio de toda la comunidad, por eso el presbítero no tiene derecho a despilfarrarlo solamente porque no lo custodia con la atención necesaria. Esto no quiere decir negarse a "perder la vida".

Esto incluye que la casa parroquial sea favorable al libre y disponible ejercicio del ministerio y a la vida comunitaria entre sacerdotes.

Es un problema más de tipo espiritual que organizativo.

b. Actitudes interiores

La tendencia que el correcto ejercicio del ministerio debería alimentar constantemente es la de una *creciente libertad interior*. Purificada de toda ansia excesiva por el éxito, el consenso, es la actitud espiritual idónea para sostener una dedicación total al servicio del Evangelio y la comunidad.

Hablar de "realización de sí mismo" es vocabulario común inclusive en los sacerdotes de hoy. Sin embargo la gracia propia del ejercicio del ministerio es más bien la de favorecer que esta expresión sea comprendida y vivida desde una mentalidad específicamente cristiana. Bajo este aspecto la actitud interior más importante es la de la disponibilidad a vivir el evangelio de la cruz y de la custodia alegre y tenaz de la calidad evangélica del propio seguimiento del Señor.

Algunos dinamismos o actitudes importantes en este sentido:

- vivir el ministerio con el ánimo de quien tienen una profunda gratitud hacia Dios porque lo experimenta cada día como un don
- la progresiva maduración de un "sentido de Iglesia" a cuyo servicio se está en virtud del don del Espíritu dado por la imposición de las manos...
- la atención por la evangelización vivida como tensión primaria de la vida

Estar al lado de sacerdotes jóvenes supone estar atento y favorecer el desarrollo de estas dinámicas espirituales.

c. Dificultades y crisis

Es una realidad que no puede ser eludida, es más, para algunos es el tema central de los sacerdotes jóvenes. Personalmente no estoy de acuerdo con este modo de ver. Según mi parecer no existe una situación de clero joven en crisis, sino sacerdotes jóvenes que se enfrentan con dificultades no pequeñas y con un ejercicio del ministerio que se ha hecho más arduo – no sólo para los sacerdotes jóvenes -, por la situación en la que vive la sociedad hoy.

De todos modos, concientes de las dificultades, no aportan nada las generalizaciones ni las apreciaciones tremendistas. Es más constructivo preguntarse sobre los aspectos y los motivos que originan situaciones de grave dificultad personal o de una verdadera crisis.

Es útil partir de una distinción entre causas de origen objetivo y causas subjetivas de las dificultades y crisis.

Causas objetivas

- Situaciones pastorales excesivamente difíciles sobre todo para un joven (la comunidad dividida, litigios, gente muy lejana al discurso religioso, etc)
- Falta de relaciones que ayuden al ejercicio del ministerio (por ejemplo con el párroco), y que hagan de real punto de equilibrio.
- La diferencia entre una situación pastoral con sus características y la persona del presbítero que allí es mandado.
- La percepción cotidiana de confiarse a la improvisación, al ocasionalismo, a la arbitrariedad en la programación del trabajo pastoral, de modo que no se ve su sentido y finalidad.

En estos casos no basta el consejo genérico, como solución hay que entrar concretamente en cada problema.

Causas subjetivas

- Sentido de frustración en la realización de un trabajo pastoral humilde, generado a menudo por una estima excesiva de sí mismos o una sobre valoración de la propia imagen.

- La incapacidad de encarnarse verdaderamente en el lugar donde uno ha sido enviado porque se habían alimentado otras expectativas.
- Problemas y dificultades de naturaleza propiamente afectiva ligadas a una maduración inadecuada desde el punto de vista psicológico y relacional o debido a un ingreso "aplastante" de situaciones y personas en el concreto ejercicio del ministerio.

El camino de ayuda en estas situaciones está en el diálogo sereno y capaz de expresar siempre disponibilidad y confianza. Juntos se puede ver la continuidad o discontinuidad de la actual situación con el itinerario espiritual de los años precedentes, a partir de la certeza que el Señor no nos prueba más allá de nuestras fuerzas y que hay una gracia también en los momentos difíciles.

Un compartir desde el diálogo y el acompañamiento fraterno en estas situaciones da al sacerdote joven la convicción que no ha sido abandonado, que la Iglesia a la cual se ha dedicado lo sigue queriendo bien y le está cercana. A menudo constato una real maduración en la fe en períodos de vida signados por una crisis. Incluso cuando el ejercicio del ministerio debiera ser momentáneamente interrumpido para favorecer una decisión, uno se encuentra cerca de personas que lo siguen y lo quieren bien. Muchos jóvenes han salido de sus crisis con un vivo agradecimiento de esta actitud. Seguir sintiendo que la Iglesia te es madre también cuando estás paralizado por las dificultades y no haces nada más por ella, significa descubrir su verdadero rostro materno. Esta experiencia quedará aún cuando se tuviese que llegar a la dolorosa decisión de dejar definitivamente el ministerio.

d. Los dones del Espíritu

La convicción de que el fiel ejercicio del ministerio plasma la figura espiritual de quién lo vive lleva a valorar mucho lo que el Espíritu Santo hace crecer en el joven sacerdote; actitudes, sensibilidad, verdaderos y propios carismas. Un diálogo en este sentido es muy importante y exige la docilidad interior a aquel que hace de guía o maestro espiritual, a su vez hace madurar en una disponibilidad cada vez más grande a las exigencias pastorales de la Iglesia de la cual se siente parte viva y responsable.

Hay situaciones pastorales que hacen crecer en aspectos específicos del ministerio y la vida sacerdotal, por ejemplo en una dimensión misionera, en formas testimoniales de alegre pobreza, en deseo de llegar a los más alejados, crecer en sensibilidad y experiencia en el campo educativo, etc.

El descubrimiento de estos dones puede dar al sacerdote joven la valentía para expresar su disponibilidad al Obispo para formas de servicio que él considere oportunas y útiles.

Es de destacar en los jóvenes sacerdotes la exigencia de radicalidad evangélica en la propia experiencia de vida espiritual; una simpatía por el pobre; el gusto por relaciones profundas y serenas; el deseo de contemplar más a fondo el Rostro de Dios que se revela en Jesús, la sed por la Palabra que salva e ilumina, etc. También esto forma parte de la vida de los jóvenes que hoy se dedican al ministerio. Quién vive con ellos y no tiene prevenciones y sospechas no tiene reparo en admitirlo, reconociendo en todo ello la presencia del Espíritu que crea y renueva, para que los dones del Señor no se apaguen en personas tristes y desilusionadas.

IV. ENTRECruzARSE DE RESULTADOS, PROBLEMAS Y EXPECTATIVAS

Lo dicho ya puede bastar para un diálogo sereno y un confrontar constructivo. Pero agregamos algo más.

Observando la vida de los sacerdotes jóvenes, se nota la presencia de un entrecruzarse de caminos de los años de formación, problemas nuevos y antiguos, expectativas y esperanzas. Les pondré nombres.

1. Atención (urgencia) de una entera comunidad

Si el ministerio del sacerdote es la dedicación a una entera Iglesia local, parece lógica la expectativa por una atención singular de parte de la entera comunidad diocesana en relación a quién sirve al Evangelio.

Esto no significa solo una serie de iniciativas de acompañamiento personal, de formación permanente, se necesita que la Iglesia local se haga presente con un camino pastoral, con estilos, prioridades, objetivos propuestos explícitamente, de modo que todos puedan converger allí en comunión. Esto da "rostro" al ministerio recibido. Un vacío en este nivel daría la sensación de una desorientación interior, el miedo de tener que confiarse a la arbitrariedad y a los gustos personales en las elecciones pastorales.

El convencido camino pastoral de una comunidad diocesana constituye la condición primaria para que un sacerdote se sienta en su casa, con un nombre, una función, un aporte que dar. La diócesis no es una contención abstracta en la cual cada uno puede obrar como y cuando cree.

2. El camino de formación

El seminario encuentra en el concreto ejercicio del ministerio de los sacerdotes jóvenes una oportunidad de verificación de la formación dada.

Hay dos niveles de confrontación entre seminario y ministerio vivido en los inicios del presbiterado: El primero es la verificación de la apropiación personal de los itinerarios formativos. Conviene dialogar, por ejemplo, acerca de por qué se creía que una cosa estaba asimilada y no es así en la vivencia del ministerio. ¿La causa fue falta de sinceridad o inmadurez psicológica o relacional?

El segundo nivel de confrontación es el éxito que un correcto itinerario de formación teológica y cultural en general debería garantizar, es decir: la actitud para pensar, crecer en la comprensión de los problemas y de las situaciones, el gusto por la formación de sí mismos. Esto es por el peligro siempre existente de improvisaciones, atrofias, arideces, cerrazones, que hacen perder el horizonte amplio de la realidad.

3. La pastoral ordinaria

Se trata de verificar las condiciones en las cuales se desenvuelve la "pastoral ordinaria". No es para nada indiferente que un joven comience a ejercitar el ministerio en un contexto en el cual, entre mil dificultades la acción pastoral está programada, verificada y compartida en verdadera corresponsabilidad o que se sitúe en ámbitos en los cuales todo está dejado a la rutina o a la improvisación o al ocasionalismo.

En este sentido, no hay posibilidad de un acompañamiento serio de jóvenes sacerdotes sin que se tome en serio el ejercicio concreto del servicio pastoral expresado en un proyecto.

4. Hombre de la comunidad

Ya se dijo que si bien el sacerdote joven trabaja normalmente en determinados sectores pastorales hay que evitar la sectorización, debe ser el hombre de la comunidad, ya que la atención por el conjunto y por todos aquellos que son parte de una comunidad es la actitud profunda de un pastor. Debe ser acompañado para entrar en relación con todos; jóvenes y matrimonios, enfermos y viejos, pobres, etc., esta gama de relaciones vividas con frescura espiritual, tiene una enorme potencialidad para plasmar la personalidad de un joven que comienza a ser pastor de todos.

5. La calidad evangélica del seguimiento

La ayuda para garantizar la calidad evangélica del seguimiento del Señor constituye una pista particularmente fecunda de formación del sacerdote joven. En torno a esta dimensión se da la unidad interior de la persona y es lo que da sentido y fuerza a la vida de servicio.

Por otra parte, si no se tiene la vigilancia propia del discípulo, el mundo secularizado puede inducir al sacerdote, por ejemplo, a dejar de ser pobre. Por eso solo la custodia de un clima evangélico de vida dará credibilidad a la vida de un sacerdote.

Ayudan en este sentido: educar al discernimiento leal con la ayuda de maestros; dar el gusto de la escucha profunda de experiencias espirituales o de relaciones enriquecedoras; considerar como muy importante la semana de retiro espiritual, etc.

6. "Llegar a ser sacerdotes"

Estar convencidos que llegar a ser sacerdotes es un dinamismo siempre en acto es un punto de referencia de excepcional importancia. Se ve la importancia de este criterio a un triple nivel:

El primero es que uno se deja plasmar por el ministerio que realiza, por sus gestos constitutivos. Punto fundamental en la espiritualidad del sacerdote diocesano

El segundo es la libertad de dejarse interrogar por la historia que se vive, para descubrir mejor los problemas y expectativas de la gente con la cual se vive.

Por último, sentirse en un proceso de constante devenir significa ser personas magnánimas, de corazón grande y mentalidad abierta. Sentirse en el interior de una vocación que cada día se propone como llamada.

CONCLUSIÓN

No hay que aislar la cuestión del sacerdote joven para comprenderla. Hablar de ellos significa hablar de un entero presbiterio en el marco de una Iglesia local y de la situación del mundo contemporáneo.

Es como una familia en relación a sus más jóvenes miembros; el amor hacia ellos es gratuito y magnánimo; es más, se traduce en amor por la entera casa, para que ella se transforme lo más posible en acogedora, y en su interior las relaciones sean limpias y cordiales. Acoger de este modo a los jóvenes que inician el ministerio significará garantizar la atención a los aspectos centrales del ministerio presbiteral más allá de fáciles generalizaciones.

La crisis de la mediana edad: una pascua en la fe

De la fe mesiánica a la fe teologal

Pbro. Hugo Santiago
Diócesis de Rafaela

Hablando del clero de la mediana edad el Cardenal Carlos María Martini dice que; “entrar en la mediana edad quiere decir, por un lado, sentir un poco lejanos los años de la formación y de las primeras experiencias sacerdotales y por otro lado darse cuenta que se está arriesgando entrar en la rutina, en la repetición de gestos y palabras bien conocidas a advertir la tentación de hacer las cosas mecánicamente y perder creatividad y empuje. Las primeras ilusiones acerca de sí mismo y de los demás se han desinflado, se ha tomado conciencia que la vida implica encuentros y desencuentros, amistades y conflictos, alegrías y dolores, luces y tinieblas, que la realidad es siempre distinta de como la habíamos imaginado o soñado y muchas veces es mezquina y poco atrayente.”¹

Dice Carlos Castro Cubells, en el prólogo de “La mitad de la vida como tarea espiritual” : “*Se debe comenzar por hacer consciente el hecho de que la vida, mi vida, la de cada cual es una sucesión de nacimientos y muertes, o si se quiere suavizar, de transformaciones*”.² De esta manera describe el *carácter pascual de la vida, lo cual se da con particular intensidad en la mediana edad*. Luego dice en síntesis que desde el *punto de vista psicológico*, la mitad de la vida es un trance al cual uno difícilmente se puede preparar, en el cual si no se hubiera descubierto el inconsciente sería el momento para descubrirlo porque en la mediana edad actúa de manera extraordinaria. Se trata de una lucha con fuerzas ocultas que estando presentes y actuantes no han sido registradas debidamente. Esto le ocurre a todos aunque no lo sepan.

Desde el punto de vista religioso la mediana edad es el momento por excelencia de la llamada religiosa, porque salvo casos excepcionales, la religión hasta aquí es vivida y practicada muy juvenilmente, como principiantes según el vocabulario de los maestros espirituales, y se hace necesaria lo que se ha llamado con acierto *la segunda conversión*. Ha llegado la hora de perfeccionar lo hecho.

Desde el plano psicológico la mitad de la vida pide una madurez que conduce a la salud; desde el plano religioso la mitad de la vida pide una purificación y una profundización que conduce a un nuevo estadio espiritual cuyas características son una mayor unión con Dios, un crecimiento de la caridad que unifica la vida, caridad que en el sacerdote asume el modo específico de caridad pastoral.³

Anselm Grün en su libro comenta a *Jung*.⁴ Este último enfoca el problema de la mitad de la vida *como psicólogo* y como tal se limita al método empírico que es el método propio de la ciencia y deja a los teólogos extraer las conclusiones teológicas. Sin embargo la religión es un fenómeno que el psicólogo encuentra continuamente en sus pacientes. Piensa que no se puede investigar la psique del hombre sin tener en cuenta los *intentos de dar una respuesta a la pregunta por el sentido*, pero

¹ CARLOS MARTINI, CARDENAL, *La edad media del clero - Homilía del jueves santo de 1996*. Colombia. pag. 2

² ANSELM GRÜN, *La mitad de la vida como tarea espiritual*. Madrid. Ed. Narcea 1993. pag. 10

³ cfr. ib. pags. 11-15

⁴ cfr. ib. pags. 79-95

la respuesta adecuada a este interrogante, para Jung sólo lo pueden dar las religiones, las cuales contribuyen a la salud del alma humana.

Como científico no puede afirmar si detrás de las imágenes religiosas hay una realidad trascendente, como hombre ha tenido, sin embargo, contacto frecuente con esa realidad.

Por otra parte la psicología pone en nuestras manos criterios para *distinguir dentro de las prácticas religiosas las formas falsas de las sanas*, aunque no puede presumir de ser norma para el camino religioso. Sin embargo toda religión tiene por lo menos que plantearse la cuestión psicológica: *¿hasta que punto la religión con sus dogmas y sus prácticas hacen a un hombre sano o enfermo?*. La religión es un camino de salud – salvación -, no sólo trascendente sino también humana.

Freud dice que para sanar al adulto de las neurosis hay que explorar la niñez, en cambio para Jung no hay que retrotraer las causas a la niñez, sino encontrar los caminos para ayudar aquí y ahora. Además *Freud* ve en los conflictos neuróticos problemas de pulsiones, en cambio Jung comprueba en sus consultas que la mayoría de los problemas del hombre que ha pasado los treinta y cinco años son de naturaleza religiosa.

1. Aspecto psicológico: Un proceso de individuación e integración

a. Individuación

Para entender lo que Jung piensa de la mediana edad hay que saber como concibe el desarrollo humano o proceso de individuación.

Para Jung, *individuación* es el proceso que “*produce un individuo psicológico, es decir una unidad independiente e indivisible, un todo*”.⁵ Este proceso tiene *dos fases*: la de la *expansión* en la primera mitad de la vida y la de la *introversión* en la segunda mitad. Este proceso comienza con el niño, el cual vive del todo en el inconsciente, pero en la medida que crece se va apartando cada vez más de ese inconsciente y va formando un yo consciente.

“*El ‘Yo’ es el sujeto de todos los actos personales conscientes*”.⁶ El hombre en la primera mitad de la vida debe fortalecer cada vez más su ‘Yo’, encontrar en el mundo su sitio y poder afirmarse. Para ello desarrolla una *persona*. Jung toma esta última palabra en sentido etimológico, es decir como máscara, pero aporta una novedad porque la aplica al *rol* que cumple el individuo delante de la sociedad por su vocación, profesión, estilo de vida.

La sombra. “La figura de la sombra *personifica todo lo que el sujeto no reconoce y que no obstante, en manera directa o indirecta incansablemente lo persigue; por ejemplo, modos del carácter poco apreciables u otras tendencias incompatibles*”⁷.

Dado que el hombre en la primera mitad de la vida está ocupado en fortalecer su Yo, construir una persona, descuida otras dimensiones. Así surge la sombra, compuesta por los *rasgos del hombre en parte reprimidos, en parte no vividos*, porque fueron excluidos en su proceso por motivos morales, sociales, educativos.. etc., y por eso cayeron en la represión, es decir en la *disociación*. “Los primitivos peligros del hombre son principalmente aquellos en los que puede incurrir la conciencia; fascinación...pérdida del ánimo, posesión, etc., son claramente fenómenos de disociación y represión de la conciencia causados por contenidos inconscientes”⁸. Este concepto de disociación es muy importante porque *en el desarrollo hacia el ‘si mismo’, es decir la totalidad del*

⁵ CARL G. JUNG, *Gli archetipi e l'inconscio colectivo*. Torino. Ed. Boringhieri. 1980. pag 267.

⁶ CARL G. JUNG, *Aion: Recherche sul simbolismo del 'se'*. Torino. Ed. Boringhieri. 1982. pag. 3.

⁷ CARL G. JUNG, o.c. *Gli archetipi*...pag. 276.

⁸ ib. pag. 272

individuo, habrá que conocer, aceptar e integrar lo disociado, y el modo más común de no aceptarlo es proyectarlo en otros.

El hombre es un ser polar. Para Jung, en el hombre cada polo tiene su contrapolo. Cuando el hombre sube un polo a la conciencia por las opciones que hace, el otro polo queda en el inconsciente, cada cualidad tiene su opuesta y cuando más se cultiva una la contraria actúa más fuertemente en el inconsciente. Esto vale para las virtudes y para las cuatro funciones de la conciencia que distingue Jung: pensar, sentir, intuir, experimentar. Si el hombre cultiva sólo su inteligencia, el inconsciente se inunda de pulsiones infantiles del sentimiento, por ejemplo el sentimentalismo que la mayoría de las veces se proyecta en otras personas.

El inconsciente colectivo. "El contenido del inconsciente colectivo, en cambio, está formado esencialmente por "arquetipos"...formas determinadas que parecen estar presentes siempre y en todas partes"⁹. Uno de esos "arquetipos" es la sombra colectiva que el hombre tiene en sí mismo junto a la sombra personal, cuyo contenido es todo lo malo y oscuro de la historia de la humanidad. Es una parte del inconsciente colectivo que se expresa en los mitos, arquetipos y símbolos de la religión.

El ánima y el ánimus son también arquetipos que pertenecen al inconsciente colectivo y son el símbolo de lo femenino y masculino, de lo maternal y lo paternal respectivamente. "Respecto a la localización del ánima y del ánimus en el interior de la estructura psíquica, es evidente que viven y funcionan en lo más profundos estratos de...lo que yo denomino "inconsciente colectivo"¹⁰. "La madre es asimilada al componente femenino preexistente del arquetipo constituido por la dupla de opuestos 'femenino-masculino' y en el caso de la postergación y desprendimiento de la madre, el hombre no soporta la pérdida de tal arquetipo...Todos saben como la religión busca suplantar esta falla"¹¹. Ambos, ánima y ánimus están en cada persona.

En la primera mitad de la vida el hombre ocupado con la autoafirmación se identifica con su yo consciente. El inconsciente lanza a la sombra el ánima sin sufrir graves daños. Pero esto cambia en la segunda mitad de la vida en que el varón debe integrar en sí mismo el ánima, es decir la parte tierna, para que de esa manera retraiga sus proyecciones y se abra a su propio inconsciente haciendo conscientes los depósitos y cualidades allí escondidos. Por eso dice Jung que el proceso de individuación, "es un proceso de un estado del desarrollo que nace del conflicto entre dos hechos psíquicos fundamentales"- el "yo" y "la sombra", lo consciente y lo inconsciente.¹²

En síntesis, el 'sí mismo' según Jung, es como la totalidad psíquica del hombre. El Yo es sólo lo consciente y la sombra lo inconsciente. Por eso el hombre debe desarrollarse desde el Yo al 'sí mismo', y esto sucede en la medida que lo inconsciente se haga consciente y se integre. El lugar o momento clave de este proceso es la mediana edad.

b. Integración

Erikson distingue 8 etapas en la vida del hombre; 5 hasta la adolescencia inclusive, y 3 de adulto. Cada etapa está atravesada por un conflicto expresado bipolarmente, que si se resuelve positivamente, origina el fruto propio de la etapa dando lugar a su vez a la fase siguiente. La mediana edad transcurre entre la séptima y octava etapa.

La séptima etapa conlleva la crisis que consiste en la adquisición de un sentimiento de generatividad, superación de un sentimiento de estancamiento. La capacidad de intimar lleva al individuo a una madurez que Erikson llama generatividad, la cual consiste fundamentalmente "en la

⁹ ib. pag. 43

¹⁰ ib. pag. 43

¹¹ ib. pag. 72

¹² ib. pag. 278

preocupación por establecer y guiar a la nueva generación”¹³. Generación puede ser la descendencia propia o simplemente el bien altruista de los demás, de modo que dé cause al sentimiento de paternidad o de maternidad.

La relación con la nueva generación crea sentimientos de una sana dependencia de los adultos con relación a los demás jóvenes. “El hombre maduro precisa que le necesiten y la madurez está guiada por la naturaleza de aquello a lo que hay que cuidar” (13). La generatividad por otra parte, conduce a una expansión gradual de los intereses de la persona y a una inversión de energía psíquica en aquello que se genera, el hombre toma así su parte de responsabilidad en la sociedad.

El fracaso en esta etapa por una actitud equivocada ante la exigencia de este ciclo vital, está señalado por un sentimiento general de soledad, de aislamiento, de improductividad, de vacío, de aburrimiento, en una palabra, de empobrecimiento personal que conlleva el riesgo de una regresión a una pseudointimidad; “los individuos entonces, comienzan a tratarse a sí mismos como si fueran su propio hijo, y cuando las condiciones los favorecen, la temprana invalidez física o psicológica se convierte en un vehículo de autopreocupación”¹⁴

La *octava etapa* incluye la crisis psicológica que consiste en la *adquisición de un sentido de integridad del yo, superación de un sentido de desesperación*. Es la última etapa de la madurez que es posible sólo en el individuo que “en alguna forma ha cuidado de cosas y personas y que se ha adaptado a los triunfos y desilusiones inherentes al hecho de ser el generador de otros seres humanos o el generador de productos e ideas”¹⁵. La adquisición propia de esta etapa es la integridad del yo y supone un amor que brota de la autodonación y que Erikson describe así: “Es un amor postnarcisista del yo humano, como una experiencia que transmite un cierto orden del mundo y sentido espiritual, por mucho que se haya tenido que pagar por ella. Es la aceptación del propio y único ciclo de la vida como algo que debía ser y que, necesariamente no permitía sustitución alguna: significa así un amor nuevo y distante hacia los propios padres...es una integración emocional llena de fe en los portadores de imágenes del pasado, dispuestos a asumir y eventualmente a renunciar un liderazgo en el presente”¹⁶

La virtud predominante de este estadio es la sabiduría “con sus múltiples connotaciones, desde una madura agudeza de ingenio hasta un conocimiento acumulado, un juicio maduro y una amplia comprensión”¹⁷. Para alcanzar la sabiduría, el hombre debe aprender a seguir a las personas más significativas en el mundo de la religión y de otros ámbitos, porque son portadores de imágenes, portadores de tradición.

El hombre integrado puede ver de frente la realidad de su vida y ahora también de su muerte sin llenarse de un miedo mortal, en cambio, quien no ha alcanzado la integración experimentará un sentimiento de desesperación, de temor ante la muerte: “la desesperación expresa el sentido de que ahora el tiempo que queda es corto, demasiado corto para intentar otro estilo de vida y para probar caminos alternativos hacia la integridad. El malestar consigo mismo oculta la desesperación, las más de las veces, bajo la forma de mil pequeñas sensaciones de malestar que no equivalen a un gran remordimiento”¹⁸. Las respuestas a estas preocupaciones, además, viene ofrecida por los grandes sistemas filosóficos y religiosos.¹⁹

2. Aspecto espiritual: una pascua en la fe

a. Los síntomas y las salidas

¹³ ERIK H. ERIKSON, *Gioventú e crisi d'identità*. Roma. Armando Editore. 1995. pag. 160

¹⁴ ERIK H. ERIKSON, *Infanzia e società*. Roma. Armando Editore. 1963. pag. 249

¹⁵ ib. pag. 250

¹⁶ ib. pag. 250.

¹⁷ id. o.c. *Gioventú*...pag. 163.

¹⁸ id. o.c. *Infanzia* ...pag. 251.

¹⁹ cfr. RAÚL VENTURA NAVARRO, *La unificación humano espiritual del presbítero en la situación del mundo actual*. Mexico. Ed. Claveria. 1993. pags. 85-90

Juan María Uriarte describe los *síntomas* de la crisis de mediana edad de la siguiente manera: “Tras años de combate espiritual y brega pastoral en los que el sacerdote se ha sentido fundamentalmente centrado, se va insinuando progresivamente una nueva situación que se caracteriza por el estado anímico bajo cuyos componentes más perceptibles son la sensación de vacío interior, la falta de ilusión, la desgana existencial, la aridez espiritual, la anemia apostólica. El pasado nos produce decepción, el presente provoca insatisfacción, el futuro genera escepticismo. Juan Pablo II alude a esta crisis y la califica como “cansancio interior peligroso, fruto de dificultades y fracasos” (PDV. 77 a.)²⁰

Refiriéndose a las *causas* de esta situación, Uriarte cita: “la precariedad de logros pastorales”, es decir el abismo entre la ambición de los proyectos y la modestia de los resultados; las decepciones como sedimento de muchas vivencias decepcionantes; la propia experiencia espiritual que presenta ambigüedad en las aspiraciones y necesita ser purificada; la aridez espiritual - la oración produce fatiga y pensar en Dios no genera ningún consuelo-; la fatiga provocada por deseos apostólicos desmesurados, por excesiva implicación en los problemas de los demás y por insuficiente atención a las necesidades propias.

Ante esta situación el sacerdote de mediana suele buscar *salidas erradas*: *La re-versión* que significa “poner más voluntad” en hacer lo de siempre. De este modo no se profundiza en la causa de la crisis y esta actitud aumenta la fatiga. *La di-versión* significa querer acallar los interrogantes de sentido y el desasosiego con activismo, de este modo la crisis se “patea para adelante”. *La sub-versión* es la actitud que en vez de ubicar la crisis dentro de uno, la ubica fuera, en las estructuras y personas a las cuales se critica y quiere cambiar. *La extro-versión* se da cuando uno cree que la desazón está en el estilo de vida o la vocación específica que se ha vivido hasta el presente por lo cual el camino de salida que se quiere tomar es cambiar de vocación o de estilo vital. La persona ignora que se llevará el desasosiego donde vaya.

En realidad la actitud que está pidiendo Dios a través de la crisis de la mediana edad es la *con-versión*, terminar con el “mitad sí y el mitad no”, llevar a plenitud la entrega comenzada y para eso necesita que nos entreguemos en sus manos sin reservas, que lo dejemos actuar a través del desasosiego. Por eso la actitud fundamental que tiene que poner el sujeto, gracia mediante, es la fe-confianza en Dios.²¹

b. La cruz como “noche” en la oración y la vida apostólica

Ruiz Salvador desarrollando el tema de la dinámica espiritual, después de narrar las características de los primeros pasos y cierto afianzamiento de la fe, narra la aparición de una nueva experiencia en la vida del creyente que él llama “noches e iluminación”, al respecto dice: “*La cruz, que se introduce tímidamente ya en el periodo de iniciación, pasa un día a primer plano e invade toda la experiencia espiritual. En ese momento, los componentes de la vida teologal aún siendo los mismos cambian todos de color y de sabor*”²².

Hay un cambio radical en la trayectoria espiritual, una ruptura. Dios se muestra distinto y cambia de actitudes con el hombre, el hombre pierde su identidad y se abre a un mundo desconocido. Este período es decisivo para la renovación interior. El hombre prevé que debe romper con algo y abrirse a una fase ulterior sin poder imaginar el modo de esta nueva fase. Sobreviene una crisis fuerte que en vez de traer plenitud parece acabar con lo poco que tenía el hombre acumulado y construido. De nuevo la cruz aparece como camino de resurrección.

²⁰ JUAN MARÍA URIARTE, “Madurar espiritualmente durante toda la vida”. En “La formación espiritual de los sacerdotes según PDV”. EDICE, Madrid. 1995.

²¹ Cfr Ib. Madurar espiritualmente...

²² FEDERICO RUIZ SALVADOR, *Caminos del espíritu - compendio de teología espiritual* -. Madrid. Ed. de Espiritualidad. 1991. pag 484

San Juan de la Cruz ha llamado “noche” a esta vivencia y distingue y analiza su doble aspecto que él designa como activo y pasivo, donde se mueven ensamblados, el misterio presente y el esfuerzo de colaboración. Por parte del hombre no se trata de multiplicar ejercicios, ni cambiarlos por otros nuevos. El cambio y empeño tiene que concentrarse en ese mundo de aficiones que el hombre respeta en todos los cambios.

Dice el santo en la “Subida al Monte Carmelo”; *“Es harto de llorar la ignorancia de algunos que se cargan de extraordinarias penitencias y de otros muchos voluntarios ejercicios, y piensan que les bastará eso para venir a la unión de la Sabiduría divina; y no les basta si con diligencia ellos no procuran negar sus apetitos...y así querría yo persuadir a los espirituales cómo este camino de Dios no consiste en multiplicidad de consideraciones, ni modos, ni maneras, ni gustos, sino en una cosa sola necesaria, que es saberse negar de veras, según lo exterior e interior, dándose al padecer por Cristo y aniquilarse en todo”.* (S 2, 7-8)

Por lo tanto, se trata de renunciar a los apegos afectivos ajenos al evangelio, a la voluntad de Dios, lo cual requiere una ascesis espiritual más que material. El punto de transformación son la fe y el amor que cobran dimensiones nuevas, más desnudas y amplias. Una fe que se une a Dios como El es, trascendiendo formulas e imágenes aunque se valga de imágenes y mediaciones. Un amor seco, generoso pero sin gusto, que se manifiesta en la solicitud por servir creyendo no hacer nada.

La tarea es la que Dios hace y el fruto no se obtiene por la agitación sino por amorosa paciencia en abandono a la bondad de Dios. Paciencia activa que no deja de hacer su tarea normal por el desgano o las contrariedades.

Ruiz Salvador termina este tema diciendo: *“El secreto se llama cruz: es el misterio de la cruz de Cristo. Pasa de conocimiento mental, nocional, meditación piadosa, a ser sangre y vida, muerte y resurrección.”*²³

Esta experiencia de cruz, de “noche” en la vida del adulto cristiano y por tanto en un sacerdote de mediana edad, *se manifiesta tanto en la oración como en la vida apostólica.*

Anselm Grün comentando a Tauler, dice que *entre los hombres entregados durante años a una vida religiosa, a algunos entre los cuarenta y cincuenta años los ejercicios religiosos - meditación, oración personal y comunitaria, devociones -, todo se les hace insípido. “Cuando Dios ha llevado al hombre lejos de todas las cosas creadas de modo que ya deje de ser un niño...se le abre un camino desierto y solitario por el cual Dios le despoja de cuanto le había regalado”.*²⁴

El problema es que *el hombre siente sinsabor en sus prácticas religiosas habituales pero no sabe que le haría bien.* Lo acostumbrado ya no lo tiene y lo nuevo todavía no ha llegado. *El peligro es que, cuando no encuentra ningún camino para acercarse a Dios, con las prácticas religiosas tradicionales también eche por la borda la fe.*

Sin embargo para Tauler esta crisis es obra de la gracia de Dios. Dios mismo conduce al hombre a la crisis, a la apretura, al sinsabor, porque quiere llevarlo a través de la crisis al fondo del alma. *“Ahora hay una mirra muy amarga que Dios da: angustias y tinieblas interiores. Éstas cambian mucho más que los ejercicios exteriores a quién las acepta verdaderamente y se abandona”.*²⁵ Por eso *la actitud justa del hombre es la paciencia, dejar a Dios obrar a través de la sequedad, el vacío.* Sin embargo, *frecuentemente el hombre no reconoce el paso de Dios en la crisis y reacciona mal.*²⁶

Por otra parte, la crisis de crecimiento se suele tratar solamente en la línea de la oración contemplación, sin embargo, *también en la vida apostólica fiel llevada con espíritu evangélico,*

²³ cfr. ib. pags. 484-486

²⁴ JUAN TAULER, o.c. Obras. pag. 151.

²⁵ GIOVANNI TAULERO, *Il fondo dell'anima*. Torino. Ed. Piemme. 1997. pag. 52.

²⁶ cfr. ANSELM GRUÜN, o.c. *La mitad...* pags. 40-41.

aparece un proceso de purificación y elevación a través de una crisis. Mendizabal habla del discernimiento y la ayuda en la crisis de crecimiento en la vida apostólica.²⁷ Afirma que el apóstol, después de vivir en la *dispersión* incansablemente mantenida por la diversidad de tareas apostólicas, poco a poco va haciéndose dueño de su obrar, no por autocontrol sino por una *lenta maduración interior*, de esta manera realiza su actividad con *progresivo recogimiento* y *sin disminuir en la vitalidad apostólica ésta le dispone a la oración y a la vida de unión con Dios*.

También en el apostolado se centra y repercute la crisis de entrada en la vida de pura fe porque éste necesita ser purificado. En la vida apostólica se suele dar una cierto apego a la propia actividad, al éxito personal, porque el apóstol se siente realizado al ver los frutos de su actividad y el hecho de que hace bien a otros, y si bien normalmente trata de purificar su intención, sutilmente queda el apego a la propia actividad, a la propia persona.

Cuando llega la crisis se inicia un proceso de liberación también en este campo, también a través de la cruz pero con modalidad específicamente apostólica, ya que el Señor envía a sus elegidos la gracia purificadora. El momento crítico se manifiesta; interiormente como aridez apostólica, falta de ilusión, tentación de inutilidad, a lo que se unen exteriormente dificultades del ambiente a causa del apostolado.

Para describir la crisis apostólica, Mendizabal habla de esos hombres que por Dios han dejado todo de verdad y también la tranquilidad gustosa por los trabajos de la conversión del mundo; se ocupan en predicar, recorrer distancias en busca de los más alejados, enseñan, escriben, visitan enfermos a todas horas del día. Estos aunque pueden sentir los síntomas que hemos señalado en la línea de la oración, es decir la aridez, sobre todo viven la crisis a través de las persecuciones, fatigas, peligros, injurias, falsos testimonios, envidias, ignominias, contradicciones de todo tipo a causa del apostolado.

Evidentemente no se trata de una ascesis al modo de los religiosos, sobre todo contemplativos, sino que se trata de la ascesis apostólica; llevar adelante los trabajos apostólicos cargando con las cruces propias del apostolado, las fatigas de un espíritu misionero, con sus trabajos, contradicciones y sufrimientos, los cuales llevados en el espíritu de Cristo dan como fruto un mayor desapego a la propia persona y actividad, una mayor confianza en Dios y la gracia de la contemplación en una unión mas profunda con Dios a través del estilo de vida apostólica.

Mendizabal pone después algunos ejemplos concretos de como puede venir la purificación en la vida apostólica, diciendo que comienzos de cruz durísima suele ser alguien que le tenga envidia al apóstol y conspire contra él o lo calumnie, sobre todo cuando las calumnias son en el terreno de la pureza, la doctrina o las costumbres. Ninguna purificación mayor que llevar todo esto en silencio. Cruz pesadísima es que los buenos, por mala información persigan a los buenos con buena intención, porque la santidad del perseguidor da autoridad a lo que dice.

Concluye diciendo que *si estas cruces se llevan con silencio y perseverancia, suelen terminar frecuentemente en inefables y deliciosas comunicaciones divinas.*²⁸

c. De la fe mesiánica a la fe teologal

Dice Javier Garrido considerando la crisis de fe del adulto: *“la fe en sentido bíblico se realiza en la historia por eso conlleva crisis, es decir, es puesta a prueba, tentada. Es lo contrario de la fe vivida como sistema de seguridad que nos atrinchera frente a la vida, o de la fe entendida como ascensión espiritual que se realiza más allá de los conflictos de la existencia”*.²⁹

No hay experiencia de fe sino a través de la condición humana porque Dios se revela en la historia humana y en forma humana. *La vida, muerte y resurrección de Jesús son la clave de lectura*

²⁷ LUIS MENDIZABAL, *Dirección espiritual - teoría y práctica* - Madrid. Ed. BAC. 1978. Pags. 268-270

²⁸ cfr. ib. pags. 268-270

²⁹ JAVIER GARRIDO, *Adulto y cristiano*. Bilbao. Ed. Sal Terrae. 1989. pag. 163

de toda historia de fe y allí la crisis aparece como centro de la tensión y de la nueva creación. El Mesías Jesús ha sido piedra de tropiezo para la esperanza de Israel. Crisis que hizo caer incluso a los discípulos, a Pedro. Cuando se ha fundamentado el sentido de la vida en Dios y se ha aprendido a esperar en Dios a través de la propia vida, la crisis de fe se hace inherente a la historia de la persona.

La crisis de fe del adulto maduro se da porque el momento existencia que está viviendo compromete el sentido global de su vida y por lo tanto de su fe. En la juventud se puede fundamentar la vida en la fe, pero en general esa fe conlleva expectativas falsas, fantasías del deseo, apropiación; no ha sido sometida a prueba. A los cuarenta años la fe ha sufrido ya varias pruebas, por lo cual la crisis no se concentra en situaciones particulares sino en su conjunto, lo cual se manifiesta en ciertas tentaciones específicas que tiene el adulto.

La crisis en sentido bíblico significa “prueba”, pero también “discernimiento”, capacidad de interpretar el sentido de la prueba para percibir los planes de Dios a través de la dificultad. Lo paradójico de la crisis de fe es que sólo se supera desde la misma fe. Esto muestra el carácter fundante de la fe para la existencia humana en su origen, desarrollo y final. Por eso la crisis de fe se supera desde la fe misma, viviéndola como un proceso, una pascua permanente.

En la edad madura si la fe no ha sido la experiencia fundante sino algo parcial, el peligro de perderla o arrinconarla puede ser grave. En cambio si ha sido la vivencia fundamental nunca demostrará mejor su auténtica fuerza de nueva creación. Si la fe fuese una cosmología, es decir, sólo una visión ideológica de todo o la justificación ética de un proyecto, la crisis de madurez la sometería al sin-sentido. Por el contrario, es ahora, cuando la fe aparece como vida teologal, es decir como acción salvadora y transformadora del Espíritu Santo en el hombre.

Cuando nuestras expectativas mejor justificadas han fracasado, queda la fe. Cuando Dios no es experimentado como objeto de deseo, queda la fe. Por eso cabe la expresión de que a la madurez debería corresponder en la historia del creyente el inicio de la experiencia mística, es decir, la etapa en que dominan las virtudes teologales, lo cual no es necesario porque depende de la calidad del proceso espiritual y de una gracia que se puede dar desde la juventud.³⁰

En este sentido Anselm Grün comentando a Tauler, un dominico nacido hacia el 1300 que trató el tema de la vida espiritual de la mediana edad, dice: “Tauler habla frecuentemente en sus sermones de los cuarenta años. La cuarentena representa un giro en la vida de los hombres... toma en un sermón los cuarenta días que median entre la resurrección y ascensión y los diez hasta pentecostés como símbolo del desarrollo espiritual del hombre”³¹.

Dice Tauler: “El hombre no hallará paz verdadera hasta los cuarenta años de edad. No será en su corazón un hombre celestial antes de haber cumplido dicha edad; ¡tantas cosas le tienen ocupado!. La naturaleza le impele de acá para allá, inestable, emprende cosas diversas, es el yo quién domina cuando se creía que era Dios...El hombre debe esperar diez años más para que le sea dado realmente el Espíritu Santo, el Consolador, el que enseña todas las cosas de Dios”³²

El objetivo del camino es para Tauler alcanzar el fondo de la propia alma como la imagen de lo más íntimo del hombre, el fundamento en el que todas las fuerzas del alma se unifican en Dios que allí habita. No se puede alcanzar con las propias fuerzas ni mediante empeños ascéticos ni siquiera con mucha oración.

Sólo se alcanza el fondo del alma abandonándose, entregándose al obrar de Dios. Y Dios obra a través de las experiencias que la vida trae consigo. Dios nos vacía mediante los desengaños. Nos revela nuestra fragilidad a través de nuestros fallos, trabaja en nosotros por el sufrimiento. Estas experiencias de ser vaciados, despojados, se condensan en la mediana edad. Aquí es importante

³⁰ cfr. ib. pags.163-167

³¹ ANSELM GRÜN, o.c. pag. 35

³² JUAN TAULER, Obras. Madrid. Ed. Universidad Pontificia de Salamanca. 1984. pag. 271

que nos dejemos conducir por Dios hasta el fondo del alma a través de los vacíos y arideces del propio corazón.

Para Tauler es importante que nos dejemos vaciar y desnudar por Dios para ser vestidos de nuevo por El con su gracia. *Por lo tanto, la crisis es el punto donde se decide si se permanece cerrado en sí mismo o nos abrimos a Dios y a su gracia renovadora.*³³

Hablando de la misma experiencia dice Javier Garrido: *“A la luz del Evangelio disponemos del mejor esquema interpretativo de la crisis de fe del adulto maduro: el proceso del discípulo de Jesús. Pedro y sus compañeros han de sufrir la crisis de fe mesiánica para poder nacer a la fe escatológica del Espíritu Santo a través del escándalo de la cruz...del mismo modo el creyente maduro sufre a través de toda su crisis existencial el escándalo de una fe que no responde a sus expectativas y debe aprender a negarse a sí mismo, entrar en la sabiduría de la cruz, perder la vida para ganarla si quiere seguir al Maestro. Al viraje existencial, corresponde la nueva llamada a la radicalidad de la fe”.*³⁴

EJERCICIO ESPIRITUAL

Problemas humano-espirituales

Después de leer el artículo, trata de detectar en la propia vida cual de los siguientes síntomas se hacen más presentes:

1. Rutina: haber puesto “piloto automático” en actividades apostólicas: repetición de palabras y gestos, hacer las cosas mecánicamente.
2. Desasosiego
 - mezcla de - sequedad en las cosas de Dios (oscuridad, sinsabor) y en las cosas del mundo (sentir su vanidad)
 - ansiedad (por encontrar "asiento", paz ...)
3. Crisis teológica
 - de - fe (en cuanto crisis del "sentido global" de la propia existencia)
 - de esperanza (como realismo pesimista)
 - amor seco
4. Crisis apostólica:
 - *Interiormente*: aridez apostólica, falta de ilusión, tentación de inutilidad
 - *Exteriormente*: dificultades del ambiente a causa del apostolado: fatigas, fracasos, críticas injustas...
 - Sentir que el esfuerzo apostólico realizado es desproporcionado con respecto a los resultados obtenidos
5. El “mitad sí y mitad no”
 - ¿Hay en mi vida personal y apostólica de hoy, apegos, aficiones extrañas al evangelio a las que tendría que renunciar definitivamente para buscar verdaderamente a Dios y su voluntad?

¿Estoy viviendo bien la crisis?

Criterio psicológico

1. ¿En este momento de mi vida prima la adquisición de un sentimiento de generatividad o un sentido de estancamiento?
2. ¿Percibo una cierta integridad que ha incorporado los fracasos o experimento un cúmulo de vivencias que no he digerido y a las cuales no le veo sentido? ¿Desde qué perspectiva puedo encontrarles sentido?

³³ cfr. ANSELM GRÜN, o.c. *La mitad...*pags. 36-37

³⁴ cfr. JAVIER GARRIDO, o.c. *Adulto y...*pags. 167-168

Criterio espiritual: Las salidas

¿Identifico alguna de estas actitudes en esta etapa de mi vida?

1. Re-versión: poner más voluntad en hacer lo de siempre (no se profundiza la causa de la crisis y esta actitud fatiga más aún)
2. Di-versión: se quiere acallar los interrogantes de sentido o el desasosiego con activismo; así la crisis se “patea” para adelante.
3. Sub-versión: En vez de ubicar la crisis dentro de uno, se la ubica fuera, en las estructuras y personas a las cuales se critica y se quiere cambiar.
4. Extro-versión: Se cree que la desazón está en el estilo de vida o vocación específica, por lo cual se pretende cambiar de vocación o estilo de vida para solucionar la crisis. Se ignora que uno se lleva la crisis donde va.
5. Lo que está pidiendo Dios es la con-versión. Es lo que los autores espirituales llaman la “segunda conversión”, ya que hasta aquí la religión ha sido vivida un poco juvenilmente o de modo inmaduro. El modo como Dios trabaja para esta segunda conversión es a través de la “noche”, tanto en la oración como en la vida apostólica.

Citas bíblicas. Tema: “Prueba”.

Dt. 8,2; Is 1,25 ; St 1, 2-4.12 ; Ap 2, 10 ;Heb 11, 8ss ;Jdt 8, 25-27; Mt. 4, 1-11 ; Jr 17, 7-8 ; 1 Cor. 10,12-13 ; Jn. 16, 20-22

Carlos de Foucauld: Su vida y su mensaje

*El Postulador
Los responsables de los Grupos de la
Familia Espiritual Carlos de Foucauld
Las "Amitiés Charles de Foucauld" **

CARLOS DE FOUCAULD 1858-1916 ECOS DE SU VIDA

La vida de Charles de Foucauld, desde muchos puntos de vista, no fue una vida corriente pero el dinamismo que manifiesta es elocuente. Merecen ponerse de relieve algunos momentos de su historia, portadores en sí mismos de un mensaje: será el objetivo de este resumen biográfico.

Irán seguidos de una breve síntesis de las intuiciones que lo guiaron y que puede descubrir todo el que quiera repasarlo, por poco que se tome el trabajo de penetrar en el sentido de sus comportamientos y actividades, lo cual exige adentrarse en su correspondencia y en sus escritos espirituales. Por eso será necesario hablar también de la actualidad de este testigo y de la fecundidad de su carisma, como atestiguan los grupos que ayer y hoy han seguido sus pasos.

La inclusión de algunas citas de sus notas personales y de sus cartas resaltarán los distintos aspectos de su mensaje. Las frases de introducción que sirven de subtítulos se han extraído de las cartas que envió entre 1901 y 1916 a uno de sus amigos, Henry de Castries.

¿Qué milagro de la infinita misericordia de Dios me ha llevado tan lejos? (14 de agosto de 1901)

Charles de Foucauld nació en Estrasburgo (Francia) el 15 de septiembre de 1858. Tuvo una hermana, Marie, tres años más joven que él, que se casó en 1884 con Raymond de Blic. Los dos niños quedaron huérfanos en 1864. Carlos tenía entonces seis años. Su abuelo materno lo recoge junto con su hermana y se encarga de su educación. Después de la guerra de 1870 y la anexión de Alsacia por Alemania, elige para ellos la nacionalidad francesa y se traslada a Nancy.

Carlos sigue sus estudios en el instituto de esta ciudad. La formación cristiana de su infancia le permite hacer con fervor su Primera Comunión en 1872, pero no será lo bastante sólida para ayudarle en su adolescencia y, a partir de 1874, pierde la fe. Habiendo optado por hacerse militar, prepara su ingreso en la Academia de Saint-Cyr, donde es admitido en 1876. Subteniente de caballería, lleva una vida bastante desordenada, lo que no le impide mostrarse valiente en las operaciones militares en las que participa en el Oeste de Argelia.

En 1882, presenta su dimisión en el Ejército y al año siguiente emprende un viaje de exploración a Marruecos. El éxito de esta arriesgada expedición que realiza en once meses, disfrazado de rabino y sumergido en el mundo musulmán, le vale honores y reconocimientos, y le abre las puertas del mundo de los geógrafos y los exploradores.

Una gracia interior extremadamente fuerte me empujaba (14 de agosto de 1901)

Pero en ese momento le invade una inquietud religiosa. Bajo la influencia discreta de su familia

* Tomado del Boletín Iesus Caritas, de las Familias Carlos de Foucauld. Número especial, Julio 2005, Época IX – nº 151.

que reencontró en París, trata de recibir clases de religión y pide ayuda a un sacerdote para ilustrarse sobre la religión católica. Habla con este sacerdote, el P. Huvelin, a finales de octubre de 1886, en la iglesia de San Agustín en París. En vez de clases de religión, el sacerdote, que lo guiará desde entonces, le invita a confesarse y a comulgar: para Carlos significa la conversión, un momento de gracia que le va a cambiar la vida. Decidido a no vivir en adelante sino para ese Dios de Jesucristo que ha venido a su encuentro, hace, por encargo de su director espiritual, una peregrinación a Tierra Santa. Allí descubre cómo fue la vida humilde y oculta de Dios encarnado en la persona de Jesús, obrero pobre en Nazaret. Atraído por el deseo de amarlo e imitarlo con todas sus fuerzas, decide hacerse monje trapense.

Ingresa en el monasterio de Ntra Sra de las Nieves (*Notre Dame des Neiges*) en 1890, con vistas a ocultarse para siempre en una pobre Trapa de Siria, e intenta avanzar cada vez más en la imitación de la vida de Jesús en Nazaret. Seis años más tarde, solicita dejar la Trapa; se le concede en febrero de 1897, y le autorizan a seguir su vocación personal.

Siguiendo el consejo del P. Huvelin, vuelve a Nazaret, solicita poder vivir a la puerta del convento de las Clarisas, y les sirve de criado. Vive así como ermitaño sumergido en la oración, la pobreza y la búsqueda de la voluntad de Dios sobre él. Al cabo de tres años, habiendo tomado como lema IESUS CÁRITAS (Jesús Amor) y como símbolo un Corazón coronado por la Cruz, el deseo de imitar a Jesús en su Caridad universal le lleva a aceptar la perspectiva del sacerdocio, para el que se prepara en la Trapa de Notre Dame des Neiges; el 9 de junio de 1901 es ordenado sacerdote de la diócesis de Viviers: por esta razón podrá ser beatificado con la cualificación de "sacerdote diocesano".

Acabo de ser ordenado sacerdote y hago gestiones para continuar en el Sahara la vida oculta de Jesús en Nazaret.

(14 de agosto de 1901).

Para irradiar el Amor, la Caridad divina, y llevar la presencia eucarística a los pobres de las regiones no evangelizadas, piensa ir al sur de Marruecos, donde estuvo antes, y para ello se establece en Beni-Abbés, no lejos de la frontera entre Argelia y Marruecos. En las cercanías de este oasis, construye no una ermita sino una fraternidad, es decir, una casa abierta a todos: cristianos, musulmanes, judíos... Quiere ser para cada uno un hermano y un amigo. Disponible para los pobres, rescatando esclavos, acogiendo a los soldados de la guarnición, hospedando a los viajeros, pasa largas horas en oración de noche y de madrugada. En la pared de la capilla, detrás del altar, había dibujado una gran imagen del Sagrado Corazón *"con los brazos abiertos para abarcar, abrazar, llamar a todos los hombres y darse a todos"*. Le hubiera gustado que llegase a la Fraternidad algún compañero más, para irradiar juntos la Caridad y el Evangelio, para vivir en grupo como "hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús", con un Reglamento que había redactado en Nazaret. Desea así mismo que haya "hermanitas" que con su acogida y sus cuidados den testimonio de la bondad del Corazón de Jesús. Pero no vendrá nadie. Y el proyecto de Marruecos no llega a realizarse.

En 1904, gracias a un oficial amigo suyo, puede dirigirse al sur argelino. Sabe que es el único sacerdote con posibilidades de llegar hasta la región de los Tuareg y ponerse en contacto con sus tribus, aún más olvidadas que la población de Beni-Abbés. Ve en ello una señal de Dios, y Mons. Guérin, el primer prefecto apostólico del Sahara, acepta que se quede en el Hoggar. Carlos se establece en 1905 en Tamanrasset, el único europeo en este pueblo de una veintena de chozas que albergan a algunas familias tuareg. Los comienzos son difíciles y las condiciones de vida, duras. Poco a poco, lo van aceptando y son estos mismos Tuareg quienes le ayudan cuando cae enfermo. Seguirá solo en lo que es su "Nazaret", pero estar solo en medio de la gente le parece bien: *«hay acción, aún sin hacer gran cosa, porque uno llega a ser del país, a hacerse abordable y muy pequeño»*. Aprende su lengua para aproximarse a ellos, para comprenderlos y reconocerlos en la dignidad y los valores de su propia cultura. Para proteger y conservar el dialecto del Hoggar, lleva a cabo un trabajo lingüístico y científico único y considerable, queriendo quedar en el anonimato. En 1911 pasa cinco meses en la altiplanicie del Assekrem, un lugar donde esperaba ver mucha gente. En el contexto de su tiempo,

utilizando lo mejor posible los recursos aportados por la nación colonizadora que es Francia, intenta sin cesar promover el progreso humano, intelectual y moral de los habitantes del desierto, preparándolos así para que algún día descubran la raíz de su vida religiosa. Quiere que en Francia se comparta esta responsabilidad, y con este objetivo piensa en una "hermandad" que conectaría a todos los cristianos de buena voluntad en una gran red al servicio de las regiones en vías de desarrollo a las que no ha llegado el mensaje evangélico. Viaja a Francia en tres ocasiones para exponer y poner en marcha su proyecto, y pensaba volver en 1915, pero la guerra de 1914 lo retiene en el Sahara.

Las repercusiones del conflicto europeo se dejan sentir incluso allí. Poco a poco crece la rebelión contra la presencia de Francia. Algunas tribus manifiestan su voluntad de emancipación, mientras que otras intentan aprovechar las circunstancias para reanudar sus incursiones de saqueo. Consciente del peligro, Carlos de Foucauld permanece sobre el terreno para proteger a la población y servir en el futuro al que ha pasado a ser «su país». En 1916, construye un fortín que serviría de refugio para la gente de Tamanrasset en caso de ataque, y, a petición de sus vecinos, se va a vivir allí.

Allí lo sorprende un grupo de rebeldes la tarde del 10 de diciembre de 1916: capturado en una emboscada, lo atan mientras saquean su residencia. El muchacho de 15 años que lo vigila, asustado por la llegada súbita de dos soldados dispara contra él a quemarropa. Carlos de Foucauld muere, víctima aislada de una violencia local... Esa misma noche, caen otros en los frentes de la Primera Guerra Mundial.

ECOS DE SU TESTIMONIO

El mensaje anunciado por Charles de Foucauld se encierra en lo que vivió, en lo que intentó hacer. Está también en las abundantes páginas que redactó, donde dejó traslucir lo esencial de su experiencia espiritual. Cerca de 100 años después de su desaparición, estamos muy lejos de haber hecho un inventario de toda la riqueza de su testimonio. Sin embargo se pueden señalar algunos elementos principales, presentados aquí brevemente bajo algunas citas de las cartas a su amigo Henry de Castries:

Me di cuenta de que no podía hacer otra cosa que vivir únicamente para Él
(14 de agosto de 1901).

Lo prioritario desde su conversión hasta el final de su vida, es la fidelidad absoluta, y sin interrupción, al amor apasionado que tiene a Jesús. Carlos tuvo la suerte de tener un corazón capaz de amar hasta el extremo. Desde que por la acción de la gracia se sitúa en presencia del misterio de Dios encarnado en Jesucristo, arde en amor a Él. Este amor a Jesús, su «*muy amado Hermano y Señor*», no tenía, por lo demás, nada de sentimentalismo conducente a delicias narcisistas; este amor era una voluntad. A menos de cinco meses de su muerte, escribe: «*el amor consiste, no en sentir que se ama, sino en querer amar*». Esta voluntad de amar a Jesús le lleva a su imitación, a querer pensar, decir y hacer lo que Jesús habría pensado, dicho y hecho en las distintas circunstancias de su vida. C. de Foucauld resume bien su proyecto espiritual en estas líneas de 1902 a Gabriel Tourdes su amigo de instituto: «*La imitación es inseparable del amor; tú lo sabes: todo el que ama, quiere imitar. Es el secreto de mi vida: he perdido mi corazón por este JESÚS de Nazaret, crucificado hace 1900 años y me paso la vida tratando de imitarle, hasta donde lo permite mi debilidad*».

Así pues, debía imitar la vida oculta del humilde y pobre obrero de Nazaret.
(14 de agosto de 1901)

La figura de Jesús que lo seduce y que quiere imitar, es la de «*el Obrero, hijo de María*» (ver Mc 6, 3) llevando en Nazaret la vida sencilla y ordinaria de sus contemporáneos y de sus compatriotas. Le impresiona especialmente la humillación que rodea la Encarnación del Hijo de Dios: «*Dios, el Ser*

infinito, el Todopoderoso, haciéndose hombre, el último de los hombres». A partir de este descubrimiento que es una revelación que recibe por gracia, habla así de lo que considera como su llamada, su vocación: «Estoy ansioso por llevar finalmente la vida que busco desde hace más de siete años, la que vislumbré, adiviné, andando por las calles que pisaron los pies de nuestro Señor, en Nazaret; pobre artesano perdido en la abyección y la oscuridad». Y se fija este programa de vida: «Para mí, buscar siempre el último de los últimos lugares, para ser tan pequeño como mi Maestro, para caminar con Él, paso a paso, como discípulo fiel, para vivir con mi Dios que vivió así toda su vida y me da este ejemplo desde su nacimiento».

Leer, releer, meditar el Evangelio y esforzarse en practicarlo.

(14 de agosto de 1901)

El contacto que Carlos de Foucauld desea mantener permanentemente con Quien es su «Modelo Único», su Hermano muy amado, de quien quiere ser el "hermano pequeño", se realiza de manera prioritaria desde su amor al Evangelio y a la Eucaristía. Ha pasado largos momentos leyendo y meditando el Evangelio, donde encuentra las palabras y los ejemplos de Jesús a quien quiere imitar y seguir por amor, y aconseja a sus amigos que pongan en su vida estos momentos de intimidad con el Señor: «Es necesario que tratéis de impregnar os del espíritu de Jesús leyendo y releiendo, meditando, volviendo a meditar sin cesar sus palabras y sus ejemplos: que hagan en nuestras almas como la gota de agua que cae una y otra vez sobre una losa, siempre en el mismo lugar...». También pasó largos ratos ante del Santísimo Sacramento, donde su fe le dice que Jesús está presente con toda su fuerza salvadora para el mundo. Así Carlos de Jesús fue fiel a estas "dos mesas" donde, según la fe de la Iglesia, Jesús continúa su presencia en medio de los suyos "todos los días hasta el final de los tiempos".

Una caridad fraternal y universal que comparte hasta el último bocado de pan con cualquier pobre, cualquier huésped, cualquier desconocido que se presente.

(23 de junio de 1901)

Ardiendo en amor de Jesús, Carlos ama al mismo tiempo, con todas las cualidades de su corazón y de su inteligencia, a las personas próximas, a las que puede encontrar, y también a las que no conoce, pero cuya miseria material o espiritual adivina, queriendo amar a todos sus hermanos de humanidad. A ejemplo de Jesús -el Hermano universal de todos los humanos y el Salvador universal que vino a llamar a los pobres, a los enfermos y a los pecadores a una Vida nueva y dichosa-, Carlos de Foucauld orienta su vida al servicio de los hombres. Si acepta recibir la ordenación sacerdotal es para este servicio y por eso va a ir preferiblemente a «las almas más enfermas, las ovejas más abandonadas». Dirá: «Este banquete divino, del que soy ministro, había que ofrecerlo no a los hermanos, a los parientes, a los vecinos ricos, sino a los más cojos, a los más ciegos, a las almas más abandonadas, con mayor carencia de sacerdotes».

y recibiendo a todo ser humano como a un hermano muy querido.

(23 de junio de 1901)

Este Jesús Salvador que ha encontrado y del que sabe por experiencia hasta qué punto ha transformado su vida, este Jesús de Corazón ardiente de amor que se le reveló a través de la comprensión silenciosa y la bondad discreta de personas de su entorno, Carlos de Foucauld sabe que es el Salvador universal, que pertenece a todos, que todos, universalmente, tienen derecho a conocerlo, y muy especialmente los más alejados de esta esperanza en Jesús. Quiere ser "misionero" de este Jesús, y de la manera en que él mismo fue el primer beneficiario, viviendo pues, él también, esta "bondad"; «Mi apostolado debe ser el apostolado de la bondad. Que al verme tengan que decir: "Si este hombre es tan bueno, su religión debe ser buena..." Yo querría ser lo bastante bueno como para que dijeran: "Si así es el criado, ¡cómo debe ser el Amo!"». Para acercarse a todos y cada uno con

bondad, quiere ver a Jesús en todo ser humano, siendo todo hombre una presencia de Jesús tan verdadera como su Presencia real en la Eucaristía. Este deseo le conduce a actitudes concretas: quiere "llegar a ser del país", hablando con los Thareg en su lengua, compartiendo su estilo de vida y sus costumbres, deseando que progresen en bienestar material y moral. Prioriza los caminos que descubre en la vida oculta de Jesús, y en sus "abajamientos", que llegan hasta el anonadamiento en la Cruz. No busca resultados inmediatos, dejando a Dios el cuidado de convertir a la fe cristiana, quizá dentro "de siglos", dice. Finalmente, desea que muchos cristianos del mundo anuncien el Evangelio de esa manera, cercana y discreta, *«teniendo para con todos bondad y afecto fraternal, sirviéndoles en todo lo posible, entrando en contacto afectuoso, siendo un tierno hermano para todos...»*

EL TESTIMONIO DE CARLOS DE FOUCAULD, MENSAJE PARA HOY

Este mensaje espiritual dejado por Carlos de Foucauld, mensaje que acreditan tanto su beatificación, como su posteridad espiritual, es de una profunda riqueza para nuestro tiempo. Para proponerlo hoy, se pueden tomar algunos aspectos de su testimonio que parecen sintonizar mejor con la sensibilidad actual y que podemos ilustrar con otras citas de estas mismas cartas a Henry de Castries:

¡Qué grande es Dios! ¡Qué diferencia entre Dios y todo lo que no es Él!
(14 de agosto de 1901)

Carlos de Foucauld es un hombre que siempre ha tratado de salirse de las sendas trilladas, con verdadera creatividad, hasta el punto de tener un gusto evidente por la provocación, sobre todo en su juventud. Ahora bien, en el acontecimiento decisivo que fue su conversión, se puede decir que es Dios quien vino a provocarlo, cruzándose en su camino. Su viaje a Marruecos era ya como un reto que el aventurero se lanzaba a sí mismo y a los que lo conocían; y Dios le había tornado la palabra, dejando que fuese afectado por el impacto de los creyentes del Islam: *«El Islam produjo en mí una profunda conmoción... la visión de esta fe, de estas almas viviendo en continua presencia de Dios, me dejó entrever algo de mayor envergadura y más verdadero que las ocupaciones mundanas: "ad majora nati sumus" (nacimos para cosas más elevadas)...»*

Y así, una misteriosa tensión entre estos dos socios, él y su Dios, marcaría todo su itinerario espiritual. La parte fundamental de la santidad de C. de Foucauld consistiría en este difícil aprendizaje de la confrontación con el Otro y del abandono continuo en Él. Ahí encontramos la historia de toda la libertad humana ante el Dios de Jesucristo.

Con sus limitaciones personales, con tanteos y evoluciones, que ponen de manifiesto que la santidad es una subida incesante hacia la Perfección que sólo reside en Dios, Carlos de Foucauld se encuentra muy cerca de nuestro actual modo de ser: los cambios, las revisiones, los reinicios son rasgos característicos de la cultura contemporánea.

Aquí, soy el confidente y a menudo el consejero de mis vecinos.
(8 de enero de 1913)

Otra característica de su santidad, es la concreción y el realismo de su compromiso de hombre, reanudado, transformado y elevado por el aliento y el fuego del Espíritu. C. de Foucauld está siempre muy comprometido y muy "presente" en las situaciones que vive. Es alguien que entra de lleno en lo que ve o escucha, en lo que decide y emprende, en lo que él comprende de las cuestiones que le llegan. Se inserta en su hoy con excepcional intensidad. Lo hace con todas sus capacidades intelectuales, con todas sus competencias técnicas, con su valoración justa de las situaciones y necesidades: así, por

ejemplo, enseña a las mujeres a hacer punto, proporciona semillas para los huertos de Tamanrasset... Lo hace con su temperamento propio, a veces con excesos debidos a su modo de ser, a su pasado y a su formación, pero siempre con convicción, buena voluntad, intensidad y coraje. Con estas disposiciones interiores, uno no se asombra de su atracción por la vida de Nazaret: en ella Jesús se había señalado por la consideración, total y lúcida, de lo ordinario, lo diario, lo humano, lo real.

Ya antes de su conversión, el joven Carlos manifestaba esta orientación de vida; la gracia de la conversión no destruyó su modo de ser, sino que amplió las tendencias. Su manera de hacerse santo fue llevar al extremo este realismo de la vocación humana dinamizada por el Amor; su santidad lleva impresas las marcas de sencillez, verdad, autenticidad; da testimonio de lo que puede hacer el Amor divino en el que quiere vivir a fondo la experiencia común de la existencia humana.

***¡Sentirse en manos del Amado, y de qué Amado, qué paz, qué dulzura,
qué abismo de paz y confianza!***

(27 de febrero de 1904)

Carlos utiliza un lenguaje emocional, pero lleno de sabor evangélico, sobre Jesús, sobre el Sacramento de la Eucaristía, sobre el Sagrado Corazón, sobre la Iglesia. Ve en la Iglesia a la Esposa de Jesús que en adelante habla en su nombre; retorna a menudo estas palabras de Jesús a sus apóstoles y a sus sucesores: "¡Quién os escucha, Me escucha!". C. de Foucauld presenta así un rostro agradable y cercano del Dios de Jesús; Recuerda la humildad de los signos por los que Dios se nos entrega, sin triunfalismo, sino con la bondad y la hermosura de Jesús que llega hasta el extremo del Amor: su muerte en la cruz y su costado abierto confirman que «no hay amor más grande que dar la vida por los amigos».

Pero C. de Foucauld nos habla del Dios encarnado en Jesús de Nazaret y nos ayuda a repasar los Evangelios, no sólo con su palabra, sino también con el ejemplo de su vida.

Si adora a Jesús presente en la Eucaristía, lo contempla también en los pobres con los que Dios en Jesús de Nazaret se identifica. Se pone fraternalmente al servicio de estos "pequeños" de los que habla Jesús, y nos remite así a la calidad de nuestro trato y nuestras relaciones con los otros. Nos recuerda que «todo lo que se hace a un pequeño, es a Jesús a quien se le hace, y todo lo que se deja de hacer al prójimo, es a Jesús a quien se le niega».

Lleno de un afán misionero que lo abarca todo, movido por una voluntad de fraternidad y servicio, experimenta, ante estas tareas, sus propias debilidades. Constantemente haciendo proyectos, conoce los fracasos, como conoce también las dificultades de la oración, y de la noche espiritual. Y él que desde su infancia había conocido grandes sufrimientos y vivas heridas, morirá penosamente, en la soledad y sin resultado aparente.

Estas dos experiencias, la de una vida fraternal compartida con tantos hombres y mujeres de difícil porvenir, y la de una vida de reveses que deben recibirse como la Cruz «*dónde abrazamos a Jesús clavado en ella*», siguen estando en nuestros caminos y en la ruta de la Iglesia. Forman parte del proyecto de vida de todo cristiano llamado a ser «*un Evangelio viviente*».

***Es el trabajo que prepara la evangelización: crear la confianza,
la amistad, el apaciguamiento, la fraternidad...***

(17 de junio de 1904)

Carlos de Foucauld eligió un terreno difícil para ser misionero, a contracorriente de la búsqueda de éxito, eficacia, fecundidad. Él sabe que esta fecundidad está en la Cruz de Jesús, en la pobreza de medios humanos. Vivirá la misión como una pasión, en los dos sentidos de la palabra: acepta dar su vida hasta morir como la semilla sembrada en la tierra, y ama apasionadamente a Jesús, cuyo Evangelio querría «*gritar desde los tejados*», y a los hombres sus hermanos, ya que quiere ser salvador con Jesús.

Un misterio del Evangelio del que se realimenta a menudo es el de la Visitación. Le gusta contemplar esta escena: María, en cuanto recibe a Jesús en ella, va a llevarlo a casa de su prima Isabel,

y Jesús, aún en el seno de su madre, bendice a Juan-Bautista antes de su nacimiento. Carlos también quiere dirigirse «*con premura*» hacia aquellos a quienes quiere dar a conocer el Amor, «*como Jesús se acercó a ellos encarnándose*». Cree en la irradiación invisible de la Eucaristía, donde Jesús se da para la vida del mundo; él mismo se convierte, por su compromiso, en una presencia viva de este pan compartido para alimentar a los pobres y pequeños. Prioriza el diálogo, el respeto al otro y a su patrimonio cultural y religioso. Imagina incluso una red fraternal de todos los bautizados: sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos, que serían voluntarios de una vida sencilla según el Evangelio, y para hacerse cargo responsablemente de los «*más abandonados*». Anhela para todos estos voluntarios del Amor un corazón de «*hermano universal*», como Jesús, arraigado y comprometido en lo concreto de su «Nazaret».

Todas estas prioridades que aplica espontáneamente sobre el terreno de su misión sahariana pueden proporcionar hoy un nuevo impulso a la vocación misionera. No estamos ya en el contexto histórico en el que C. de Foucauld quería vivir como "hermano universal", pero podemos inspirarnos en sus intuiciones a la hora del diálogo interreligioso, la mundialización, la cooperación: aún hoy, para defender los derechos humanos, no es inaudito morir por la justicia; todavía hoy algunos deciden quedarse donde existen fracturas sociales, étnicas, religiosas, y otros optan por compartir la miseria de las víctimas de las disparidades económicas... incluso en los viejos países de cristiandad que son igualmente «países de misión».

Para los hijos de la Iglesia, incluso las aparentes derrotas son un "Te Deum" perpetuo, porque Dios está con nosotros
(13 de julio de 1903)

Una fe total en Aquél a quien llama «*el Maestro de lo imposible*» permite a C. de Foucauld mirar con confianza todas las situaciones, incluso si son catastróficas. Esta visión esperanzada es especialmente notable cuando habla de dar testimonio del Evangelio y de la amplitud de la Misión. Superando la divisa de sus años jóvenes (*No retroceder*), que puede resultar utópica, ante las pruebas de la Iglesia, ante la inmensidad de la mies y la falta de obreros comprende que si bien la conquista apostólica es irrealizable desde el punto de vista humano, hay que apoyarse sólo en la promesa hecha por Jesús a sus Apóstoles. Acordándose de la realización histórica del plan de Dios, le admira cómo se ha realizado este plan a través de imposibles: «*La falta de fe no es tan universal como parece. Elías también se creía solo, y Dios se había reservado otras almas que él ignoraba, y que no habían doblado la rodilla ante Baal*», escribe a su amigo De Castries el 14 de agosto de 1901. A menudo reaparece también en su análisis de los acontecimientos una cita del profeta Daniel (9,25): «Jerusalén se reconstruyó "*in angustia temporum*"». La "opresión de los tiempos" a la que alude durante su estancia en el Sahara, y que experimenta concretamente en sus proyectos y sus relaciones, corresponde a 10s tiempos difíciles que vivían entonces en Francia las congregaciones religiosas y las diócesis. También para C. de Foucauld son tiempos duros.

Y siempre lo serán para el futuro de la fe, para el porvenir de la Iglesia. Un siglo después de él, no podemos más que volver a las fuentes en las que alimentaba su confianza, y que expresa en este pasaje de una carta a De Castries, donde describe territorios argelino-marroquíes: «*¡Que reine JESÚS en estos lugares donde su reino pasado es tan incierto! Sobre la posibilidad de su reino futuro, mi fe es invencible: Él ha derramado su sangre por todos los hombres. "Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios"; él ordenó a sus discípulos que fuesen a todos los hombres: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura"; y S. Pablo añade: "la caridad lo espera todo". Yo lo espero, pues, de todo corazón, para estos musulmanes, para estos árabes, para estos infieles de todas las razas...*» (16 de junio de 1902). Para un mundo que duda, para una Iglesia que padece y sufre, para unos cristianos que están tentados de perder la confianza, el mensaje de Carlos de Foucauld muy bien podría ser también el de ¡no tengáis miedo!